

LF
V861.3
P438p

20

Juan Antonio
J. A. PEREZ BONALDE

POESIAS Y TRADUCCIONES

(RECOPILACION)

OBSEQUIO DEL MINISTERIO DE EDUCACION
NACIONAL. - DIRECCION DE CULTURA

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL
DIRECCION DE CULTURA

Caracas — Venezuela



Primeros Títulos

de la

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

SERIE ROJA: Novelas y Cuentos.

- 1.—Las Memorias de Mamá Blanca, Teresa de la Parra.
- 4.—Tío Tigre y Tío Conejo, Antonio Arráiz.
- 7.—Cantaclaro.—Rómulo Gallegos.
- 9.—Peregrina.—Manuel Díaz Rodríguez.
- 11.—Leyendas del Caroní.—Celestino Peraza.
- 13.—Memorias de un Vividor.—F. Tosta García.
- 15.—Las Lanzas Coloradas.—Arturo Uslar Pietri.
- 17.—Las Sabanas de Barinas.—Capitán Vowell.
- 18.—El Mestizo José Vargas.—Guillermo Meneses.

SERIE AZUL: Historia y Biografía.

- 2.—Mocedades de Bolívar.—R. Blanco Fombona.
- 5.—José Félix Rivas.—J. V. González.
- 8.—Sucre.—Juan Oropesa.
- 12.—Hombres e Ideas en América.—Augusto Mijares.
- 19.—Al Margen de la Epopeya.—Eloy G. González.

SERIE MARRON: Antologías y Selecciones.

- 3.—Cuentistas Modernos.—Julián Padrón.
- 6.—Cancionero Popular.—José E. Machado.
- 10.—Añoranzas de Venezuela.—Pedro Grases.
- 14.—Poetas Parnasianos y Modernistas.—Luis León.
- 16.—Crónica de Caracas.—Aristides Rojas.
- 20.—Poesías y Traducciones.—J. A. Pérez Bonalde.

ADVERTENCIA

Aceptada la misión que me confió el Ministerio de Educación Nacional de elaborar un tomo de los que componen la Biblioteca Popular Venezolana y relativo a las obras poéticas de Juan Antonio Pérez Bonalde, no vacilé por un momento el hacerme cargo de tal labor. Al efecto, de acuerdo con las instrucciones que me fueron suministradas y la índole de la mencionada Biblioteca, puse manos a la obra. El presente volumen, por tanto, no aspira a ser la recopilación de todas sus composiciones poéticas, lo que requiere largas y minuciosas búsquedas, ni tampoco una rigurosa selección en la cual se desecha aquello que no siendo digno de la posteridad, resta, más bien que acrece el mérito del autor, como acontece con toda obra prolífica. En este tomo, pues, dentro de los límites señalados, se insertan al lado de los mejores y de los más famosos cantos de Pérez Bonalde la casi totalidad de los versos que se encuentran en "ESTROFAS" y "RITMOS" (), libros que él dió a la estampa y a la vez varios otros cantos suyos aparecidos en diversas publicaciones, así como también la mayoría de sus muy escasas traducciones.*

entre las cuales, se omite, por su larga extensión y por existir de ella muchas y hasta recientes ediciones, su admirable versión de "El Cancionero" de Enrique Heine.

Por cuanto el discurso pronunciado por mí en la Academia Venezolana de la Lengua en la sesión celebrada con motivo del centenario del nacimiento de Pérez Bonalde no constituye un estudio erudito sobre alguno de los aspectos de este poeta sino un escrito donde si en forma breve se da idea de su vida y obra y se asienta, al hacerse su panegírico, como no podía menos de ser, cuanto ya la docta crítica ha aceptado unanimemente acerca de tan gran lírico, me ha parecido conveniente, dada la naturaleza de la presente recopilación, insertarlo a manera de prólogo.

E. S.

Caracas, 1946.

(*) En las poesías que aparecen publicadas en este tomo y copiadas de dichos volúmenes se ha respetado

A MANERA DE PROLOGO

Discurso de Don Edgard Sanabria en la junta pública y solemne con que las Acadetnias Venezolana correspondiente de la Española y Nacional de la Historia, celebraron el Primer Centenario del nacimiento de Don Juan Antonio Pérez Bonalde.

Al tiempo que la República celebraba el triunfo del último gran caudillo nacional, allá, frente al mar, en el vecino puerto, en un atardecer de octubre, bajo un honrado pero ajeno techo, mísero, triste y solo, moría, dentro de la mayor indiferencia de sus conciudadanos, el más alto poeta lírico que hubimos en la segunda mitad del siglo precedente, y para cuya memoria, como aconteció con la de Bolívar y la de tantos otros ilustres varones, sólo años más tarde llegaría la hora de la justicia y el reconocimiento.

Cúmplese hoy precisamente la primer centuria de haber hecho su entrada en este mundo quien había de llamarse Juan Antonio Pérez Bonalde, y es ésta la causa de hallarnos aquí congregados para honrar su nombre, tal como hace cerca de nueve lustros, en forma noble que la enaltece, gallarda juventud, esperanza de entonces, convertida ya en verdadera gloria de la Patria, rompiendo la indiferencia y el silencio que se cernían sobre la

lunión del barco infortunado, al trasladar en triunfo sus restos mortales a su nativa urbe, le rindió la digna apo-teosis de que era acreedor.

Si aquel fué el homenaje del arte y del más puro pa-triotismo, el presente, pasadas ya las discordias y renci-llas, las pequeñeces y miserias, que otrora ni nunca ca-ben en pechos generosos, por culpa de mi palabra torpe, carecerá de la belleza y magnificencia que reclama; mas ello no será obstáculo a aminorar los elevados senti-mientos que a todos nos animan.

Permitidme, señores, que en este día consagrado a con-memorar a uno de los grandes poetas que han pulsado la lira en nuestra lengua, a uno de los auténticos orgullos literarios de la América española, por lo reducido de los límites de este deshilvanado elogio no trate casi de la múltiple personalidad del eximio trovador, y me cifa a decir algo muy breve de lo mucho que puede y debiera decirse de sus versos, que son el timbre y la corona de su gloria.

Nacido para el arte, este esmerado cultor de la pin-tura y de la música, entusiasta admirador de Wagner, poseedor de estro innato, siente desde temprano en lo más íntimo de su sér latir la poesía. Así, adolescente aún, se revela poeta de inspiración y vuelo, y es en la sátira política donde en los comienzos ejercitó su musa.

Puerto Rico, aquella isla reina de los vergeles del Ca-ribe, en otros tiempos hogar de multitud de venezolanos en desgracia y por la que siempre guardó el vate recuer-do inmortal e inmensa gratitud, es la tierra en donde, por haber buscado a causa de las contingencias de nuestra vida política refugio su familia, discurrieron los días de su niñez.

Espíritu libérrimo, carácter perspicuo, de férrea vo-luntad y tenaz empeño, al retornar joven al oriundo so-lar, por su temperamento combativo y fogozo, se mez-

ela en la incruenta lucha de los partidos. Altivo ciudadano y f3rvido patriota, 3nimo viril y resuelto, no avi- ni3ndose con el ambiente pol3tico y social que le circuye, al presentir en marzo de 1870 el triunfo del futuro Ilustre Americano, en contra de quien siempre estuvo y a quien desde un principio fustig3 con la pluma, aus3ntase del pa3s y con decoro se impone a s3 mismo la torturante pena del destierro. Gracias al ostracismo, se alej3 a tiempo de un medio hostil donde tal vez se hubiese malogrado y hall3 en regiones extra3as, de superior cultura, al contacto de nuevas orientaciones po3ticas, los elementos necesarios para desarrollar sus facultades intelectuales y los medios para poder dar todo de cuanto era capaz su potencialidad creadora.

Algunos han tenido a mal su alejamiento, que nos priv3 del ben3fico influjo literario que su presencia nos habr3a reportado. Quiz3 de haber permanecido entre nosotros hubiese realizado, ayuno de influencias extra3as, una obra de elevada resonancia humana al cantar con voz trascendente las angustias y las bellezas naturales de esta tierra, para la cual ten3a sobradas fuerzas y de las que di3 abundantes muestras en su inmortal **VUELTA A LA PATRIA.**

Desinteresado adorador de Apolo, cuyo culto fu3 la m3s alta y noble actividad de su esp3ritu, fija su residencia en Nueva York. Viajero de todos los mares, visitante de inn3meras regiones, que no hall3 en sitio alguno quietud para su atormentado esp3ritu, en medio del constante batallar en pos de la ganancia del diario sustento y de su errante vida, no abandona la dedicaci3n que desde temprano consagr3 a las letras ni deja de cultivar su mente, como tampoco olvida enriquecerla con cuanto grande y bello ha producido la inteligencia humana.

Alto paradigma de cultura, nutrido en las m3s sabias ense3anzas y a quien no son desconocidos los m3s graves problemas sociales y cient3ficos; consumado poligloto que

domina el latín, inglés, francés, alemán, portugués e italiano; concedor profundo de la métrica, la que maneja con maestría y sin vacilaciones; el talento artístico de mayor valor entre todos sus contemporáneos, su producción poética es la más apreciable de aquella época, en la cual brillaron figuras de tan elevada talla como las de José Ramón Yépes, Miguel Sánchez Pesquera, Francisco Guaicaipuro Pardo, José Antonio Calcaño y Jacinto Gutiérrez-Coll, astros todos de primera magnitud.

Poeta de inspiración alta y fecunda, estro elevado y depurado gusto; de impetuosos afectos; de carácter individual e independiente; consubstancializado con las literaturas sajonas; dulce y sosegado; de estilo propio y dicción elegante, que logra una particular musicalidad y un tono íntimo elevado, en quien parece que las palabras, exentas de tono elocuente, se ductilizasen a su antojo en persecución de la armonía; ágil; diestro en el uso de las licencias clásicas; tocado de originalidad; cuidadoso del fondo, como sus maestros, aquellos a quienes se deben las más bellas concepciones del sentimentalismo espiritual; de un vivo, enorme y delicado sentir; de un suave aliento encantador, logra en sus cantos una delicadeza enternecedora e inefable.

Amante de la forma esplendorosa, en sus poesías, que guardan casi todas las requeridas proporciones entre la expresión y el contenido, en las que en uno que otro caso se advierten reminiscencias de célebres poetas y en las cuales muy raras veces incurre en insignificantes descuidos, se advierte la subjetividad y el predominio de la lírica.

Finalidad y móvil de ellas son sus estados de ánimo que brotan de manera plácida, no obstante la encontrada lucha en la que pugnan por salir tantos y tan variados sentimientos, nacidos al calor de una exuberante fantasía que busca en el verso el desahogo que traiga el consuelo. Templado por la filosofía y moderado por la re-

flexión en sus estrofas, donde está contenida su alma entera, logra el justo equilibrio.

Si en cada uno de nosotros, educación, ambiente, lo extraordinario que suele acontecernos y, en fin, todo cuanto nos rodea y atañe perfilanos con determinada fisonomía, con la que guardan íntima relación pensamientos, sentimientos y acciones, lo propio acontece en mayor grado al poeta lírico romántico. De aquí, que estudiando su vida, el medio y la época en que actúa, es como pueden juzgarse con acierto sus producciones. No debemos olvidar, por tanto, al tratar de interpretar a Pérez Bonalde, que ausente de la patria la lleva dentro del corazón y que al hondo sufrimiento del exilio junta, a más de otros quebrantos, los infortunios del hogar y la desesperación por la temprana muerte de su adorada hija, flor de súbito tronchada al comenzar la vida.

Tamaños males origen fueron del tinte melancólico y pesimista, de tipo germánico, que destilan sus canciones, en su mayor parte voces de hastío y de dolor y algunas impregnadas del cruel escepticismo que corroe el espíritu atormentado de este superior ingenio, en cuyos primeros ensayos se revelan los prístinos ideales de las creencias religiosas y que a la postre fué víctima de las contradicciones intelectuales, estériles y deletéreas, del llamado siglo de las luces. Su rebeldía, su negación, su duda, tema obligado en la mayoría de los románticos y acordes con el clima intelectual de la época, hijas del tiempo en que vivió, son más de escuela que de principio, más un producto del sentimentalismo que del convencimiento filosófico. Pérez Bonalde no es el incrédulo pertinaz, sino más bien el creyente sentimental, vacilante, en quien nunca se borró del todo la clara fe de los primeros años.

Así se explica el que en sus versos, al lado de consoladoras y hasta irreverentes estrofas, estén otras, cálidas e ingenuas, que expresan anhelos de luz espiritual.

Grande y pura, la más sentida y radiante y la de superior calidad estética en el parnaso venezolano es la obra poética original de Pérez Bonalde. Ricas prendas de tan regia diadema son ;Bendita seas!, exquisita; sus Nocturnos, impregnados de honda melancolía; Semper, llena de bellos pensamientos; los magníficos sonetos La fe perdida y Naufragio, "espléndida alegoría de lo efímero del orgullo humano"; Los días van pasando, de sabor nórdico; Vida y Muerte, cuartetos pensadas y escritas a imitación del árabe y en las cuales se palpan las semejanzas y afinidades entre Heine, Pérez Bonalde y Becquer; Mensajeros, de espontánea y fresca inspiración; Magdalena, muy sentida y delicada; Primavera, de hermosísimo lenguaje poético, en la que como acostumbraba, diluye el sentimiento en circunloquios y comparaciones y, en la que, canta ciertos estados de ánimo y la emoción que experimenta por la llegada de la más poética de las estaciones del año; la celebrada composición escrita con ocasión del deceso de Gautier Benítez y la soberbia oda Los Héroes del Deber, escrita en honor de los expedicionarios de la marina americana que sucumbieron en el delta del Lena.

Mas por encima de todas sobresalen Flor, Vuelta a la Patria y El Poema del Niágara. La primera es la expresión de la desgracia sin alivio; el poema de la desesperación en que el vate inconsolable ante el cadáver de su pequeña hija, en grito desgarrador llega hasta la blasfemia. La musa elegíaca que en Venezuela había resonado dignamente en el Canto de Maitín con motivo de la muerte de su esposa, alcanza en Flor el más alto grado de intensidad. Nada iguala entre nosotros en fuerza emotiva a esta elegía. Si cuanto salió de la pluma de Pérez Bonalde es hermoso, cuando el soplo de la tribulación y del dolor agitan su alma, raya en lo sublime. Imperecedera, joya de antología, la más valiosa de sus poesías, es la popular Vuelta a la Patria, conmovedora y de un hondo y acendrado lirismo. Un afecto puro y un desbordante sentimentalismo de amor y de dolor fluyen de sus

cálidas estrofas, en las que se mezclan armónicamente la bella descripción, la nota fúnebre por la muerte del sér entre los seres más queridos y el desahogo que brota del pecho del proscrito que tras larga ausencia al fin vuelve a la patria. Es, como se ha dicho, síntesis armónica de la imaginación con el sentimiento y la reflexión. Bellísima, superior a todas las de igual índole, por sí sola bastaría para fundar la reputación de enorme y excelso poeta de que en justicia goza Pérez Bonalde. Cantor de la naturaleza y pensador profundo, poeta filósofo, se mostró en "El Poema del Niágara", himno levantadísimo, épico-naturalista con determinado aspecto alegórico; la obra poética más atrevida y de más amplia concepción de Pérez Bonalde, hecha de una sola pieza, como lo declaró Martí, donde todo es grandioso: el motivo y el canto, y en la cual resaltan los sentimientos y los conceptos del autor sobre el hombre y el mundo al sentirse impresionado en grado sumo ante tan soberbio espectáculo. Su musa, que vibra con la energía suficiente para imitar el atronador ruido del torrente, tiene momentos de dulzura y sencillez, tal como cuando describe el río en versos dignos de fray Luis de León. De este encuentro entre el hombre y la naturaleza surgió la sublime inspiración que rivaliza con la de Heredia y ante la que no resplandece la oda Al Niágara del mismo, quien parecía haberse apropiado del tema.

Por estas tres últimas composiciones, que se conservarán en la memoria de las gentes hispanoamericanas mientras hablen la esplendorosa lengua de Castilla y tenga adoradores el culto de lo bello, el nombre de Pérez Bonalde perdurará por siempre.

Si por el profundo dominio que tenía del habla castellana logró realizar su aplaudida obra propia, el cabal conocimiento y el manejo de multitud de lenguas le permitieron ejecutar su admirable labor de traductor y lo llevaron hasta hacerle posible pensar y escribir en diferentes idiomas extranjeros con tanta claridad, soltura

y elegancia como en el suyo. Sus estrofas en portugués y los delicados poemas que compuso en inglés, al par que las admirables versiones que hizo de Heine, Uhland, Lenau, Junqueiro, Herder, D'Abreu, Shakespeare, Poe y Paul de Saint-Victor, lo demuestran.

Nuevo Heine, sin ese dejo amargo de lo irrisorio y lo sarcástico, versado cual muy pocos en la lengua de Goethe, con escrupulosidad y entusiasmo, trasladó al castellano, luego de invertir largos años en corregir y embellecer su admirable y admirada traducción, el *Buch der Lieder*, colección de breves canciones, en alto grado subjetivas y de los más varios tonos y matices psicológicos, caracterizadas por la verdad del sentimiento y por el brío, sencillez y hermosura de la expresión. En ellas, donde están contenidos todos los afectos del alma de los tiempos modernos, vació lo más artístico de su poesía y lo más amargo de su vida el ruiñón del Rhin, triste satírico, de una sensibilidad ardiente y una exquisita delicadeza, a ratos irónico y maligno, y, a veces, cínico y pesimista.

Tan exacta y ceñida al original es la versión que, sin ser paráfrasis ni prosaico y servil calco, alcanza, aun sacrificando en ciertos casos, como es lógico, la forma al fondo, la palabra a la idea, suma fidelidad, elegancia y corrección, a la vez que logra imitar el metro, la rima, el ritmo, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos del texto alemán.

Pérez Bonalde no es, pudiéramos decir, un traductor sino un intérprete de Heine, que debido a la similitud de sentimientos que existe entre ambos pudo captar, aun en las mismas nebulosidades nórdicas, la esencia de la poesía del germano infeliz, y, por eso, traducirlo de manera tan magistral y admirable. Dadas esas afinidades nuestro poeta hubiera podido producir en circunstancias análogas a las del autor de "El Cancionero" una obra semejante.

Poeta congenial del sombrío Poe, en forma melodiosa y armónica, tradujo en su espíritu íntegro y en todo su intenso colorido "El Cuervo". Esta versión, donde late y habla el alma melancólica y en extremo sensible de su autor, la más poética de las existentes en castellano, no sólo conserva la idea si no que logra la armonía imitativa del verso inglés y mantiene la cadencia y el ritmo, de estilo trocaico, del original, no obstante haber diluido el traductor en ocho los seis versos de que se componen las estrofas del poema y de haber eliminado las rimas internas que existen en el primer y tercer verso de las mismas.

También tradujo, con fidelidad y pulcritud extraordinarias, *El hijo de la Pena*, de Herder; *Los tres amores* y *La maldición del Bardo*, de Uhland; fragmentos de *A morte de D. Joao*, de Guerra Junqueiro; y, bella y admirablemente, en versos de impecable factura y plenos de elevación en los conceptos, bajo el nombre de *Venus Victrix*, la marmórea página en prosa de Paul de Saint-Victor, que lleva por título *La Venus de Milo*. Dícese que dejó una versión directa y en hexámetros del poema *De Rerum Natura*. Lo entendido que era en la lengua del Lacio y lo sólido de su formación humanística le permitían salir airoso de tan difícil y riesgosa empresa, cual es la de poner en verso castellano a Lucrecio, el cantor de los nefandos principios del epicureísmo. Pueda que como otras muchas poesías propias que, según se asevera, pensaba dar a la estampa Pérez Bonalde, háyase perdido o extraviado en uno de los viajes del errabundo trovador, de límpida conciencia, de apuesto y austero continente, perpetuo aspirante del sosiego, que desde el fatal momento en que el destino adverso, hundió en las sombras de lo desconocido a Flor, su idolatrada hija, a la que ya por siempre jamás nunca vería, añoraba por la ciudad querida, do palparon sus ojos la primera lumbre.

Hastiado peregrino de la vida, accediendo al llamado

de la tierra, en 1890 regresa de nuevo al patrio suelo. Esta vez iba a permanecer definitivamente entre nosotros. Su llegada conmueve a jóvenes y viejas generaciones. Llenas de júbilo las primeras se aprestan a darle la cordial bienvenida y expresan la admiración que le profesan y que su esplendorosa fama les inspira. Su lacerado corazón responde con amor al afecto y a las deferentes demostraciones de cuantos le circundan. De aquí el cariño y el respeto con que le tratan y la póstuma apoteosis que, como a Príncipe de nuestra moderna lírica, le rindieron finos artistas, nobles y juveniles espíritus de aquellos tiempos, que en él hallaron al amigo acogedor, sencillo, bueno, de amplia comprensión, presto al consejo útil, contrario a cuanto es envidia y egoísmo y ajeno a toda rivalidad y ambición; al verdadero maestro, sembrador de ideas, forjador de un ambiente más propicio al cultivo del arte e iniciador de una renovación literaria, al ser de los primeros en abrir desconocidos rumbos, buscar otros tonos y coloridos, en reaccionar contra los preceptos en uso, introducir elementos heteróclitos y formas métricas que parecieron raras y difíciles y al orientarse hacia nuevas formas de sensibilidad y expresión. Fué uno de los precursores del modernismo en América, y, por eso, para la mayoría de sus contemporáneos en Venezuela, un exótico, un incomprendido.

Desengañado de los hombres, el fuerte luchador de enantes, abatido, indiferente, extraño a cuanto le rodea, se deja consumir por el tedio: es el sér que de sí mismo huye por si pudiese olvidar sus desventuras y al que no alcanzan del mundo los placeres a mitigar sus penas y dolores. Una glacial tristeza ha invadido su espíritu. No más cantos de amor ni alegres trovas de su lira brotan. Sólo la nota triste, reflejo de su alma, de tarde en tarde se escapa de su pecho. Cada día, como si presintiese la llegada de la que no olvida ni perdona, se reconcentra más dentro de sí, hasta que al cabo, rendido al peso de su adversa suerte, vencido cae el soñador sin vida. En llegando la muerte, el gran rebelde, el bardo de la duda,

del dolor y de la desesperanza, alcanza al fin la ansiada calma, la anhelada paz. Y al entrar ese día su nombre en el reino de la inmortalidad, su gélido cadáver, en tosca urna de sencillo pino, conducida en hombros de pobres pescadores, manos amigas lo depositaron en humilde fosa, a donde muy pocos fueron a darle la eterna despedida. Extinguidas las míseras pasiones que ayer alrededor suyo se agitaron, rindámosle la suprema justicia que nos imponen su recia personalidad y su grandiosa obra, y a la vez honrémonos honrando la memoria famosa del compatriota insigne, que al reclinar por siempre la cabeza sobre los lauros del deber cumplido, supo caer en su mortal regazo con alma en paz y con la frente erguida.

POESIAS

VUELTA A LA PATRIA

A mi hermana Elodia.

I

Tierra! grita en la prora el navegante,
Y confusa y distante,
Una línea indecisa
Entre brumas y ondas se divisa.

Poco á poco del seno
Destacándose va del horizonte,
Sobre el éter sereno
La cumbre azul de un monte;
Y así como el bajel se va acercando,
Va extendiéndose el cerro
Y unas formas extrañas va tomando;
Formas que he visto cuando
Soñaba con la dicha en mi destierro.

Ya la vista columbra
Las riberas bordadas de palmares,
Y una brisa cargada con la esencia
De violetas silvestres y azahares,
En mi meroria alumbra
El recuerdo feliz de mi inocencia,
Cuando pobre de años y pesares
Y rico de ilusiones y alegría,
Bajo las palmas retozar solía
Oyendo el arrullar de las palomas,
Bebiendo luz y respirando aromas.

Hay algo en esos rayos brilladores
Que juegan por la atmósfera azulada,
Que me habla de ternuras y de amores
De una dicha pasada,
Y el viento, al suspirar entre las cuerdas,
Parece que me dice: "¿no te acuerdas?"...

Ese cielo, ese mar, esos cocales,
Ese monte que dora
El sol de las regiones tropicales...
Luz! Luz al fin!—los reconozco ahora:
Son ellos, son los mismos de mi infancia,
Y esas playas que al sol del mediodía
Brillan á la distancia,
¡Oh inefable alegría!
Son las riberas de la patria mía!

Ya muerde el fondo de la mar hirviente
Del ancla el férreo diente;
Ya se acercan los botes desplegando
Al aire puro y blando
La enseña tricolor del pueblo mio!
¡A tierra! á tierra! o la emoción me ahoga,
O se adueña de mi alma el desvarío!

Llevado en alas de mi ardiente anhelo,
Me lanzo presuroso al barquichuelo
Que a las riberas del hogar me invita.
Todo es grata armonía; los suspiros
De la onda de zafir que el remo agita;
De las marinas aves
Los caprichosos giros;
Y las notas suaves,
Y el timbre lisonjero,
Y la magia que toma
Hasta en labios del toско marinero
El dulce són de mi nativo idioma.

¡Volad, volad veloces,
Ondas, aves y voces!

Id a la tierra donde el alma tengo
 Y decidle que vengo
 A reposar, cansado caminante,
 Del hogar á la sombra un solo instante;
 Decidle que en mi anhelo, en mi delirio
 Por llegar á la orilla, el pecho siente
 Dulcísimo martirio;
 Decidle, en fin que miéntra estuvo ausente
 Ni un dia, ni un instante héla olvidado,
 Y llevadle este beso que os confío,
 Tributo adelantado
 Que desde el fondo de mi sér le envío.

Boga, boga, remero; así... llegamos!
 ¡Oh emocion hasta ahora no sentida!
 Ya piso el santo suelo en que probamos
 El almíbar primero de la vida!

Tras ese monte azul cuya alta cumbre
 Lanza reto de orgullo
 Al zafir de los cielos,
 Está el pueblo gentil donde al arrullo
 Del maternal amor rasgué los velos
 Que me ocultaban la primera lumbre.

¡En marcha, en marcha, postillon, agita
 El látigo inclemente!
 Y á más andar, el carro diligente
 Por la orilla del mar se precipita.

No hay peña ni ensenada que en mi mente
 No venga á despertar una memoria,
 Ni hay ola que en la arena humedecida
 No escriba con espuma alguna historia
 De los alegres tiempos de mi vida.
 Todo me habla de sueños y cantares,
 De paz, de amor y de tranquilos bienes,
 Y el aura fugitiva de los mares
 Que viene, leda, á acariciar mis sienes,

Me susurra al oído
Con misterioso acento: "Bienvenido."

Allá van los humildes pescadores
Las redes á tender sobre la arena;
Dichosos que no sienten los dolores
Ni la punzante pena
De los que léjos de la patria lloran;
Infelices que ignoran
La insondable alegría
De los que tristes del hogar se fueron
Y luego, ansiosos, al hogar volvieron!

Son los mismos que un día,
Siendo niño admiraba yo en la playa,
Pensando, en mi inocencia,
Que era la humana ciencia,
La ciencia de pescar con la atarraya.

Bien os recuerdo, humildes pescadores,
Aunque no á mí vosotros, que en la ausencia
Los años me han cambiado y los dolores.

Ya ocultándose va tras un recodo
Que hace el camino, el mar, hasta que todo
Al fin desaparece.
Ya no hay más que montañas y horizontes,
Y el pecho se estremece
Al respirar, cargado de recuerdos,
El aire puro de los patrios montes.

De los frescos y límpidos raudales
El murmurio apacible;
De mis canoras aves tropicales
El melodioso trino que resbala
Por las ondas del éter invisible;
Los perfumados hálitos que exhala
El cáliz aureo y blanco
De las humildes flores del barranco;

Todo a soñar convida,
 Y con süave empeño
 Se apodera del alma enternecida
 La indefinible vaguedad de un sueño.

Y rueda el coche, y detrás dél las horas
 Deslízanse ligeras
 Sin yo sentir, que el pensamiento mio
 Viaja por el país de las quimeras,
 Y sólo hallan mis ojos sin mirada
 Los incoloros senos del vacío...



De pronto, al descender de una hondonada,
 "Carácas! allí está!" dice el auriga,
 Y súbito el espíritu despierta
 Ante la dicha cierta
 De ver la tierra amiga.

Carácas allí está; sus techos rojos,
 Su blanca torre, sus azules lomas
 Y sus bandas de tímidas palomas
 Hacen nublar de lágrimas mis ojos !

Cáracas allí está; Vedla tendida
 A las faldas del Avila empinado,
 Odalisca rendida
 A los piés del sultan enamorado.

Hay fiesta en el espacio y la campaña,
 Fiesta de paz y amores:
 Acarician los vientos la montaña;
 Del bosque los alados trovadores
 Su dulce canturía
 Dejan oír en la alameda umbría;
 Los menudos insectos en las flores
 A los dorados pístilos se abrazan;
 Besa el aura amorosa al manso Guaire,

Y con los rayos de la luz se enlazan
Los impalpables átomos del aire.

¡Apura, apura, postillon! agita
El látigo inclemente!
¡Al hogar, al hogar! que ya palpita
Por él mi corazón... mas, nó —detente!
¡Oh infinita afliccion! oh desgraciado
De mí, que en mi soñar hube olvidado
Que ya no tengo hogar!... Pára, cochero:
Tomemos cada cual nuestro camino;
Tú, al techo lisonjero
Do te aguarda la madre, el sér divino
Que es de la vida centro y alegría,
Y yo... yo al cementerio
Donde tengo la mia.

¡Oh insoluble misterio
Que trueca el gozo en lágrimas ardientes!
¿En dónde está, Señor, esa tu santa
Infinita bondad, que así consientes
Junta á tanto placer, tristeza tánta?

Ya no hay fiesta en los aires; ya no alegra
La luz que el campo dora;
Ya no hay sino la negra
Pena cruel que el pecho me devora.
Valor! firmeza, corazón! no brotes
Todo tu llanto ahora—no lo agotes,
Que mucho, mucho que sufrir aún falta:
Ya no léjos resalta
De la llanura sobre el verde manto
La ciudad de las tumbas y del llanto;
Ya me acerco, ya piso
Los callados umbrales de la muerte,
Ya la modesta lápida diviso
Del angélico sér que el alma llora;

Ven, corazón, y vierte
Tus lágrimas ahora.

II

Madre, aquí estoy; de mi destierro vengo
A darte con el alma el mudo abrazo
Que no te pude dar en tu agonía;
A desahogar en tu glacial regazo
La pena aguda que en el pecho tengo
Y á darte cuenta de la ausencia mia.

Madre, aquí estoy; en alas del destino
Me alejé de tu lado una mañana
En pos de la fortuna
Que para tí soñé desde la cuna;
Mas ¡oh suerte inhumana!
Hoy vuelvo, fatigado peregrino,
Y solo traigo que ofrecerte pueda
Esta flor amarilla del camino
Y este resto de llanto que me queda.

Bien recuerdo aquel día,
Que el tiempo en mi memoria no ha borrado;
Era de Marzo una mañana fría
Y cerraba los cielos el nublado.
Tú en el lecho áun estabas,
Triste y enferma y sumergida en duelo,
Que con alma de madre contemplabas
El hondo desconsuelo
De verme separar de tu regazo.
Llegó la hora despiadada y fiera,
Y con el pecho herido
Por dolor hasta entónces no sentido,
Fuí á darte, madre, mi postrer abrazo
Y á recibir tu bendición postrera.

¡Quién entónces pensara
Que aquella voz angélica en mi oído
Nunca más resonára!

Tú, dulce madre, tú, cuando infelice,
Digiste al estrecharme contra el pecho:
"Tengo un presentimiento que me dice
Que no he de verte más bajo este techo".

Con un supremo esfuerzo desliguéme
De los amantes lazos
Que me formaban en redor tus brazos,
Y fuera me lancé como quien teme
morir de sentimiento...
¡Oh terrible momento!
Yo fuerte me juzgaba,
Mas, cuando fuera me encontré y aislado,
El vértigo sentí del pajarillo
Que en la jaula criado,
Se ve de pronto en la extension perdido
De las etéreas salas,
Sin saber donde encontrará otro nido
Ni á donde, torpes, dirigir sus alas.

Desató el sollozar el nudo estrecho
Que ahogaba el corazon en su quebranto,
Y se deshizo en llanto
La tempestad que me agitaba el pecho.

Despues, la nave me llevó á los mares,
Y llegamos al fin, un triste dia
A una tierra muy léjos de la mia,
Donde en vez de perfumes y cantares,
En vez de cielo azul y verdes palmas,
Hallé nieblas y ábregos, y un frio
Que helaba los espacios y las almas.

Mucho, madre, sufrí con pecho fuerte,
Mas suavizaba el sufrimiento impío
La esperanza de verte
Un tiempo no lejano al lado mio.
¡Ay del mortal que ciego
Confia su ventura a la esperanza!...
La ley universal cumpliósese luego,

Y ví en el alma, presta,
 La mia disiparse,
 Cual mira en lontananza
 Torcer el rumbo en dirección opuesta
 El náufrago al bajel que vió acercarse.

Bien recuerdo aquel dia
 Que el tiempo en mi memoria no ha borrado
 Era de Marzo otra mañana fria
 Y los cielos cerraba otro nublado,

Triste, enfermo y sin calma,
 En tí pensaba yo cuando me dieron
 La noticia fatal que hirió mi alma,
 Lo que sentí decirlo no sabia...
 Solo sé que mis lágrimas corrieron
 Como corren ahora, madre mia.

Después, al mundo me lancé, agitado,
 Y atravesé océanos y torrentes,
 Y recorrí cien pueblos diferentes;
 Ténue vapor del huracan llevado,
 Alga sin rumbo que la mar flagela,
 Viento que pasa, pájaro que vuela.

Mucho, madre, he adquirido,
 Mucha experiencia y muchos desengaños,
 Y también he perdido
 Toda la fe de mis primeros años.

¡Feliz quien como tú ya en esta vida
 No tiene que luchar contra la suerte
 Y puede reposar en la seguida,
 Inalterable calma de la muerte;
 Sin ver ni padecer el mal eterno
 Que nos hiere doquier con saña cruda,
 Ni llevar en el pecho el frio interno
 De la indomable duda!

¡Feliz quien como tú, con altiveza
Reclinó para siempre la cabeza
Sobre los lauros del deber cumplido,
Cual la reclina, por la muerte herido,
Tras el combate rudo,
Risueño, el gladiador sobre su escudo!

Esa, madre, es tu gloria
Y la alta recompensa de tu historia,
Que el premio solo del deber sagrado
Que impone el cristianismo
Está en el hecho mismo
De haberlo practicado.

Madre, voy á partir; mas parto en calma
Y sin decirte adios, que eternamente
Me habrás de acompañar en esta vida;
Tú has muerto para el mundo indiferente,
Mas nunca morirás, madre del alma,
Para el hijo infeliz que no te olvida.

Y fuera el paso nuevo,
Y desde su alto y celestial palacio,
Su brillo siempre nuevo
Derrama el sol por el cerúleo espacio...

Ya léjos de los túmulos me encuentro,
Ya me retiro solitario y triste;
Mas ¡ay! ¿a dónde voy? si ya no existe
De hogar y madre el venturoso centro!...
A dónde? —A la corriente de la vida,
A luchar con las ondas brazo á brazo,
Hasta caer en su mortal regazo
Con alma en paz y con la frente erguida!

FLOR

I

Flor se llamaba: flor era ella,
Flor de los valles en una palma,
Flor de los cielos en una estrella,
Flor de mi vida, flor de mi alma.

Era más suave que blando aroma;
Era más pura que albor de luna,
Y más amante que una paloma,
Y más querida que la fortuna.

Eran sus ojos luz de mi idea,
Su frente lecho de mis amores,
Sus besos eran dulzura hiblea,
Y sus abrazos collar de flores.

Era al dormirse tarde serena,
Al despertarse rayo del alba,
Cuando lloraba limbo de pena,
Cuando reía cielo que salva.

La de los héroes ansiada palma,
De los que sufren el bien no visto,
La gloria misma que sueña el alma
De los que esperan en Jesucristo;

Era a mis ojos condena odiosa
Si comparada con la alegría,
De ser el vaso de aquella rosa,
De ser el padre de la hija mía.

Cuando en la tarde tornaba al nido
De mis amores, cansado y triste,
Con el inquieto cerebro herido
Por esta duda de cuanto existe;

Su madre tierna me recibía
Con ella en brazos—yo la besaba...
Y entonces... todo lo comprendía
Y al Dios sentido todo lo fiaba!...

¿Qué el mal impera?—Delirio craso!
¿Que hay hechos ruines?—Error profundo!
¿No estaba en ella mirando acaso
La ley suprema que rije al mundo?

Ah! cómo ciega la dicha al hombre,
Cómo se olvida que es rey el duelo,
Que hay desventuras sin fin ni nombre
Que hacen los puños alzar al cielo!...

.....

Señor! ¿existes? ¿Es cierto que eres
Consuelo y premio de los que gimen,
Que en tu justicia tan sólo hieres
Al seno impuro y al torvo crimen?

Responde entonces: ¿por qué la heriste?
¿Cuál fué la mancha de su inocencia,
Cuál fué la culpa de su alma triste?
Señor! respóndeme en la conciencia!

Alta la llevo simpre, y abierta,
Que en ella nada negro se esconde;
La mano firme llevo a su puerta,
Inquiero... y nada, nada responde!

Sólo del alma sale un gemido
De angustia y rabia, y el pecho, en tanto
Por mano oculta de muerte herido
Se baña en sangre, se ahoga en llanto!

Y en torno sigue la impía calma
De este misterio que llaman vida,
Y en tierra yace la flor de mi alma,
Y al lado suyo mi fe vencida!

II

Allí está! Blanca, blanca
 Como la nieve virgen que el potente
 Viento del Norte de la cumbre arranca;
 Como el lirio que troncha mano impía
 Orillas de la fuente
 Que en reflejar su albura se engreía!

Allí está!... La suave
 Primavera pasó; pasó el verano
 Y la estación poética en que el ave
 Y las hojas se van; retornó el cano,
 Pálido invierno con su alegre arreo
 De fiesta y de niños, y aún la veo
 Y la veré por siempre!... Allí está... fría
 Entre rosas tendida, como ella
 Blancas y puras y en botón cortadas
 Al despuntar el día!...

Ay! en la hora aquella,
 ¿Dónde estaban las hadas
 Protectoras del niño,
 Que no vinieron con la clara estrella
 De su vara de armiño
 A tocar en la frente a la hija mía,
 A devolver la luz a aquellos ojos,
 Y a arrancar de mi pecho los abrojos
 De esta inmensa agonía,
 De este dolor eterno, de esta angustia
 Infinita, fatal, inmensurable,
 De este mal implacable
 Que deja el alma mustia
 Para siempre jamás—que nada alcanza
 A mitigar en este mundo incierto!

Nada! ni la esperanza
 Ni la fe del creyente
 En la ribera nueva,
 En el divino puerto

Donde la barca que las almas lleva
Habrá de anclar un día;
Ni el bálsamo clemente
De la grave, inmortal filosofía;
Ni tú misma, divina Poesía
Que esta arpa de las lágrimas me entregas
Para entonar el psalmo de mi duelo!...
Tú misma, nó, no llegas
A calmar mi dolor!...

¡Abrase el cielo !
Desgátese la gloria en rayos de oro
Sobre mi frente...y desdeñosa, altiva
De su mal sin consuelo
Al celestial tesoro
El alma mía cerrará su puerta:
Que ni aquí, ni allá arriba
En la región abierta
De la infinita bóveda estrellada ,
Nada hay más grande, nada!
Más grande que el amor de mi hija viva,
Más grande que el dolor de mi hija muerta!

EL POEMA DEL NIAGARA

*Al Excmo. Señor Don Emilio
Castelar, este humilde canto, en
homenaje de sincera, ardiente y
profunda admiración.*

Dedica,

El Autor.

I

LA LIRA Y EL ARPA

¿Y podrás, lira mia,
En tus débiles cuerdas el rugido
Hallar del aquilon; el estampido
Retumbante del trueno,
Cuando su fragorosa artillería
Barre de seno en seno
La combatida bóveda sombría!...
¿Podrás el ronco acento
Hallar del mar sañudo y turbulento,
Y la potente fibra
Que en la gigante cítara del viento,
Con rudo plectro la tormenta vibra?

Podrás, en fin, de Heredia peregrino,
Hallar la fuerte, la robusta nota
Y el impetuoso grito de entusiasmo,
Tú, pobre lira rota,
Para alzar inmortal canto divino
Al rey de los torrentes,
Gala de un mundo y de los hombres pasmo,
Niágara atronador que hoy se levanta
Circundado de glorias esplendentes
Ante mi vista deslumbrada, y llena
El alma mía de pavor sublime,
Y enmudece la voz en mi garganta
Y con su inmensa majestad me oprime?
¡Qué importa! Si la altiva, la serena
Musa inmortal de Píndaro y Quintana
Me negare, tirana,
Sus divinos favores,
Me quedas tú, sombría
Diosa de los poéticos dolores,
Númen inspirador de la elegía!
Sí, tú me quedarás, tú siempre fuiste,
En el desierto de mi vida triste,
Mi columna de sombras por el día
Y mi encendida nube por la noche...

Ven á mis manos, pues, ven, arpa mia,
Que ya en mi pensamiento abre su broche
Bajo el beso fecundo
De la alma inspiracion, la flor del canto!

Ven, entre llanto y llanto,
A referirle al asombrado mundo
De lo sublime el inmortal poema,
La soberbia belleza que dilata

En noble aspiración el pecho triste,
Y la emocion suprema,
Y el horror misterioso que sentiste
Al borde de la inmensa catarata!

II

EL RIO

Azul, ancho, sereno,
 Espejo de los cielos que retrata
 En su límpido seno,
 De majestuosos pinos coronado,
 Al blando murmurío
 De espumas de cristal y ondas de plata,
 Sonoro y sosegado,
 Regando aromas se desliza el río.
 Y vaga el viajador por sus riberas
 Oyendo los suspiros de las aves
 Y las notas süaves
 De las brisas ligeras
 Que vienen á empujar sobre las ondas
 El ancho lino de las blancas naves.
 Todo es paz en la tierra
 Y todo luz en las etéreas blondas!...
 ¿Oís?... Allá, á lo léjos,
 Algo como un rumor, sordo, perdido...
 ¿Qué será ese rüido?
 ¿Será el viento en la sierra,
 Precursor de los cárdenos reflejos
 Del rayo asolador?... No; el horizonte
 Sereno resplandece, y ni una nube
 Se cierne sobre el monte.
 Escuchad cómo sube...
 Va creciendo por grados, va creciendo...
 Ya no es ruido lejano, ya es estruendo
 Que el ámbito ensordece,
 Y á medida que crece,
 Va la linfa perdiendo
 Su serena quietud; ya las espumas
 No son las blandas; las ligeras plumas

Que adornaban, graciosas,
 La inmaculada frente
 De la mansa corriente:
 Son oleadas ruidosas,
 Son roncós hervideros bullidores
 Que rugen, que se encrespan, que batallan,
 Y al chocarse entre sí, ráudos estallan
 En mil penachos de irritada espuma
 Que reflejan del íris los colores.

Y es en vano el luchar; la fuerza suma
 De un poder misterioso, oculto, interno,
 Sin cesar los sacude, los agita
 Y al fin los precipita
 En espumante remolino eterno.
 Vórtice arrobador, bello, horroroso,
 Que hace olvidar, al contemplarlo mudo,
 El trueno misterioso
 Que ya cerca retumba
 Con ímpetu sañudo...
 Blanco vapor se eleva
 Sobre el nivel del agua, allá á lo léjos,
 Do con fuerza mayor el trueno zumba;

Y la corriente embravecida lleva
 Del encumbrado sol á los reflejos,
 Pinos de sus orillas arrancados,
 Cascos de naves, míseros despojos
 Por su implacable cólera arrastrados.
 De pronto, un torbellino
 De vaporosas chispas, invadiendo
 El aire cristalino,
 En lluvia azotadora el rostro os hiela
 Y os baña, y os hostiga y os flagela
 Al ronco son del pavoroso estruendo!...
 No deis un paso más; cerrad los ojos,
 Que no os trastorne el vértigo la mente...
 Bajad por la colina...
 Ahora abridlos, y postráos de hinojos!

III

EL TORRENTE

¡Oh espectáculo inmenso! ¡oh sorprendente
Panorama de horror y de hermosura!
Oh inenarrable escena peregrina
Que á un tiempo el llanto y la sonrisa arranca!
Falta al pecho el aliento; la luz pura
Falta á los ojos por exceso de ella,
Y la sangre se estanca
Y al corazón se agolpa y lo atropella...
Oh! qué sublime horror! el ancho rio,
Desde escarpada, gigantesca altura,
En toda la extensión de su pujanza,
De súbito se lanza
En el abismo fragoroso y frio!
¡Paso! ¡Paso al coloso!
La amedrentada tierra
Gime bajo su peso; el poderoso
Raudal se precipita,
Y tras breve batalla,
Cuanto su marcha cierra,
Cuanto á sus piés palpita,
Colinas, valles, árboles, peñones,
Rompe, tala, avasalla,
Y triunfador altivo, sus blasones
Despliega al orbe que, agitado y mudo
De admiración, lo acata;
Digno blason de su glorioso escudo:
En campo azul, voráGINE de plata!
Ved cómo tiembla la humillada roca
Y el combatido centro del abismo
Cuando su seno toca
Con el rudo fragor del cataclismo
La desprendida mole del torrente!
Lago de espuma hirviente,
Como vasto incensario,

Alza eterno plumaje
De flotantes y fúlgidos vapores,
En severo homenaje
A la deidad terrible del santuario:
Al dios de los abismos bramadores,
Al númen dueño del cerrado arcano
Que guardan en su seno oscuro y frío
Las simas, y los antros, y el oceano,
Las sombras y el vacío.
¿Dó te ocultas, deidad atronadora?
En qué confín perdido del torrente
Tienes tu húmedo lecho,
Para volar ansioso y diligente
A tu encuentro feliz! Sí, ya la hora
Sonó de interrogarte frente a frente;
Sí, yo tengo el derecho,
Como cantor, como hombre,
De venir á tu lóbrego palacio,
De la verdad en nombre,
A pedirte el secreto del abismo,
Ese enigma profundo
Que debe ser el mismo
Que, no resuelto aún, lleva en el pecho
El mísero mortal en este mundo:
La rebelion, la duda, la agonía
Del corazón en lágrimas deshecho!...
¡Genio, responde á mi clamor, responde!
¿Por dónde, dí, por dónde
Se va hasta tí? La fria,
La inmensa, la impetuosa catarata
Que en lluvia de diamantes se desata
Al descender al antro furibundo,
Con su raudal frenético me esconde
Los umbrales de plata
De tu oscuro palacio:

El estruendo iracundo
 Ensordece el espacio,
 Y la agitada espuma
 Me azota el rostro y por doquier me abrumba.

IV

SUB-UMBRA

¿Por qué, por qué en mi auxilio
 No vienes hasta mí? ¿Dó estás, Virgilio?
 Tú, que guiaste al profundo,
 Como padre y maestro,
 Al monarca del estro,
 Al animoso bardo florentino!
 Ven, tiéndeme la mano,
 Ven, muéstrame el camino...
 Nadie!... ni un alma... ni una voz! En vano
 Fué mi clamor... ¿Qué importa! Nunca alarde
 Hizo de temerario el bardo triste;
 Mas nunca fue cobarde,
 Que su valor resiste
 A todos los embates de la suerte,
 Pues á más de profeta,
 Sacerdote y caudillo,
 Es la misión sublime del poeta
 Ser héroe denodado, aunque sencillo,
 Y vencedor del tiempo y de la muerte! . . .
 ;Adelante, alma mia!
 Allí, junto al peligro está la boca
 De la sima profunda...
 Fe, valor, osadía!
 Ya el pié resbala en la musgosa roca,
 Ya la lluvia iracunda
 Me flagela la frente...
 Este es mi Sinaí relampagueante,
 Este es mi Oreb ardiente!...
 Adelante! Adelante!

¡Qué horrorosa caverna!
¡Qué espantoso rüido!
Aquí tienen su nido
La oscuridad eterna,
El torbellino airado,
La fragorosa espuma,
El Aquilon helado,
La sufocante y cegadora bruma!...
¡Adelante, adelante! Allá en el fondo,
La sombra es más intensa,
El rugido más fuerte,
La atmósfera más densa
Y más cerca al espíritu la muerte.
Allí, allí está el hondo
Santuario en que se oculta
El dios de la terrible catarata!
¡Cómo llegar á él!... En arco enorme
Que en el vórtice hirviente se sepulta,
Sobre mi frente pálida, tendida
Cual bóveda de plata,
Pasa la mole rápida y deforme
De la corriente al bátrato impelida.
Bajo mis piés se escapa
La resbalosa peña
Que sirve, artera, de engañosa capa
A la muerte en sus grietas escondida.
El vértigo se adueña
De mi turbada mente...
Un paso más... y terminó la vida!

V

EL ECO

Héme aquí frente á frente
De la espesa tiniebla desde donde
Oirme debe la deidad rugiente
Que en su seno se esconde:

—“Dime, Genio terrible del torrente,
 ¿Adónde vas al trasponer la valla
 Del hondo precipicio,
 Tras la ruda batalla
 De la atraccion, la roca y la corriente?...
 ¿Adónde vá el mortal cuando la frente
 Triunfadora del vicio,
 Yergue, al bajar á la mundana escoria
 En pos de amor y venturanza y gloria?
 ¿Adónde, van, adónde,
 Su fervoroso anhelo,
 Tu trueno que retumba?...”
 Y el eco me responde,
 Ronco y pausado: *tumba!*

¡Espíritu de hielo,
 Que así respondes á mi ruego, dime:
 Si es la tumba sombría
 El fin de tu hermosura y tu grandeza;
 El término fatal de la esperanza,
 De la fe y la alegría;
 Del corazon que gime
 Presa del desaliento y los dolores;
 Del alma que se lanza
 En pos de la belleza,
 Buscando el ideal y los amores;
 Despues que todo pase,
 Cuando la muerte, al fin, todo lo arrase,
 Sobre el oceano que la vida esconde,
 Dime qué queda; dí, qué sobrenada?...”
 Y el eco me responde,
 Triste y doliente: *nada!*

Entónces, ¿por qué ruges,
 Magnífico y bravío,
 Por qué en tus rocas, impetuoso, crujes
 Y al universo asombras
 Con tu inmortal belleza,
 Si todo ha de perderse en el vacío?...
 ¿Por qué lucha el mortal, y ama, y espera,

Y rie y goza, y llora y desespera,
Si todo, al fin, bajo la losa fria
Por siempre ha de acabar?... Díme, ¿algún día,
Sabrá el hombre infelice dó se esconde
El secreto del sér?, ¿Lo sabrá nunca?...
Y el eco me responde,
Vago y perdido: *nunca!*

Adios, Genio sombrío,
Más que tu gruta y tu torrente helado;
No más exijo de tu labio impío,
Que al alejarme, triste, de tu lado,
Llevo en el cuerpo y en el alma frio.
A buscar la verdad vine hasta el fondo
De tu profunda cueva;
Mas, ay!, en vez de la razon ansiada,
Un abismo más hondo
Mi alma desesperada
En su seno al salir, consigo lleva...
Ya sé, ya sé el secreto del abismo
Que descubrir quería...
Es el mismo, es el mismo
Que lleva el pensador dentro del pecho:
La rebelion, la duda, la agonía
Del corazon en lágrimas deshecho!

VI

¡HOSANNA!

Y léjos de la gruta el paso guío
Contra el azote del raudal luchando.
Ya fuera estoy del ámbito sombrío!
Oh! qué bella es la luz! ¡qué hermosa, cuando
Salimos del horror de las tinieblas!...
Ved cómo juega en círculo brillante
Sobre las blancas nieblas
Que circundan la frente del gigante!

Ved los tintes que toma,
 Segun viene á su encuentro,
 Ya en penacho de pluma,
 Ya en velo de cristal ó en lluvia fina,
 La vaporosa espuma
 O el agua cristalina.
 Aquí, en el ancho centro,
 Ostenta los colores
 Del cuello tornasol de la paloma;
 Allá es verde esmeralda,
 Abajo, azul de límpido zafiro;
 Y vista de lo alto,
 Es mágica guirnalda
 De irisados fulgores,
 De la ovacion en el revuelto giro
 Al pié arrojada del agosto salto!...

Y pensar, y pensar que tal tesoro,
 Tánta regia hermosura,
 Traidora esconde como sirte oscura
 En su seno insondable,
 Inflexible a la súplica y al lloro,
 A la amenaza fiera, al canto tierno,
 La muerte inexorable,
 La eterna sombra y el olvido eterno...

¡Ay de aquel que, inocente,
 Se deje fascinar por su belleza,
 Y con pié descuidado
 Se aproxime al torrente!
 ¡Ay de tí, trovador entusiasmado
 Por la ideal grandeza
 En que tu alma se inspira,
 Si a tus sueños de gloria abandonado,
 No combates el vértigo que gira
 En tu encendida y deslumbrada mente!...
 ¡Ay de tí, pobre nauta,
 Si tu barquilla incauta
 Toca al borde traidor de la corriente!...

¡Ay de tí, criminal de manos rojas,
 Si, huyendo de la ira
 De la justicia humana,
 O de la faz tirana
 De aquellos, ay, que por tu causa gimen,
 Con ánimo imprudente
 A cruzarlo te arrojas!...
 ¿Qué le importa al abismo oscuro y hondo,
 Si es escogido ó réprobo el que espira,
 Si es la virtud ó el crimen,
 El puñal ó la lira,
 Lo que arrastran las aguas á su fondo!

¡Quién como tú feliz, Niágara undoso!
 ¡Quién como tú, glorioso!
 Tienes, para tu orgullo,
 Y para orgullo que jamás perece.
 De la libre región que se adormece
 Al rudo son de tu gigante arrullo,
 Un continente, un mundo por imperio,
 El abismo por trono,
 Por escabel la sombra y el misterio;
 Por himno de victoria
 Del trueno eterno el pavoroso tono;
 La hermosura suprema
 Por cetro de tu gloria;
 El iris rutilante por diadema;
 Por incienso, el vapor de hirviente plata
 Que, en elástica nube,
 Eternamente sube
 Del hondo seno oculto
 Al choque de la rauda catarata;
 Por sacerdotes sumos de tu culto
 Los genios de la tierra,
 La lira y los pinceles;
 Y por vasallos fieles
 Las razas, las naciones,
 Y las generaciones
 De asombro mudas, que el planeta encierra!

VII

HOMBRE Y ABISMO

¡Quién como tú feliz, Niágara undoso!
 ¡Quién como tú, glorioso!
 Mas á pesar de tu grandeza suma,
 A pesar de tu insólita belleza,
 De tu trueno, y tu vórtice, y tu bruma,
 A pesar de tu indómita fiereza
 Y tu poder sin nombre,
 Tú no eres más que yo, ni más que el hombre!
 Tú eres la imágen viva
 De la proscrita humanidad altiva;
 Tú eres el hombre mismo
 En escala aumentada;
 Por eso, cuando ansioso de adueñarme
 Del secreto del sér bajé a tu abismo,
 ¿Pudiste acaso darme
 La clave deseada? ...
 Nada supiste responderme, nada;
 Que lo que el hombre ignora
 Lo ignoras tú también:

Tras el radiante

Velo de tu hermosura arrobadora
 Escondes tú de la mortal mirada
 Tu musgo, tu pantano,
 Tu limo y tus horribles asperezas;
 Y el infeliz humano,
 Detrás de sus quiméricas grandezas,
 Oculta, agonizante,
 La inocencia perdida
 Y el fango y las miserias de la vida!
 Tú sales rumoroso, azul, sereno,
 De las fuentes del rio,
 Y luego, impetuoso, desbordado,
 Te despeñas, colérico, en el seno
 Del abismo sombrío;

Así el niño mimado
Sale puro, inocente,
De bajo el ala maternal; mas luégo,
El pecado lo arrastra en su corriente
De calcinante fuego,
Y víctima del mal y las pasiones,
Rueda al fin, inconsciente,
Del dolor á las lóbregas regiones!

Tú tienes tus vapores deslumbrantes,
Tus nubes ondulantes
Que, audaces, un momento el aire hienden
Por subir al azul, y al fin, cansadas,
Tras vano batallar, raudas descenden
En gotas sin color al centro frio;
También el hombre tiene sus doradas,
Flotantes ilusiones,
Sus locas ambiciones
Que lanza, alucinado, en el vacío
De sus sueños quiméricos; vapores
Que bajan luego en lluvia de dolores,
En lágrimas heladas á su frente!...

Tú tienes tu estridente,
Fatídico rugido,
Tus simas, tus cavernas,
En donde el viento brama,
En donde da la ola
Con lúgubre rüido;
En el alma del hombre.
Desesperada y sola,
Tienen también su nido
La duda, las internas
Rebeliones sin nombre;
El ara húmeda y fría
De la apagada llama
Do la fe un tiempo ardía;
Cenizas de memorias

Ya en fango transformadas,
 De sueños y de glorias,
 De cerúleos amores,
 De esperanzas rosadas,
 De apariciones blondas...
 Simas tal vez más hondas
 Que todos tus horrores!
 Tú ostentas en tu frente majestuosa
 El iris luminoso de los cielos
 Que en círculo te ciñe, cual diadema
 De oro y zafir, y de esmeralda y rosa!
 Y al hombre triste, en medio de los duelos
 De su lucha suprema,
 Lo corona en señal de nueva alianza
 El iris del amor y la esperanza!

VIII

LA POESIA

Viene el invierno rígido, inclemente,
 De los climas boreales
 Donde sientas tus reales,
 Y te azota la frente,
 Y congela su aliento tus espumas,
 Y convierte tus brumas
 En columnas prismáticas de plata,
 Donde la luz del cielo
 Se quiebra y se dilata
 En un mar de cromáticas centellas
 Que te envuelven, amantes, como un velo
 Tachonado de estrellas,
 Como un jirón del iris arrancado
 A la aurora magnética del Polo!
 Todo en torno de tí, todo está helado;
 Todo respira el frío de la tumba,
 Sólo tu empuje, tu torrente sólo
 Resiste al enemigo

Y en el silencio, indómito, retumba...
 Jamás! jamás te alcanzará su ira;
 Todo á tus plantas morirá; tú, en tanto,
 Te alzarás inmortal, como testigo
 Solitario del fin!... Así la lira,
 Así del bardo el inspirado canto!
 Ni el tiempo, ni la negra tiranía
 Ni el martirio, ni el llanto,
 Podrán jamás helar la poesía
 En el alma del mundo;
 Porque es ella, ella sola,
 El Ideal fecundo
 Detrás del cual la humanidad se lanza;
 La infatigable ola
 Que eternamente gime
 En la arena del mar de la Esperanza;
 El Cristo que redime,
 El Honor que enaltece,
 La Virtud que consuela,
 La Libertad divina que ennoblece.
 Es ella el Arte que al mortal revela
 La Belleza increada;
 La Ciencia que debela
 La sombra que á los astros oscurece;
 La Luz que en la mirada,
 Cuando la forma del Amor reviste,
 Se refleja radiante
 Y dá consuelo al triste,
 Descanso al caminante,
 Linfa pura al sediento,
 Al desnudo, calor, pan al hambiento.

Es la eterna tendencia,
 Es la constante aspiracion del hombre
 A algo mejor, más puro,
 Más noble, más hermoso, más perfecto
 Algo intangible que no tiene nombre,
 Más allá de la ciencia,

Más allá del afecto,
 Más allá de lo claro y de lo oscuro:
 Algo infinito que jamás se trunca,
 Siempre más, siempre más... el linde nunca!
 Es el brillante prisma diamantino
 Por el cual, en la tierra,
 Todo se mira del color del cielo,
 El Ideal, en fin, puro y divino,
 Que los sueños encierra,
 Ancho, dorado, luminoso velo
 Que en el alma sin fé, desesperada,
 Benigno, oculta á la mirada impía
 El tenebroso abismo de la nada.
 Tal es la Poesía!
 Tal es el Ideal que en tus raudales
 Ví reflejado, Niágara tremendo!...

IX

DIES IRAE

Mas todo al cabo pasa, todo acaba
 (Méno la eterna, olímpica armonía
 Del bello dios del día)!...
 Tú también pasarás: tu ronco estruendo
 Irá, al fin, a perderse en las eternas
 Regiones del vacío; tus caudales
 Luego se secarán á las internas
 Convulsiones plutónicas del globo;
 Y allí donde admiraba
 El bardo altivo, en entusiasta arrobo,
 Tu fragoroso abismo,
 Tu remolino hirviente, tus espumas
 Y tu sin par belleza,
 Entre ominosas brumas
 Y pálidos despojos,
 Con amarga estrañeza
 Sólo verán los conturbados ojos
 Las huellas del horrendo cataclismo!

Yo pasaré también; irá mi canto
A extinguirse en el seno de la muerte
A donde todo vá; y allí do ardía
La sacra inspiración, el estro fuerte
Del infelice bardo que su llanto
Supo olvidar un día
Para cantar tu gloria,
Solo habrá vil escoria,
El polvo de una lira confundido
Con el polvo del muerto,
Y el eco de un sonido
Perdido entre los ecos del desierto!

Julio 4, 1880.

Cataratas del Niágara,
(Clifton, Canadá).

HEROES DEL DEBER

En la llegada a Nueva York de los restos mortales de una parte de los que compusieron la expedición exploradora a las regiones árticas, en 1879, bajo el mando del heróico Teniente De Long, —de la marina americana,—y perdida por completo sobre el delta del Lena, entre los hielos de la Siberia Asiática,

Del Lena al Hudson, del sombrío delta
Del ártico raudal que, en vez de espumas
Y tibias ondas y perfumes, suelta
Hielos y nieves y perpetuas brumas
En la desierta orilla; hasta la verde
Margen del río cuya linfa unida
En dulce lazo con el mar profundo,
Al pie del ancho zócalo se pierde
Do se alza en alto pedestal erguida
“La Libertad iluminando al Mundo”;
En toda la extensión de un hemisferio,
A través del imperio
Do el moscovita airado hoy se resiste
A la feudal conyunda, frente haciendo
Al terco despotismo con la muerte;
A través del Oceano y del estruendo
Del ronco trueno y la tormenta fuerte
Vibra un suspiro de homenaje mudo
Que viene a herir el pecho americano.

Congréganse las gentes:
El campesino rudo,
El noble, el sabio, el niño y el anciano;
Descúbrense las frentes,

Se alzan los brazos agitando palmas
 O derramando flores... ¿qué sucede?...
 ¿Quién pasa?... ¿Quién el héroe victorioso
 Es, que las buenas almas
 Así junta y conmueve?...
 ¡Ah! no es el ambicioso
 Magnate coronado
 Que vuelve de la guerra,
 De sangriento laurel la sien ceñida,
 Después de haber robado
 Un palmo más de la vecina tierra.
 No,—quien pasa fué aquél que dió la vida
 Del hombre y de la ciencia en beneficio:
 Es DE LONG, el del magno sacrificio,
 El de la grande empresa malograda,
 El atrevido nauta, el indomable
 Explorador de la región helada
 Que, cual muro insalvable,
 Se alza entre el hombre indagador y el polo!
 Mas, ay, no viene solo—
 Vienen con él sus bravos compañeros,
 y con todos la muerte!
 Aquellos, del deber austero y fuerte
 Armados caballeros;
 Aquellos que, al surgir la airosa nave,
 Audaz, en pos del paralelo extremo,
 Volver juzgaron con la ansiada clave
 Del secreto polar y darla al mundo,
 Aquellos pechos, del valor supremo
 Y del amor de la verdad santuarios,
 Ay! vuelven hoy, tras padecer profundo,
 Envueltos en sudarios,
 Fríos, sin vida, heridos por la misma
 Ciega, fatal, desconocida agencia
 Que en su ayuda invocaron bajo el santo
 Nombre de sabia y justa Providencia!—
 ¡Ah! la razón se abisma
 Ante arcano tan hondo y rigor tanto!...

Un puñado de bravos sacudidos
 Por la fuerza del bien, llenas las almas
 Del alto fin de revelar al mundo
 Los misteriosos ejes escondidos
 Sobre que gira el globo, sólo palmas
 Ansiando y gratitud por tan fecundo
 Rico en promesas, generoso intento,
 Dánse a la mar y al viento!...

Soberbia de sus fuertes navegantes,
 La multitud que en la ribera agita
 Improvisadas flámulas, les grita:

“¡Dios con vosotros va, volved triunfantes!”
 Y en alas de la gloria y la esperanza,
 Al ignorado mar tendido el rumbo
 La frágil quilla sin temor avanza...

¡Va Dios con ellos?... ¡Ay! de tumbo en tum-
 (bo,

De tormenta en tormenta;
 Aquí la ola iracunda
 Que en los flancos revienta
 Y el alto puente inunda;
 Allá, la masa enorme
 Del desprendido témpano deforme
 Que, cual ariete formidable y duro,
 Viene a chocar contra la prora inerme;
 Y más allá la sábana de hielo
 Hasta el confín del horizonte oscuro
 Do toda vida y movimiento duerme
 El sueño de la muerte; blanco velo
 Que oculta para siempre, en lontananza,
 Bajo el cerrado cielo,
 De los ojos del nauta la esperanza:
 Frío y desolación, tormento agudo,
 Y, Señor de lo alto,
 En la aterida zona,

El Bóreas ronco y rudo,
León hambriento del desierto mudo
Que no yerra jamás el fiero salto,
Que a su presa infeliz jamás perdona!

Nada valió la súplica ferviente,
Ni la esperanza en Dios, ni del creyente
La fe sencilla, ni la alteza suma
Del sublime propósito... Al embate
De la hiperbórea saña
Cedió la nave en el fatal combate,
Se hundió el bajel bajo la eterna bruma;
Y como resto de la fiera hazaña
Del Genio impío habitador del Polo,
Un grupo triste y solo,
Al hambre abandonado y a la muerte,
Rígido se alza sobre el duro hielo,
Como protesta silenciosa y fuerte
Contra el sueño infecundo
De la justicia mítica del cielo!

Y así termina el drama no fingido,
Del más alto heroísmo que vió el mundo,
Del más hondo penar que el hombre viera;
El heroísmo del deber cumplido
Y la tortura del que nada espera.

Ver llegarse la muerte a las calladas,
Lenta, fatal, inevitable, cierta;
Sentir las fuerzas en el cuerpo heladas
Y dentro el pecho la esperanza muerta;
Y en vez de sucumbir al desaliento,
Quejas lanzando contra el hado fuerte
Que sin piedad los cerca y avasalla,
Echar, fieros, al viento
Flaquezas humanas, y a la suerte
Presentar la batalla

Del deber no olvidado... es el sublime
De la humana virtud; es al suplicio
Juntar la heroicidad, y al sacrificio
El valor que redime!...

La exploración no cesa, el lápiz traza
Sobre las hojas húmedas del Diario
Ora el dato científico, ora el triste
Tributo funerario
Al compañero que al caer se abraza
A su deber, y hasta morir resiste;
Y así hasta el fin, hasta bajar en breve
A su tumba de nieve
El último adalid de la alta zona;
Juntos y unidos en fraterno abrazo,
Que si su propio Dios los abandona,
No se abandonan ellos
Ni aun de la muerte en el glacial regazo!

De los ejemplos bellos
Que ilustran del deber la santa historia,
Solo uno llega a tan excelsa gloria:
JOB en su muladar, triste y herido
Por quien sus años coronar debiera
Con el divino lauro merecido
De la dicha y la paz. Mas ¿Qué le importa
Al justo la injusticia?—Nada altera
De su conciencia y su virtud la calma...
Baje el rayo del cielo; la que corta
Los males todos, esquivada muerte,
Baje en buena hora a libertar el alma
Y a dar al mártir la soñada palma
A pesar de los dioses y la suerte!

Morir así es llegar a la victoria,
Es redimir de la Verdad al grito,
Es repartir al mundo el pan bendito
Del ejemplo sublime y de la gloria!

La bella, magna acción, más enseñanza
 Que la Biblia en sus páginas, encierra;
 Y el triunfo del deber más esperanza
 Que todos los altares de la tierra.

No es el *Dios-hombre* el que redime al mundo
 De un egoísmo espiritual en nombre,
 Por el amor de la verdad, fecundo,
 El *Hombre-Dios* es quien redime al hombre.

La abnegación heroica, el sacrificio,
 El intento grandioso, el alto ejemplo,
 La palabra de amor en beneficio
 Tornada por la acción,—ese es el templo,
 Do resplandece el Dios que el bardo augura:
 El Ideal Supremo, inaccesible,
 Arquetipo inmortal de la Hermosura
 Oculta al juicio, al corazón visible;
 A donde todo tiende
 En el vasto Universo;
 De donde todo brota y se desprende,
 La luz, la línea y el amor y el verso!

¡Oh, de la ciencia augustos campeones!
 De esa alma religión de religiones
 Sois sacerdotes santos
 Ungidos con el óleo del martirio,
 Y yo, creyente fiel.—Vayan mis cantos,
 Como el humilde cirio
 Que al milagroso altar lleva el romero,
 A confundirse en la apoteosis grata
 En que hoy su eterna admiración retrata
 Por vuestra alta lección el orbe entero!
 Con reverente labio
 Beso la tumba que involucra el cierto
 Dogma sublime del deber cumplido.
 Y hasta caer, rendido,
 Al fin del viaje, en el sepulcro yerto,
 Dos grandes cuadros llenarán mi mente:
 JOB en el muladar, triste y paciente,
 Y vosotros, sin vida, en el desierto!

MAGDALENA

I

UMBRA

Vedla ¡cuán bella es!... En rizos de ébano
suelta al aire la hermosa cabellera,
prendida apenas de olorosas flores...
Llena de majestad la frente nítida
donde el sol de una eterna primavera
derrama sus clarísimos fulgores.

El seno palpitante; el labio púrpura,
urna de grana que forjó el deseo,
cuna de voluptuosas ilusiones;
nieve y rosa la tez; los ojos límpidos
astros do juega el resplandor febeo
incendiando de amor los corazones...

¡Vedla lanzada en medio del estrépito
de los festines, maga tentadora,
celos causando á las demás mujeres!...
Es ella, sí, la cortesana espléndida,
Magdalena, la hermosa pecadora,
la reina del amor y los placeres.

Llevada en alas de la alegre música,
la luz, las flores, las lascivas danzas
y el ruido de las fiestas mundanales,
corre veloz tras una dicha efímera,
dando en cambio las dulces esperanzas
y la fe de sus años virginales.

¡Vedla, gentil como palmera índica,
en medio de sus mil adoradores
en la aurea red de sus encantos presos!
Del uno atiende á la pasión frenética,
al otro brinda halagos seductores
al dulce ruido de ardorosos besos...

¡Todo es luz á su paso!... es rayo fúlgido
que despide brillantes claridades
abrazando en deseos la cabeza!...
¡Su Dios es el amor!... su tabernáculo
el goce de las locas liviandades,
la ofrenda de su culto, la belleza!...

Cesó el festin... Las vibradoras cítaras
recogen sus dulcísimos acordes,
tornando todo a la quietud serena;
y como al sopro de una brisa cálida
pliega la flor sus delicados bordes,
se duerme, fatigada, Magdalena.

Duerme indolente, sin pensar que hay lágrimas
y penas en el mundo, y amargura,
olvidada de Dios y sus deberes...
Duerme, sí... ¿qué le importa el mundo mísero
si ella bebe á raudales la dulzura
en la copa de miel de los placeres?...

II

PENUMBRA

Los dias han pasado...; miradla, qué abatida!
La frente de la diosa, ayer no más erguida,
parece que hoy la oprime la mano del dolor...
Sus lágrimas revelan del alma la tristeza,
las rosas y los nardos que ornaban su cabeza
reposan á sus plantas sin brillo y sin olor.

¿Qué tiene, por qué sufre la bella pecadora?
¿Qué recias tempestades anublan hoy la aurora
que ayer no mas lanzaba fulgente claridad?...
¿Porqué, porqué ahora llenos de lágrimas, y ro-
(jos,
relámpagos no tienen aquellos negros ojos
donde otra vez perdiera la luz su libertad?

Ha visto, oído un hombre de dulce continente,
hermoso como el angel, en cuya limpia frente
la lumbre de lo eterno reverberar se ve...
Profeta de las glorias espléndidas del cielo,
tesoro de promesas de amor y de consuelo,
amparo de los tristes, apoyo de la fe.

Su voz ha conmovido las fibras de su alma,
su voz ha desquiciado su impía, alegre calma,
su luz en rayos de oro bajó á su corazon;
las sombras de su vida por fin ha sondeado
y triste, arrepentida, sus culpas ha llorado,
pensando en las promesas divinas del perdón.

Ha visto en sus recuerdos los días de inocencia,
los tímidos amores, la cándida existencia,
la paz de su primera, sencilla juventud...
¡Ay, cómo recobradla!... De súbito se lanza
movida de una idea... Aun brilla una esperanza
que puede devolverle del alma la quietud.

¡Es él, aquel Profeta de paz y de ventura,
quien puede redimirla... y á verle se apresura,
confiada en sus promesas de gracia celestial...
Que apenas su palabra de luz hirió su oído,
su torpe amor mundano por él fué convertido
en puro amor sin mancha, seráfico, inmortal...

Y al Justo se aproxima, y el pueblo que lo adora
“apártate”, le grita, “aparta, pecadora,
que manchas con tu aliento su manto protector;”
mas nada la detiene, que es hondo su quebranto
y aún más sus esperanzas... y baña con su llanto
y cubre con sus besos los piés del Redentor.

Jesus que al ver que humilde la triste se pros-
(terna,
radiante de clemencia, *con una voz tan tierna*
como de humano labio jamás se oyó brotar:

“Levántate”, le dice, “tus súplicas escucho;
mujer, yo te perdono porque has amado mucho...
ve en paz, o Magdalena, no vuelvas á pecar”.

III

LUX

Alta la frente, la mirada límpida,
bañado el rostro de celeste calma,
tranquilo el corazón,
pura, levanta al trono del Altísimo
en las serenas alas de su alma
su férvida oración.

No la turbeis en su ardorosa súplica...
Ya no es la misma impura cortesana
que el mundo despreció;
su culpa la ha borrado con sus lágrimas;
la condenó la intolerancia humana...
Jesús la redimió.

Era una estrella de fulgores vívidos
cuya lumbre empañó de nube oscura
el funeral capuz;
pero un rayo de sol brilló de súbito,
y el velo hiriendo de la sombra impura,
le devolvió la luz.

Oh! no afrenteis a la mujer que, mísera,
cayó del torpe mundo en la asechanza,
no le deis con el pié;
dadle más bien la mano, abridle anchísimas
las puertas del honor y la esperanza,
y será lo que fué;

Que no sabeis si la infeliz fué víctima
del engaño cruel o la vileza
que la sumió en su afan;
o si del hambre á la presión tiránica,
a trueque dió su virginal pureza
de un pedazo de pan.

No habeis bajado al fondo de su espíritu...
 No sabeis, triste y desolada, cuánto
 lloró ántes de pecar;
 y al fin vencida por el mundo pérfido,
 cayó sin un sosten en su quebranto,
 cansada de luchar.

Ah! no la maldigais... que es flor balsámica
 a quien el rayo abrasador enerva
 y empaña su matiz;
 mas pueden revivir sus blancos pétalos
 al beso del rocío, que aun conserva
 la savia en la raiz...

Dejadla amar! que es el amor espléndido
 sol que las almas ateridas llena
 de luz y de calor;
 recordad de la Biblia la alta página,
 recordad que á la pobre Magdalena
 la redimió el amor!

FIDELIA

La frente inclinada, los ojos en llanto,
El alma transida de amarga afliccion,
Esclavo de intenso, profundo quebranto
El antes alegre, feliz corazon;

Sin fuerzas la vida, sin sueños la mente,
La fe en el ocaso, la duda en su albor,
El pecho en espamos de rabia impotente,
Ahogándose en olas de odio y amor;

Así me encontraron tus versos, señora,
Perfumes de lirios y blando azahar,
Efluvios de tu alma, divina cantora,
Que á mi condujeron las brisas del mar;

Tus versos, errantes fulgores de un astro
Que léjos derrama su brillo inmortal,
Cadencias de un ave que va tras el rastro
Volando, volando, del sumo ideal!...

Oh! mágico imperio del génio y del alma!...
Tus dulces acentos appena escuché,
Dejaron al punto su fúnebre calma
Mi muerta esperanza, mi lánguida fe.

Creencias y sueños, encantos y amores,
Albergue en mi pecho tornaron á hallar,
Y entre ellos te vía, ceñida de flores,
El velo rasgando de mi hondo pesar.

Fidelía!... qué nombre tan dulce, tan bello!
¿Quién eres, ó astro de luz tropical.
Que vienes lanzando tu ardiente destello
En medio estas brumas del cielo boreal?

¿Quién eres, ó alma dulcísima y buena,
Que al aire confias tu triste clamor,
Cual blanca paloma que viene serena,
La alianza á brindarme de alianza y amor?

¿Quién eres? Lo ignoro; tan solo comprendo
 Por una secreta, divina intuición,
 Que somos hermanos que vamos sufriendo
 La misma nostalgia, la misma aflicción;

Que, lejos el uno del otro, seguimos
 Por rumbos diversos el mismo ideal;
 Tú allá entre tus palmas de frutos opimos,
 Yo aquí entre las brumas del cielo boreal;

Tú, pálido lirio sin luz ni rocío
 Que al cielo reclama su bello matiz;
 Yo, árbol sin hojas que busca del río
 La linfa que un tiempo bañó su raíz.

Tú, limpio arroyuelo cautivo entre peñas
 Sin valles floridos jamás encontrar,
 Yo, río lanzado por zarzas y peñas
 Hallando lagunas y nunca la mar...

Fidelia, Fidelia...! tal es el destino
 Que...! lazo invisible nos une á los dos:
 Dos almas que tienden al centro divino
 Y en vano lo buscan... no encuentran á Dios!

Tú allá en tu ribera bordada de espumas,
 Forjándote cielos de eterno fulgor:
 Yo acá entre mis pardas, tristísimas brumas
 Soñando imposibles de dicha y amor...

Ensueños, visiones, delirios sin calma!
 Quimeras del bardo, quimeras no más...!
 Ay! nunca ha de unirse tu alma á mi alma!
 Jamás he de verte, Fidelia, jamás!

1878.

ORIENTAL

Bella como la luna cuando se alza,
Globo de plata en las etéreas ondas,
Rompiendo, altiva, las flotantes blondas
De nocturnal capuz:

Te ví, sultana, por la vez primera,
Y de placer y vida el alma ansiosa
Voló hacia tí, cual rauda mariposa
Prendada de la luz.

Te ví, bella sultana,
Y lágrima tranquila
De amor en mi pupila
Purísima tembló;
Que al contemplar, estático,
Tu espléndida hermosura,
Ardiendo en llama pura
Mí corazón te amó.

Desde entonces tu imagen es el astro
Que brilla en el Zenit de mis amores,
El aura que disipa los ardores
De mi abrasada sien;

Y te veo en mi mente á cada instante
Mas bella que el ensueño del poeta,
Más que las hadas que soñó el Profeta
En su divino Edén.

Y vagas en mis sueños
Voluptüosa y bella,
Como perdida estrella
En el flotante azul;
Llena de gracias célicas
Radiante y seductora;
Preciosa perla mora,
Sultana de Stambul.

Y admiro entónces tus brillantes ojos,
Centros de luz do el corazon perece,
Y tu talle de palma que se mece
A la brisa, gentil;

Y tus rizos espléndidos admiro
Suelos al aire en negros espirales,
Y serena, entre diáfanos cendaies
Tu frente juvenil;

Y miel libo en tu boca
Hurí del paraíso,
Con quien Mahoma quiso
Engalanar su harén;
En tu boca de púrpura,
Más fresca y amorosa
Que la primera rosa
Que perfumó el Edén.

Oh! no desoigas mi sentida trova
Bellísima Agarena, y tu desvío
No hiera nunca el sentimiento mio
Con eterno dolor;

Deja que mi alma enamorada vague
En torno de la tuya eternamente;
Deja que avive en tu mirada ardiente
La llama del amor.

RECUERDO DE UN VIAJERO

En un album.

Desde remotas, heladas zonas
Llegué á estas playas del Amazonas,
Do me contaban los viajeros
Que, bajo un cielo de eterno azul,
Diamantes daba la tierra y flores,
Oro los ríos, los aires luz!

No, no mintieron; mas en tus ojos
Hallé más lumbre; tus labios rojos
Más que las rosas hallé bermejos,
Y los diamantes de tu virtud
Más luz me dieron y más reflejos
Que el aire, el oro y el cielo azul!

Mas, ¡ay! de tánta, tánta belleza
Con que ha adornado naturaleza
Tu frente virgen y tu alma pura,
Solo el recuerdo me quedará...
Y otros, felices, tanta ventura
Allá en mi ausencia disfrutarán.

Que de esta vida por el camino,
Sin norte vago, cual peregrino
Que bien no tiene, ni amor, ni casa...
Soy hoja errante que seca el sol,
Ave que vuela, —viento que pasa,
Nube impelida del aquilon.

Mas, ya en ardientes ó heladas zonas,
¡O casto lirio del Amazonas!
Siempre en mis sueños veré entre flores
La hermosa niña cuya virtud
Me ha revelado más resplandores
Que el aire, el oro y el cielo azul!

PRIMAVERA

A la inspirada poetisa y a la amiga distinguidísima
Doña María de Haro Gad.

Ya la siento venir!... ya el aire llena
dulce efluvio de nardos y de rosas;
ya de áureas mariposas
se va poblando la region serena;
ya un puro y tibio ambiente
cargado de fulgores y murmullos,
va derramando, ardiente,
por valles y collados,
fecundidad de vida
en los ramos cuajados
de recientes capullos!

Ya la siento venir, bella y prendida
con las de amor deslumbradoras galas
la siento en el espacio
que vibra y se estremece
al transponer sus rumorosas alas
aquel donde se mece
áureo dintel del celestial palacio;

La siento en esa generosa llama
del rubio sol que inflama
en las venas la sangre con su suave
voluptüoso ardor; mágica llave
que abre del alma la cerrada puerta,
espíritu impalpable de los cielos
que en el fondo del pecho á la dormida
esperanza despierta,
y atrás dejándo lágrimas y duelos,
alegre nos convida
al festin del amor y de la vida.

Ya la siento venir! Ya los umbrales
pisa del globo enamorado! Es ella,
es ella, sí, la primavera bella,
la novia suspirada

que envían las regiones celestiales
al amante planeta; alborozada,
la tierra se prepara con sus flores
a recibirla, el ave con sus cantos,
la luz con sus fulgores,
y el pecho sin quebrantos
con la pura oblacion de los amores.

Hay fiesta en el espacio,
fiesta nupcial de luz y de armonía;
besan del sol los rayos de topacio
mares y valles y floresta umbría;
sobre las verdes lomas
se arrullan castamente las palomas;
suspira la onda en la dorada arena,
y por besar su linfa transparente,
orillas de la fuente
se inclina enamorada la azucena.

Oh primavera hermosa!
Todos te aguardan con amante anhelo
como á la dulce, la propicia diosa
mensajera divina de consuelo;
todos te aguardan con el alma henchida
de gratas ilusiones,
de esperanza de vida,
de ardorosas pasiones!...
Sólo yo nada tengo que ofrecerte
sino frío de muerte
que jamás templará tu ardiente rayo;
Jamás! jamás!... que el resplandor fecundo
pasó por siempre de mi hermoso Mayo;
y hoy sólo en lo profundo
de mi pecho se anida, acumulada,
la nieve de la duda,
la soledad del desencanto, fría,
la nublosa estación helada y ruda,
el invierno del alma desolada.

Ay! yo también, como la tierra, un día
 tuve una hermosa y dulce primavera!...
 Sobre mi frente joven se cernía
 la celestial esfera
 bañada de suavísimos fulgores;
 mi esperanza primera,
 como semilla de celeste calma,
 al calor de la fe de mis mayores
 germinaba en mi alma,
 y convertida en flores
 de cándida inocencia
 y de castos amores,
 el aire de mi vida embalsamaba;
 todo era luz, y sueños, y creencia.
 y fe en el corazón; rico tesoro
 de animadores rayos derramaba
 un sol divino en mi feliz conciencia,
 y en el verjel de mis ensueños de oro
 el ave azul de la ilusión cantaba!...

Ay! yo también, como la tierra, un día
 tuve una hermosa y dulce primavera!...
 ¿En dónde estais ahora,
 creencias, esperanzas, alegría,
 ilusión lisonjera?...
 Al anunciarse las primeras nieves,
 cual tropa voladora
 de blancasavecillas, vuestras leves
 alas de armiño al aire blando disteis,
 y en el sereno azul, raudas y breves,
 para siempre os perdisteis!...

¿En dónde estais, o flores
 de púdicos amores,
 de inocencia y virtud que regalado
 aroma al pecho mío
 disteis á respirar?... Del cierzo helado
 besó vuestra corola el labio frío

y caísteis al suelo
mustias y sin olores!...

¿En qué confin del cielo
has ido á sepultar tu limpio rayo,
tú, de mi edad primera
esplendoroso y floreciente Mayo?...
¿No has de tornar jamás, o primavera,
o hermosa primavera de mi vida?...
¡Ah! si fuera verdad que allá en la calma
del sueño sepulcral encuentra el alma
la juventud perdida!...
Y trás el rudo invierno,
al divino calor de un sol eterno,
se viste de esperanzas y de amores
como el árbol de ramas y de flores!...

Ilusion! ilusion!..., la dicha cierta
de la fe y del amor, después de muerta
no resucita más. Vuelven las aves,
recobra el aire sus azules velos,
renacen en la mar las brisas suaves,
vuelve la flor que las campiñas orna,
vuelve la primavera de los cielos,
la del alma jamás, jamás retorna!

NUBES

Riega su luz la mañana,
Abre sus flores el monte,
Y del azul horizonte
Se desprenden vapores de oro y grana.

Rompiendo el diáfano velo,
Van alzándose las nubes,
Como grupos de querubes
Que se dan cita en el azul del cielo;

Ledas, fugitivas hadas
Prendidas de oro y de rosas;
Enjambre de mariposas
Del regazo del iris escapadas.

Mirad como suben, bellas,
Por los tranquilos espacios
A encontrarse en los palacios
Donde mora la luz amiga de ellas!

Unas semejan guirnaldas
De vislumbres opalinas;
Otras, aves peregrinas
De níveo seno y alas de esmeraldas;

Estas, penachos de plumas
De suavísimos cambiantes;
Aquellas, velos flotantes,
Como en cerúlea mar sueltas espumas...

Ved como raudas se lanzan
A través del éter blando,
Y la distancia acortando.
Una á otras en tropel se alcanzan!

Ya huyen y se retiran,
Ya se acercan y se abrazan,
Y luego se desenlazan
Y en fantástico baile en grupos giran...

¡Cómo de infinito anhelo
Se agita, al verlas, el alma,
Por volar en pura calma
De ellas en pos á la región del cielo!

¡Cómo de gratas quimeras
Y de sueños, dulcemente
Va poblándose la mente
Al contemplar las célicas viajeras!...

Mas ¡ay! ráfaga de hielo
De súbito las agita,
Y su esplendor se marchita,
Y en gotas sin color bajan al suelo!

Así también la esperanza,
La gloria, las ilusiones,
Y las áureas ambiciones
Que el hombre nunca á realizar alcanza:

Nubes de púrpura y oro
Que se columpian en calma
Por los espacios del alma,
Su ventura formando y su tesoro;

Mas un dia se desprenden,
Como helados aquilones,
Sobre ellas las decepciones,
Y resueltas en lágrimas descenden!

Nocturno

I

Ya es la hora solemne en que el espíritu
por la abstracción se aleja de la tierra;
la hora de los suspiros y las lágrimas,
de las memorias que el pasado encierra.

Ceñida de sus cien constelaciones
la transparente bóveda del Sur,
deja caer sobre el oceano en calma
rayos de ténue y misteriosa luz;

El mar, enamorado, con fosfórico
brillo responde al celestial arrullo,
y la nave gentil, ráuda, deslízase
de la onda azul al rítmico murmullo.

Todo es amor, misterio y poesía
en los astros, las brisas y la mar,
y el pensamiento flota y se dilata
en el éter de luz del ideal;

De ese ideal en cuyas alas fúlgidas
más allá de la vida nos alzamos,
y contemplando el Universo, atónitos,
con un beso de amor lo saludamos.

Entonce el triste viajador, cargada
de visiones sin fin la insomne sien,
solo, en la popa de la frágil nave,
se entrega del recuerdo á la embriaguez;

Y ve pasar en ilusión fantástica,
a través del cristal de la memoria,
unas tras otras, dulces ó tristísimas,
las dichas y amarguras de su historia;

Los encantados tiempos de la infancia
teñidos de oro y de celeste azul;
la bendecida ausencia de la culpa
y el reinado feliz de la virtud;

La imaginaria pena, aquellas lágrimas
que entónces, ay, juzgamos de amargura,
y que hoy gozosos á verter volviéramos
como nuncios de célica ventura!

Los besos de la madre idolatrada,
los gajes del cariño paternal,
y aquellos sueños de color de rosa,
y aquella dicha del primer hogar!

Viene despues la adolescencia férvida
con sus flores, sus versos, sus visiones,
y su tesoro inagotable, espléndido,
de locas y doradas ambiciones,

Y con ella, ese amor de los amores
vuelve á nacer con nueva juventud:
el amor de la tierra bendecida
en donde vimos la primera luz:

¡La patria inolvidable! centro mágico
de todo cuanto amamos y nos ama,
cuyo recuerdo en las extrañas márgenes
de noble ardor el corazon inflama;

Alli, donde abrigamos, entusiastas,
la de gloria primera aspiracion:
allí, donde libamos con delicia
la miel sabrosa del primer amor!...

¡O tiempos de ilusion y de fe célica!
Emjambre de pintadas mariposas!
Abril pasó, y os alejásteis, rápidas,
en busca de otras auras y otras rosas!...

Nunca más volveréis!... mas el recuerdo
del bien perdido guarda el corazón;
que al posaros en él, de vuestras alas
el polvo de oro y de carmín quedó!

II

El viento gime en las cuerdas.
Las ondas, quedo, suspiran;
los astros en lumbre giran,
y todo dice, "soñad!"

Y el viajero, reclinado
sobre lonas y cordeles,
olvida sus horas crueles
y sueña felicidad!

De pronto, la voz de ¡tierra!
dá en la prora el navegante,
y un resplandor vacilante
se vé á lo léjos brillar.

¡Tierra! es decir, el presente,
las miserias de la vida,
y la pena que se olvida
en la soledad del mar!

Todo vuelve en un instante,
los recuerdos se evaporan,
y los sueños que enamoran
ceden el campo al dolor!

La realidad triste y fria
ante la vista aparece,
y una lágrima humedece
los ojos del viajador...

¿En dónde estais, adoradas
ilusiones de otros días,
esperanzas, alegrías,
fe, consuelos, religión?...

¿En dónde estais, padre, madre,
hermanas, hogar, ventura,
y aquella amistad tan pura
en que creyó el corazón...?

Unos y otras, todos juntos
en el seno de la muerte,
que todo al fin se convierte
en polvo de nuestros piés:

Somos después de la vida
lo que fuimos ántes della:
somos una débil huella
entre el "ántes" y el "después".

¡Felices los que en la tumba
duermen el sueño profundo,
sin temer que venga el mundo
a despertarlos jamás!

Esos, al menos, no sufren,
esos sin fruto no luchan,
ni los lamentos escuchan
de los que padecen más.

Lo que el mundo llama suerte
les fué en extremo propicia;
ni los hiere la injusticia,
ni los mina la ambición;

No abrigan odio sus pechos,
no tienen llanto sus ojos,
ni sus conciencias abrojos,
ni heridas su corazon;

Ellos el dolor ignoran,
allá, en su profundo olvido,
de ver el crimen vestido
y desnuda la virtud;

De ver un déspota fiero,
de sangre de hermanos rojo,
dictar la ley de su antojo
a la esclava multitud;

Del Dios que amaron fervientes,
no ven el templo sagrado
convertido en vil mercado
de un interés mundanal.

No ven, en fin, la honra santa
puesta en pública almoneda,
que sus raíces no enreda
a los sepulcros el mal!

Si esa no es dicha, ninguna,
existe aquí en este mundo:
Paz y descanso profundo!
Ni llorar, ni ver llorar!...

Muerte! Aún no te he invocado,
mas si mañana llegáras
a mis puertas, las halláras
abiertas de par en par!

NOCTURNO

Ya un albor trémulo y vago
rasga de Oriente la bruma,
y yo en el lecho aun me agito
entre sollozos y angustias;

El sueño, celeste alivio
de las almas sin ventura,
no viene a cerrar mis ojos
ni á calmar mi pena aguda;

Y me vuelvo y me revuelvo
devorando mi amargura,
y por las lágrimas mias
ya la almohada está húmeda...

Ay! quién pudiera este lecho
convertir en negra urna,
y esta sábana en sudario,
y esta almohada en piedra dura!

Y esta estancia que el aroma
de su aliento aun perfuma,
convertir por dicha mia
en el hueco de una tumba!

Y en ella por fin hundirme
en esa calma profunda
que principia con la muerte
para acabar nunca... nunca!...

Entónces, ay!, ignorára
esta amarguísima angustia
que envenena mi existencia
y por doquier me circunda;

Entónces, ay! no vertiera
este llanto que me abruma,
ni se anidára en mi pecho
la serpiente de la duda;

Entónces no librería
esta batalla, esta lucha
del imponente deseo
contra el amor sin fortuna;

Ni surgiera ante mi vista
la realidad triste y muda
de mis desdichas presentes,
de mis pasadas venturas!...

Ay! quién pudiera este lecho
convertir en negra urna,
y esta sábana en sudario,
y esta almohada en piedra dura;

Y su recuerdo en tranquilo
rayo de pálida luna
que por la noche alumbrase
la soledad de mi tumba!

SUB-UMBRA

Traedme una caja
de negro nogal,
y en ella dejadme
por fin reposar.

De un lado mis sueños
de amor colocad,
del otro mis ansias
de gloria inmortal;

La lira en mis manos
piadosos dejad,
y bajo la almohada
mi hermoso ideal...

Ahora la tapa
traed y clavad,
clavadla, clavadla
con fuerza tenaz,
que nadie lo mio
me pueda robar!...

Después una fosa
bien honda cavad,
tan honda, tan honda,
que hasta ella jamás
alcance el ruido
del mundo á llegar;

Bajadme á su fondo,
la tierra juntad,
cubridme... y marchaos
dejándome en paz.

Ni flores, ni losa,
ni cruz funeral;
y luego... olvidadme
por siempre jamás!

SOMBRA

Noche de negras sombras y de ardientes
relámpagos fugaces;
noche de eternos goces y de eternas
tinieblas insondables;

Noche en que sueña el alma enamorada
fantásticas imágenes;
esos tus ojos son, tus negros ojos,
tan bellos como grandes!...

Sol que de lumbre los espacios llenas!
Eternos luminares
que tachonais la bóveda cerúlea
de vívidos diamantes!

Luz de los cielos! Brillos del Oriente!
Auroras boreales!
Fosforescencias de la mar profunda!
Llama de los volcanes!

Pasad! Morid! Despareced por siempre,
y de sus ojos grandes
quede sola, rigiendo al Universo,
la noche impenetrable!...

Y yo envuelto en su sombra, el más dichoso
de todos los mortales,
me dormiré tranquilo en el sepulcro
soñando con los ángeles!

CREPUSCULO

I

De roja lumbre
Fúlgida gasa
Ciñe la frente
De la montaña;

Ultimo beso
Que el sol le manda
Cuando á occidente
Cansado baja.

Tíñese el cielo
De vivas franjas
Y áureas se tornan
Las nubes blancas;

Puéblase el éter
De tintas blandas,
De breves píos
Y oscuras alas;

Las sombras cunden,
Los nidos llaman,
Y melancólicas
Sueñan las almas.

¡Qué hora tan dulce
Para los que aman
Y en el recuerdo
La mente espacian!

¡Qué de visiones,
Qué de fantasmas
De los amantes
En torno vagan!

La faz divina
De la adorada
Entre las sombras
Sonrie cándida,

Y entre los ruidos
Que el aire guarda
Se oye la música
De sus palabras;

El impaciente
Deseo rasga
De lo futuro
La oscura gasa...

Oh! qué espectáculo
De dicha el alma
Tras sus jirones
A ver alcanza!

Tierna, en el pecho
Que amor inflama
La sien reclina
La bien amada,

Y por su frente
Serena y casta
Fuente de besos
Dulce resbala;

En torno, alegre
Rumor levantan
De mansos niños
Las voces gratas,

Y sobre el grupo
Que el cielo ampara
Ciérnense aéreas,
Cándidas alas.

!Qué hogar tan puro!
¡Qué paz tan santa!...
¡Qué desgraciados
Los que no aman!...

Por eso triste
Como las lágrimas
En esa hora
Para mi alma

Que en vano busca
La dicha ansiada,
Y solo en sueños
Amor alcanza.

¡Cuándo, o crepúsculo,
Podré á la vaga
Luz moribunda
Que al suelo mandas,

Soñar dichoso
Con la adorada
Que ha tanto tiempo
Forjó mi alma!...

¡Cuándo mis ojos
Habran de hallarla
Tierna y hermosa
Noble y sin mancha,

Cual de los sueños
En el alcázar
La descubieron
Mis esperanzas!...

Sí, yo la he visto
Flotar gallarda
Como una sílfide,
Como una hada,

Sobre las nubes
De rosa y nacar
Cuando en oriente
Rompió el alba.

Sí, yo la he visto
Mirarme blanda
Desde la estrella
De la mañana,

Y por las noches
Mirarme lánguida
Cuando la luna
Llena brillaba.

Su voz he oído
Cuando las auras
Se adormecían
Entre las ramas,

Cuando las ondas
Venían mansas
A morir trémulas
Sobre la playa.

Su dulce aliento
De esencia grata
Yo he respirado
Con vivas ansias,

Cuando las violas
Su aroma daban
Al casto beso
De la alborada

Y su sonrisa
Radiante y plácida,
Tras los horrores
De la borrasca,

Como un consuelo
Bajó a mi alma
En la del Iris
Divina llama...

¡Cuánta quimera!
¡Cuánta esperanza!
¡Cuánto castillo
Que el viento arrasa!...

MENSAJE

¡Adónde vas, blanca nube
Blanca nube, adónde vas?
¡Qué buscas por esos senos
De la azul inmensidad?

¡Buscas acaso la estrella
Donde reina el Ideal
Para bañarte en los rayos
De su eterna claridad,

Y luego volver al mundo
De la tiniebla fatal
Cual mensajera divina
De luz y verdad y paz?

Si ese es el doble destino
Que te impele más allá
De la cima de los montes
Y de las brumas del mar,

Vuela, vuela, blanca nube,
Vuela con ímpetu audaz,
Rasga el velo cristalino
De la región celestial;

Llega al astro inaccesible
De la suprema Verdad,
De la Belleza increada,
De la Justicia inmortal;

Donde viven una vida
Que no termina jamás
Los ideales que el hombre
Nunca habrá de realizar;

Allí alienta el dulce sueño
De que soy esclavo ya,
La que es alma de mí alma
Por divina afinidad:

El amor de mis amores,
Mi quimera celestial,
La que espero cada día,
La que no llega jamás;

Ve á buscarla, nubecilla,
Ve á buscarla con afán,
Y no vuelvas sin decirme
Que la hubiste de encontrar.

Busca, busca á mi adorada,
Y al hallarla le dirás
Mis tristezas y mis sueños,
Mis anhelos y mi mal.

Le dirás cómo suspiro
Por su soñada beldad,
Como forjo en mis visiones
Su perfeccion ideal...

Vuela, vuela, blanca nube,
Y al volver tráeme la paz
Con un rayo de su aureola
O un perfume de su altar.

AYER Y HOY

I

Como la onda á la arena,
como al espacio la luna,
como la perla su cuna
de nácar y rosicler;
así me amaste en un tiempo
tiempo ya desvanecido
en las sombras del olvido,
en tu alma de mujer.

Como la luz al diamante,
como al Señor el querube,
como á los cielos la nube
de plateado color;
así también te queria,
así, también, te adoraba,
cuando perfumes quemaba
en el altar de tu amor...

II

Cual se deshoja una rosa,
como se quiebra una rama,
como se extingue una llama,
como se rompe un cristal:
ciego, desaté un instante
los de tu amor puros lazos,
y, crüel, rasgué en pedazos
tu corazon virginal.

Creencia que se evapora,
flor que troncha el torbellino,
sueño que borra el destino,
ángel que pierde su Eden;
herida en lo más sensible,
sin esperanza y sin calma,
así se rindió tu alma
al peso de mi desden...

III

El tiempo pasa... De emociones ávida
 lanzóse el alma en pos de un ideal...
 fugitiva deidad que vuela rápida
 al quererla tocar.

Lumbre buscaron mis pupilas áridas,
 goce supremo ansió mi corazon,
 pero sólo aspiró las brisas cálidas
 de mentiroso amor...

IV

Triste, sin fe, cual moribunda lámpara,
 el alma en sus recuerdos se fué á hundir,
 y entre gasas de luz tu imágen cándida
 y triste alzarse ví,

Te ví en mis sueños, sí, cual lumbre diáfana
 que viene el corazon á iluminar,
 y de mi pecho desatóse en lágrimas
 la inmensa tempestad...

V

Volví de nuevo á adorarte,
 volví á doblar la rodilla
 ante el santuario en que brilla
 tu inocente corazon;
 aromas regué en sus aras,
 pero, abrigada en tu orgullo,
 me negaste el blando arrullo
 de tu primera pasion.

En vano fueron las súplicas,
 en vano el remordimiento,
 y en vano fué mi tormento
 y mi llanto y mi humildad;
 de tu rigor nada pudo
 quebrantar los fallos ciertos...
 no resucitan los muertos
 con tánta facilidad!

VI

Eres para mí una sombra
de vaporosa hermosura,
un ensueño de ventura
que se borra al despertar;
rayo de sol encantado
que alegre en los aires gira,
y que el espíritu admira
sin alcanzarlo á tocar

.....

Adios, adios! y si un dia
hasta tí llegan mis cantos,
de mis intensos quebrantos
ten divina compasión;
no indignada los rechaces,
no los lances al olvido,
mira que escritos han sido
con llanto del corazón!

WELCOME

A Amanda.

Qué hermoso el cielo está!... Nunca más puro
Ví su azul, ni más limpios sus fulgores!
Todo es luz, y sonrisas y colores
Bajo el rayo del sol.

Qué sereno verdor el de los campos!
Cómo encantan las notas rumorosas
De ese humilde arroyuelo que entre rosas
Se desliza veloz!

¡Cómo embriaga el perfume de esos lirios!
Ay! cómo llega al corazón la queja
De esa avecilla que tras áurea reja
Llora su libertad!

Oid! oid... Qué tiernas, qué süaves
Las notas de esa flauta campesina!
Su dulce vibracion el alma inclina
A sentir y á soñar!...

Pasan las nubes, cándidas y leves,
Por el azul, como almas viajadoras
Que van á la región de las auroras
En pos del ideal;

Y lánzase el espíritu tras ellas
Por ansiedad divina arrebatado,
Y viaja y vuela, y llega y cae postrado
Ante la alma verdad!

Ah! cómo siento ennoblecido el pecho!
Siento que sufro con la extraña pena,
Siento que gozo con la dicha ajena,
Me siento revivir!

Tánta ambicion por la grandeza suma,
Delirio tal por la ideal belleza,
Tánto dolor por la humanal flaqueza,
Jamás, jamás sentí!

¿Qué espíritu invisible me domina?
¿Qué misteriosa fuerza me sacude?
¿Quién, en mis horas de tiniebla, acude
Con un rayo de sol?...

¿Dó te escondes, misterio?... Oid!... Silencio...
Ese rumor, ese crujiir de seda,
Ese vago perfume... esa voz leda...
Esta palpitación!...

¿No sentís cómo el aire se estremece
En cadencioso ritmo?... Es ella, es ella,
La suspirada vírgen casta y bella
Que el poeta soñó!...

Ya no existes, misterio!—Amor tan solo
Así levanta el alma á lo infinito!...
¡Mensajero del cielo, sé bendito!
Sé bienvenido, Amor!—

AL VOLVER

Al volver á la ribera
que he escogido para hogar,
¿quién, como ántes, á la playa
con amorosa ansiedad
e impaciente de ventura
vendrá la nave á esperar?...

¿Quién, del vapor á lo léjos,
al ver la blanca espiral,
estremecerse en el pecho,
el corazón sentirá?...

¿Quién, mirando hácia la nave
que se acerca más y más,
al divisarme en la popa,
el pañuelo agitará?...

¿Quién, al pisar la ribera,
(muda de felicidad)
besándome con los ojos,
la mano me estrechará?..

¿Quién, en fin, al vernos solos,
como en los tiempos de atrás,
brazos trémulos de dicha
a mi cuello enlazará.

Y oprimiéndome, amorosa,
contra el seno angelical,
suspirando, las torturas
de la ausencia me dirá,
obligándome á jurarle
no volverme á ir jamás?...

¡Ay!... después ¿quién á los cielos
otra vez me llevará?

.....

Nadie! Nadie! La ribera
solitaria he de encontrar,
que á la amada de mi alma
no he de ver ya nunca más!
¡Compasion, cielo divino!
¡Compasion para mi mal!
¡Que no llegue á la ribera,
que no llegue, por piedad!
Y haz que cesen mis desdichas
en el fondo de la mar!

Abordo, 1878.

MENSAJEROS

A una novia.

¡Del sol de América, rayos ardientes
Que nuestras frentes
Escandecéis,
Arpegios rítmicos de nuestras aves
Y aromas suaves
De nuestro Eden;

Ledos espíritus de aquestos cielos,
Flotantes velos
De oro y zafir;
Brisas del Avila, quejas del Guaire
Y ecos del aire
De mi país!

Volad, cual pájaros, por la onda aérea,
Romped la etérea
Blonda sutil,
Y allá en las márgenes posad, de España,
Que manso baña
Guadalquivir.

Allí, entre pámpanos, la ninfa sueña
De faz trigueña
De ojos de sol;
La de los húmedos labios de grana,
La sevillana
De mi canción,

En cuyo fúlgido mirar tirano
Perdió mi hermano
La libertad;
Y hoy á los céfiros sus quejas dice
Porque el felice
Léjos está...

¡Genios fantásticos de los albores,
Ténues vapores
De oro y azul;
Arrullos trémulos de las palomas,
Blandos aromas
Rayos de luz;

Fugaces ráfagas, ecos de ríos
Y murmuríos
De mi país!

Id, como pléyade de venturanzas,
Sus esperanzas
A revivir.

Volad! y en círculos de leve huella,
En torno á ella
Revolotead.

Rozando, tímidos, el que su frente
Ciñe, inocente
Velo nupcial.

Y luego en límpidas, aéreas notas,
Como las gotas
Sobre el cristal,
Como en los ámbitos batir de plumas,
Rumor de espumas
Sobre la mar;

Decidla, trémulos, que aquí la amamos
Y deseamos
Que hado feliz,
El velo cándido de sus amores
Borde con flores
De eterno abril.

Y de mí, pálido cantor errante
Que en incesante
Raudo volar,
Sigo entre lágrimas y entre suspiros,
Los vagos giros
De mi ideal;

POESIAS Y TRADUCCIONES

Decidle, ráfagas, notas, reflejos:
Que aunque muy léjos
De su almo sol,
Pido á los ángeles, en mis desdichas,
Para ella dichas,
Para él amor.

Venezuela, 1876.

¡BENDITA SEAS!

A Puerto Rico.

Como esquife de flores
Que del agua al vaivén se balancea;
Cual la deidad nacida
Del seno virginal del onda Egea;
Como ondina que trémula de amores,
De espumas y de aljófares prendida,
Abandona su alcázar encantado
Por recibir de Apolo enamorado
La caricia feliz de sus fulgores;
Tal, del seno profundo de los mares,
Bella, gentil, fantástica, riente,
La indiana Borinquén alza la frente
Coronada de lánguidos palmares.

Reina de los verjeles del Caribe,
Su majestad recibe
Del alma universal que la fecunda
Y por doquiera, amante, la circunda;
Escabel de su trono es el Atlante,
Su diadema las cien costelaciones
Que tachonan con brillo soberano
El cielo de las índicas regiones,
Su cetro amor, y su vasallo amante
El espléndido sol americano!

Tierra de bendicion! el alma mía
Te lleva eternamente en la memoria,
Que mis tiempos de paz y de alegría,
Las horas más felices de mi historia,
Horas, ay! que pasaron
Para jamás volver, bajo tu cielo
Y al rayo de tu sol se deslizaron...
Ay! ¡quién pudiera el velo

Que separa el presente del pasado
 Rasgar, y deshacer una por una,
 Las largas vueltas del camino andado!...
 ¡Quién, ay, quién la fortuna
 Indecible tuviera,
 De desandar el campo de la vida
 Desde el punto presente al de partida!...

Entónces, ay! pudiera,
 Como blancos jirones
 Dejados en las zarzas del camino,
 Recoger mis perdidas ilusiones,
 Mis sueños de esperanza y de creéncia
 Y el tesoro divino
 De mi infantil, purísima inocencia!
 Tornará á hallar; o tierra generosa!
 Bajo tu amigo cielo,
 A la madre amorosa,
 De honor dechado y de virtud modelo
 Que hoy en la tumba por mi mal reposa!...
 Al padre venerado
 A quien amparo diste
 Cuando en busca del pan del desterrado
 Llegó á tus playas errabundo y triste...
 Y, en fin, aquel tranquilo,
 Dichoso hogar que nos brindó tu asilo!...
 Hoy, qué resta de todo?... Llanto apénas:
 El recuerdo cruel del bien perdido,
 Dos urnas nada más, de polvo llenas,
 Y los escombros del hogar destruído!...
 Ay! quién pudiera el velo
 Rasgar que nos separa del pasado,
 Y deshacer en presuroso vuelo
 Las largas vueltas del camino andado!

Tierra de Borinquén, yo te saludo!
 Tras prolongados años
 De acerbos desengaños,
 De honda fatiga y de combate rudo,

Guerrero de la vida,
 Hoy vuelvo á tu ribera, el alma herida,
 El brazo sin vigor, roto el escudo;
 Vuelvo, y renace al contemplar tu suelo
 La memoria feliz de mi inocencia,
 Y se descorre el misterioso velo
 Que encubre los tesoros de ventura
 De la primera, plácida existencia;
 Y se olvida la pena y la amargura
 Del oscuro presente,
 Y se sueña otra vez, y se desea,
 Y el alma se adormece y se recrea
 En los recuerdos que evocó la mente.
 Mas, si todo pasó, juegos y flores,
 Ensueños de esperanza,
 Madre y hogar, y juventud y amores,
 Y gloria y bienandanza,
 No así, bendita tierra,
 La inmensa gratitud que mi alma encierra:
 En breve, muy en breve,
 Me llevará la nave de los mares
 De la tierra del sol y los palmares
 A la region del hielo y de la nieve;
 Mas conmigo en el alma irá guardado
 Tu recuerdo inmortal, y allá en la orilla
 Del Hudson apartado,
 Al hacer á los míos de mis viajes
 La relacion sencilla,
 Les hablaré del paraiso indiano
 Que, entre espumas y espléndidos celajes,
 A la voz de las hadas bienhechoras
 Surgió del corazon del oceano;
 Donde los cielos de hermosura tiñen
 Magníficas auroras,
 Y pródigos de aroma y de frescura,
 Valles y montes y praderas ciñen
 Eternas flores y eternal verdura;
 Do baña el sol las fértiles comarcas

De luz y de color, día tras día,
Y las almas son arcas
De nobleza, y bondad, y poesía.
Así les hablaré con tierno acento,
Y mirando hacia el sur, donde mecida
Por las olas del mar, te balanceas,
Cada vez que en tí fije el pensamiento
Murmuraré con alma agradecida:
¡Tierra de Borinquén, Bendita seas!

LOS TRES

* * *

*A mis amigos Alfredo Esteller
y José Gautier Benitez.*

Desde las playas que el mar Caribe
Ciñe de perlas, baña de espumas;
Desde la tierra que ampara el Avila
Donde la suerte meció mi cuna,

Hasta las playas del Hudson frío
Que a mis ensueños sirve de tumba,
A mí llegaron quejas y lágrimas
De los hermanos de mi amargura.

Ambos heridos, cual yo, en el alma,
Ambos en honda pena profunda,
Ambos corriendo tras esa pérfida
Visión de gloria que el alma abruma;

Mas, ay! que al menos, puro consuelo
Brinda á la pena que los enluta,
El verse en medio de los dulcísimos
Caros objetos de su ternura.

Tienen la patria donde nacieron,
Y en ella amores que el duelo endulzan,
Gratas memorias de tiempos plácidos,
Sueños de infancia que el alma arrullan.

Tienen la madre, fuente de gracias,
En cuyo seno las amarguras
Se desvanecen cual sombra efímera
En un tranquilo cielo sin brumas;

Tienen el claro techo paterno
 Que los ampara, que los escuda,
 Seguro puerto donde la ráfaga
 De las pasiones no sopla nunca;

Tienen la santa fe religiosa;
 Créen en un cielo que les anuncia
 De sus dolores el premio espléndido
 Cuando la carga mortal sacudan.

Mas yo ¿qué dicha ni paz espero
 Tras esta larga y estéril lucha
 De un alma llena de ensueños mágicos
 Contra la suerte severa y ruda?...

Léjos del suelo nunca olvidado
 Que de mis padres guarda la tumba,
 Por siempre léjos, ay! de los únicos
 Días serenos de mi fortuna!

No más visiones de oro y de rosa,
 No más arranques de fe profunda,
 No más que duelos en el espíritu
 Y en el cerebro sombras y dudas!

En vez de palmas, desnudos pinos,
 En vez de auroras, heladas brumas,
 En vez de goces, ansias y lágrimas,
 En vez de amores, fiebres y angustias.

Ay! quién pudiera romper los hierros
 Que hoy me sujetan á la amargura,
 Y otra vez libre, dichoso y cándido,
 Amar sin miedo, creer sin dudas!...

Callad, hermanos; sufrid en calma
 De vuestra vida la suerte cruda,
 Y no de penas habéis al mísero
 Que cual la suya no vió ninguna.

Ni en su agonía le habléis del cielo,
Mudo testigo de su tortura,
Indiferente, cerúlea bóveda
Que al vil no hiere ni al bueno escuda!

Dejad al bardo con sus ensueños,
Dejad al triste con sus angustias,
Que si la dicha cierra sus pórticos,
A todas horas abre la tumba!

Nueva York, 1878.

POBRE POETA!

A la memoria de mi amigo y hermano muy querido el malogrado poeta portorriqueño don José Gautier y Benítez.

¡Oh! no envidieis al que en la herida frente
lleva cual fiero dardo
la inspiración ardiente,
la codiciada llama
que viva luz derrama
y gloria en torno al aplaudido bardo!

Oh no! no le envidiéis; de la áurea rama
que sus sienas corona, cada hoja
representa un martirio, una congoja,
una herida profunda, un desencanto,
sangre del pecho, ó de los ojos llanto.
Cada paso que avanza
de la inmortalidad en la árdua senda,
cada triunfo que alcanza
le cuesta una creencia, una esperanza
que más y más la bendecida venda
de la ilusión aparta de sus ojos.

De la region oriundo
do la rosa sin mancha y sin abrojos
de la eterna verdad su aroma exhala
léjos, léjos del mundo,
lleva en el alma el ideal, la escala
que el cielo une á la tierra; la divina
intuicion de lo bello y lo perfecto
sus sueños ilumina,
y así, cuando imagina
la gloria de un afecto,
no como sentimiento la concibe
que nace y crece y vive

para luego morir cual muere todo
lo que surge del lodo.

No! envuelto en pura calma,
noble, divino, universal y eterno
aparece el amor ante su alma.

Ni el tiempo ni la ausencia,
ni el dolor ni la muerte,
podrán nunca atacar su augusta esencia!...

¿Concibe la amistad?—Su pecho fuerte
al par que noble y tierno,
no puede comprender su beneficio
sino cuando en las luchas de la vida
la fe le presta su divina egida,
el heroísmo su glorioso escudo
o su inmortal corona el sacrificio!

Para él la virtud es ángel mudo
que el bien dispensa y, sin rumor, sus alas
bate luego, ignorado, y desaparece
en el azul de las etéreas salas.

El honor no fallece
ni ante la infame tentación del oro
ni de la fuerza en la batalla recia:
la espada de Guzman es su tesoro
y su gloria la daga de Lucrecia!

La justicia es rodela de diamante
invencible y brillante
donde á romperse van en su impotencia
de la maldad las aceradas lanzas,
amparo del derecho y la inocencia,
y sosten de las nobles esperanzas!

La Libertad! La Libertad!... qué hermosa
la ve el poeta en su divino sueño,
la sien ceñida de laurel y rosa,
el semblante benévolo y risueño,
dulce, brindando al mundo

la paz y la abundacia y la armonía!
 Dando asilo en su seno
 generoso y fecundo
 a toda santa y lícita alegría,
 a todo impulso bueno,
 a toda grande idea,
 a toda aspiracion que noble sea.

¿Veis cómo se ilumina
 del soñador la frente
 ante la forma armónica y divina
 de la cipria deidad del duro bloque
 desprendida al potente,
 al inspirado toque
 del divino cincel del genio griego?...

¿Veis cómo de entusiasmo
 lanzan sus ojos generoso fuego
 cuando, mudo de pasmo,
 las vaporosas vírgenes admira
 que el mismo cielo inspira
 al pincel del egregio sevillano?...

Es así cual concibe
 su genio soberano
 el arte arrobador que eterno vive,
 el arte que revela
 la increada hermosura al pecho humano,
 casto, ideal, celeste; pura escuela
 del bien y la verdad: límpida fuente
 donde el genio proscrito
 calma á veces su ardiente
 enextinguible sed de lo infinito!...

¿Y la gloria... la gloria?... ¡cómo sueña
 con ella el trovador! cómo de palmas
 ve alfombrado el camino
 que el Olimpo le enseña,
 y suspensas las almas
 de su acento divino!

Los mármoles, los bronces, las canciones,
 los himnos de victoria,
 el incienso oloroso y errabundo,
 las flores, las coronas, los pendones
 eternizando la gloriosa historia
 del genio en su pasaje por el mundo!...
 ¡Del genio nada más!...

Al frente, envueltos
 en vivos, deslumbrantes resplandores,
 corazones resueltos,
 espíritus creadores,
 héroes, artistas, mártires, cantores!
 detrás la multitud sobrecogida
 de admiración, y de entusiasmo muda,
 que de lejos saluda
 humilde, agradecida,
 a sus nobles y excelsos bienhechores!

II

Mas, ay, un tiempo llega
 en que los sueños, como leve bruma
 que en el vacío el huracán despliega,
 huyen del pensamiento y de la pluma. . .
 Cuando el poeta incauto como el niño,
 rauda se lanza tras los giros ledos
 de la áurea mariposa de la vida,
 y al tocarla sólo halla entre los dedos
 polvo de oro y armiño
 que esparce el aura pura,
 y del insecto volador perdida
 la falaz hermosura!...

La célica vision, la ansiada palma
 de sus sueños de amor y poesía,
 el ídolo que un día
 tuvo templo en su alma
 descende del altar roto en pedazos;
 la que era ayer en sus amantes brazos

Brillante como el oro y sin mancilla
 es hoy opaco barro, vil arcilla.
 Mintió! y el sentimiento
 que fué gloria del bardo,
 en roedor tormento
 queda trocado y en eterno dardo!...

De la amistad la enaltecida prenda
 lanza al lodo el traidor, y su falasía
 en la mano fatal que alza la venda
 de los ojos del bueno,
 y en desconfianza impía,
 en desprecio y veneno
 la fe convierte que en el hombre habia.
 Y en el severo y contraído labio
 del engaño crüel por siempre dura
 el amargo resabio.

La inmaculada veste
 de la virtud que imaginó celeste
 ve por la tierra impura
 arrastrada y vendida
 al más alto postor, que envilecida,
 la que á ciento resiste á mil se entrega.

La caridad despliega
 deslumbradoras galas,
 y cómo heraldo de vergüenza, altivo,
 en vez de echar un manto
 discreto y compasivo
 sobre tánto dolor y tánto llanto,
 bate soberbia con rumor las alas,
 en voz alta revela
 la miseria y rubor del infelice,
 la magnitud de la limosna dice
 y hace sonar el oro en la escarcela...:

A la ambicion se rinde y la codicia
 el honor orgulloso,

y cede la justicia
a la invencible ley del poderoso.

Ebria de sangre y vino,
y manchadas de fango
las blancas vestiduras,
blandiendo en una mano el asesino
puñal, y en la otra la incendiaria tea,
la Libertad, caída de su rango,
a las turbas impuras
al exterminio y la vergüenza guía;
y llorando la muerte de una idea,
piensa el poeta ante la vil orgía:
"Si esa es la Libertad, maldita sea!...".

El arte degradado se retira
de los altos y puros ideales;
en el vicio se inspira,
y en los negros, impuros lodazales
de la brutal materia se recrea;
el campo de la idea
Zola disputa á Hugo,
y de la ciencia armónica verdugo,
a Beethoven divino
reta Offenbach con la canción del vino!...

Y la gloria... la gloria!... al que derrama
la sangre de su pueblo en fratricida
guerra, la imbécil multitud lo aclama
y lo colma de honores;
ante el déspota cruel, envilecida,
se postra y le alza bronces y loores;
el mármol suntüoso
en regios monumentos eterniza
la mezquina ceniza
del que en tráfico ruin y mercenario,
á costa del reposo
y la vida del triste proletario,
acumuló millones, de repente
pasando de canalla á poderoso!...

Y él, el poeta, el que en la altiva frente
 lleva el sagrado fuego,
 el soñador divino,
 el caudillo inmortal que al pueblo ciego
 lleva por el camino
 del bien y la verdad y la belleza,
 él... él... apenas tiene
 un sueño de otros mundos peregrino,
 una casta visión que á veces viene
 a consolarlo en su inmortal tristeza:
 la muerte, la feliz reparadora
 de todo mal, la muerte bienvenida,
 blanda, benigna y de laurel ceñida,
 como una mensajera de los cielos
 envuelta en la alba gasa flotadora
 de los almos consuelos;
 la muerte, del cantor única gloria,
 símbolo de la paz y la victoria!...

.....

Oh! no envidieis al que en la herida frente
 lleva cual fiero dardo
 la inspiración ardiente!
 Morir es para el bardo,
 tras rudos temporales
 llegar por fin al suspirado puerto:
 Envidia, o mortales,
 al poeta infeliz, después de muerto!

Nueva York, 1880.

GRATITUD

*A mis amigos, Carlos y Rosina
Brody.*

Con alma triste me lancé á las aguas
Rendido al peso de la suerte impía,
'Atrás dejando á la que en luto y lágrimas
Ora por mí, ferviente madre mía,
Regar con llanto la extranjera playa,
Solo, perdido y sin sosten me vísteis...
Los hermanos volviéronme la espalda,
Y vosotros, extraños, me acogisteis!
Oro quisiera, mas —á qué?— del alma
No se pagan las deudas con dinero...
Solo poseo un corazón sin mancha
Ardiendo en gratitud... tomadlo entero!

NAUFRAGIO

Cielo y mar!... Entre dos inmensidades
vuela audaz el bajel... De pronto, el cielo
su azul envuelve en tenebroso velo,
y se extinguen del sol las claridades!

Todo es sombra y horror! Las tempestades
desatan con furor su ardiente vuelo,
y sobre el roto barco, en hondo duelo,
se extienden las inmensas soledades.

Cielo y mar otra vez... y otra vez vaga
la luz del sol por la marina alfombra...
Así también el hombre envanecido

En la mundana tempestad naufraga,
y al descender hasta la eterna sombra
lo cubre el océano del olvido!

RAYOS Y SOMBRAS

Ya se alejan los ábregos del monte,
ya las nieblas se van del horizonte;
de la aterida pradera yerma
huye la triste nieve glacial...
Solo las sombras de mi alma enferma
ay, no se irán!

Ya vuelven á su alar las golondrinas,
y las flores y el sol á las colinas;
vuelven las auras, ricas de esencias,
vuelve la gloria primaveral...
Solo mis sueños y mis creéncias
no volverán!

Y otra vez yerta quedará la selva
y obscuro el horizonte, hasta que vuelva
con Mayo tibio la bienandanza. . .
Sólo mi alma, presa del mal,
sin el consuelo de la esperanza
se quedará!...

MI DESEO

En un album.

Si sois feliz, si en el cielo
De vuestra vida, señora,
Brilla la fúlgida aurora
Del supremo bienestar;
Si las que nacen, risueñas
Flores de ventura y calma
En los jardines del alma
Embalsaman vuestro hogar;

Si sois la excepción dichosa
De este mundo en el declive,
En que muriendo se vive
Y se muere en el dolor;
Si á la luz de la esperanza,
Libre de afanes prolijos,
Vivis entre vuestros hijos
Al aliento del amor;

Que ese astro resplandeciente
Que hoy alumbrá vuestro cielo,
Jamás se oculte en el velo
De la tiniebla fatal,
Y á sus dorados reflejos
Mireis, en plácida calma,
Eterna en cielos y alma,
La estación primaveral.

Mas si el contrario, cumpliendo
La ley del mortal quebranto,
Pagais tributo de llanto
En las aras del pesar;
Si sufrís la pena aguda
De un alma altiva é inquieta
Que la desgracia sujeta
Al querer rauda volar...

Si la pérdida os aflige,
De horas dulces que pasaron
Y en vos, punzante, dejaron
El recuerdo nada más,
Como deja, al verse libre,
Entre los dedos de un niño,
Sus galas de oro y armiño,
La mariposa fugaz;

Si sois, por desdicha, uno
De esos seres desgraciados
Que callan desesperados
La muerte de su ilusión...,
De aquellos que entre sonrisas
Llevan oculta la pena,
Mostrando la faz serena
Y rasgado el corazón...

Entonces solo os deseo
Lo que en vos, señora, abunda:
Una esperanza profunda
Y valor para sufrir;
Valor, sí; valor y calma!
Fe suprema y alma fuerte
Para luchar con la suerte
Hasta vencer ó morir...!

Luchar...! ese es el destino
De las almas poderosas,
Cual la vuestra generosas
Y ricas de juventud...
Luchad, sí, que para ello
Teneis en el alma aliento,
En la cabeza talento,
Y en el corazon virtud.

Luchad, que el triunfo os sonrie,
Y tras el triunfo del alma,
De la paz la verde palma
Coronará vuestra sien;
Y si acaso de la suerte
Caéis al golpe tremendo,
No os importe: asi cayendo,
Habreis triunfado tambien.

SEAMOS BUENOS

A Elena.

¿Por qué el brillante, immaculado armiño
Manchar de nuestras almas?—por qué, dime:
No ser como es el niño
A quien el peso del dolor no oprime?

¿Por qué, mi dulce amiga, no ser buenos
Y a lo bello no dar nuestra existencia?...
¿Por qué no hacer, al ménos,
Lo que impone el deber y la conciencia...?

Del alma el puro, el inocente armiño
Es el supremo bien—quien peca gime...
Seámos como el niño
A quien el peso del dolor no oprime!

ULTIMA PAGINA

*En el album de la niña María
Virginia Barclay.*

La vida de una cándida doncella,
Como tú pura y bella,
Es un libro como éste:
Cubierta de carmin, título de oro,
Y de páginas blancas un tesoro
Que revelan al alma
Con su muda elocuencia,
El secreto feliz de la inocencia.

Así también, María,
Es tu vida de armiño,
Libro en blanco que un día
Puso en tu mano el paternal cariño,
Y cuyo seno inmaculado y puro
Hoy se abre á las caricias del futuro,
Como de un lirio el delicado broche
A las trémulas gotas de la noche.

Quiera, grata y benigna,
La alma del mundo que los tiempos llena,
Permitir que los años, en su curso,
En cada hoja de ese libro dejen
Una memoria digna
De tu alma pura y tu virtud serena,
Y me diré feliz si al repasarlas
Libre de pena en venideros días
Y rodeada de santas alegrías,

Al llegar á la última,
Das un recuerdo al triste peregrino
Que en medio á la aspereza y desconsuelo
Del lóbrego camino,
Tendrá siempre una voz, voz elocuente
Con que implorar, ferviente,
Para los tuyos el favor del cielo,
Y para tí su egida
Y todas las dulzuras de la vida.

LOS DIAS VAN PASANDO

Van pasando los dias,
Y pronto ya
Mi cuerpo por las vias
Del mar irá...
Mi cuerpo, sí,
Que mi alma toda entera
La dejo aquí.

Los dias van pasando
Sin tú sentir,
Y se van acercando
Los del sufrir;
Mas mi dolor
No halla eco en las cenizas
Del muerto amor.

Van pasando los días,
Pasando van,
Y nuestras alegrías
Muertas están:
Muertas en tí,
Que su memoria, al menos
Aun vive en mí.

“Los días van pasando,
Mas al pasar,
Unidos van dejando
Gozo y pesar...
¡Suerte cruel!
A tí el almibar dejan
Y á mí la hiel!”.

FLORES Y NUBES

(Balada)

—Dí, madre ¿por qué la flor,
hoy tan fragante y lozana,
habrá de perder mañana,
su perfume y su color?

—Hija, porque en este mundo
de apariencias, inconstante,
todo pasa en un instante,
nada es firme ni profundo.

—Y esas nubes matizadas
de púrpura y de topacio,
que cruzan por el espacio
como de un ángel llevadas;

¿Por qué, madre, su hermosura
se trueca en sombras de duelo
que cubren de luto el cielo
y el corazón de tristura?

—¡Tal es, hija de mi amor,
la ley que el mundo domina:
tras de la rosa la espina,
tras de la dicha el dolor!

—¿Y el amor, madre, ese bien
del corazón que suspira,
también será una mentira?...

—¡Quimera el amor también!

Es ensueño de una hora,
esperanza de un instante,
visión hermosa y brillante
que al tocarla se evapora;

Que esas pasiones que nacen
dentro del pecho y lo agitan,
son flores que se marchitan,
son nubes que se deshacen.

—Mas, ay! si todo es falsía
en torno de la existencia,
¿en qué ha de tener creencia
mi corazón, madre mía?

—En Dios que no engaña nunca
y en tu madre que te quiere:
ese es amor que no muere,
que el desengaño no trunca;

Flor que eternamente crece
en los jardines del alma;
nube de bonanza y calma;
que el viento no desvanece;

Porque en ese amor se encierra
toda verdad y consuelo:
no hay más que Dios en el cielo
y amor de madre en la tierra.

1867.

A UN AVE

A la señorita doña María Quesnel.

Entre las ramas de añoso roble
que busca noble
la inmensidad,
una avecilla de voz canora
Canta á la aurora
su libertad.

¡Cuán triste y débil, ave sin nombre,
se siente el hombre,
presa del mal,
cuando compara tu alba inocencia
con su existencia
dura y fatal!...

Basta á tu dicha rústico nido,
grano perdido,
fresco raudal;
libre horizonte, bosque sombrío
campo baldío,
luz celestial.

Tú no conoces las hondas penas
ni las cadenas
de la pasión;
a tí no alcanzan los pensamientos
ni los tormentos
de la ambición.

¡Ah! qué no diera, dulce avecilla,
por tu sencilla
vida fugaz;

por tus amores, por tu escondido
plácido nido,
centro de paz!...

¡Qué diferencia de vida á vida!
La calma anida
dentro de tí;
y en lucha eterna, los aquilones
de las pasiones
rugen en mí.

Tú el ala tiendes en libre vuelo
por la del cielo
region de luz;
yo en esta obscura prisión cautivo,
llorando vivo
sobre mi cruz.

Tú cuando Oriente de luz se ciñe
y el cielo tiñe
vivo arrebol,
el himno puro de tus amores
entre las flores
alzas al sol.

Yo cuando sube del horizonte
cubriendo al monte
la obscuridad,
lloro en el arpa de mi amargura
mi desventura,
mi soledad.

Que ambos cantores somos, ó ave:
tú eres el suave
fiel trovador
yo soy el triste bardo del duelo;
tú eres consuelo,
yo soy dolor.

Y aunque tú el ala bates serena,
 y yo en mi pena
 doblo la sien,
 hermanos somos; que ámbos cantamos,
 y ámbos amamos
 el mismo bien;

Tú amas del campo la verde alfombra,
 la fresca sombra
 del abedul;
 del sol de Mayo los resplandores,
 la luz, las flores
 y el lago azul.

La paz del nido y el canto amas,
 las combas ramas,
 la soledad;
 y más que cielo y árbol y fuente
 amas, ardiente,
 la libertad.

Todo eso forma también mi anhelo
 mi ansiado cielo,
 mi religion,
 todo eso, todo, mi pecho ama,
 todo eso inflama
 mi corazon;

Mas, ay, me falta de tu existencia
 la alba inocencia
 y el casto amor,
 la fé del bueno, la paz del alma,
 la dulce calma
 de tu candor;

Por ella diera mis ilusiones,
 mis ambiciones
 de esplendidez,

mis esperanzas más lisonjeras
y mis quimeras
de gloria y prez;

Todo mentira, mentira todo;
miseria y lodo
la realidad;
tu alegre vida libre y segura,
tu calma pura
solo es verdad.

Adiós, ó ave rauda y galana,
cándida hermana
del trovador;
ya anubla Otoño los horizontes,
ya de los montes
huye el verdor,

Vuela, avecilla, que ya en el cielo
se empaña el velo
de aéreo tul;
tiende las alas á otros alcores
en pos de flores
y limpio azul.

Feliz mil veces tú que las nieves
con alas breves
puedes dejar,
y en otros aires libres de brumas,
las blandas plumas
al viento dar!

Ah! si dichoso como tú fuera!
Ay! si tuviera
tus alas yo! . . .
Cuán presto el suelo no dejaría
do triste y fria
mi fe expiró,

¡ Con qué ventura, raudo cortando
del aire el blando
cerúleo tul,
entre los astros y la armonía
me perdería
del cielo azul.

Y una vez lejos de mar y sierra,
cuando la tierra
no viera más,
aunque á mi alma tornase el día,
no volvería
jamás, jamás!

LAS CUERDAS ROTAS

*En el album de la señora D^a
Cecilia Benitez de Gautier.*

Venid, venid á mí, memorias puras
De aquella edad de sueños é inocencia,
De ignorancia feliz y de venturas,
De fe en el alma y paz en la conciencia;

Venid á mí, plegarias infantiles,
Castos besos, caricias maternales,
Primeros entusiasmos juveniles,
Ilusiones de amores inmortales;

Venid á mí, primaverales lampos,
Del sol que brilla en mi solar natío,
Embalsamadas brisas de mis campos,
Murmurios apacibles de mi rio;

Venid á mí, recién abiertas flores,
Aves y efluvios de mi selva unmbria,
Que de aromas y cantos y colores
Poblais los aires de la patria mia;

Venid, venid en tropa voladora,
Los años trasponiendo y la distancia,
A evocar en mi musa gemidora
Todas las alegrías de mi infancia;

Alzaos como genios protectores
Entre el númen divino y mis pesares,
Y no dejéis que vengan los dolores
A amargar con su hiel estos cantares.

Atrás volved las esperanzas rotas,
La paz del corazon tornada en duelo,
Del ave herida las ahogadas notas
Y los nublados del perdido cielo;

Cerrad el paso á los espectros mudos
De la ambicion y las creencias muertas,
Y á la dulce ilusion y á los saludos
De la fe y la esperanza abrid las puertas.

Que para alzar á la soñada esposa
Del altivo cantor una armonía,
Fuerza es trocar en lira sonora
Esta arpa funeral de mi elegía!...

Héme aquí ya; los ayes, los agravios
Dormidos en el fondo de mi alma,
La sonrisa vagando por mis labios,
Serenos el corazon, la frente en calma...

¿Qué aguardo? ¿por qué callo? ¿do se esconden
Las notas de la cítara?... ¿qué espectro
Enmudece mi voz?... ¿qué no responden
Las vibradoras cuerdas á mi plectro?...

Perdon, perdon, señora; el arpa mia
Ecos no tiene de ventura y calma;
Ahogad en mí el dolor y la agonía
Y ahogado habreis la inspiracion en mi alma!

En vano el himno que en la dicha vibra
Concibió para vos mi mente ilusa;
La fibra del pesar es, ay! mi fibra,
La musa del dolor esa es mi musa.

Silencio, pues; desapacible nota
No quiero ser en el concierto pio
Que hoy á tus plantas armonioso brota
Como ofrenda á tu dulce poderío.

Ni un gemido siquiera, ni un sollozo
Ante la tierna y cándida hermosura
Que es númen del cantor, y ya que el gozo
No te es dado expresar en tu amargura,
Sufoca, o arpa, tus dolientes notas
Y depon á sus pies tus cuerdas rotas.

1879.

SOMBRA O LUZ

A la Señora X X X.

Hoy que en el azul sereno
Se derraman brilladores,
Los clarísimos fulgores
Del astro que os vió nacer,
Permitid que yo me acerque
Al pié de vuestros altares,
De mis sencillos cantares
El homenaje a ofrecer.

Mas, ay! ¿qué habrá de deciros
Que seros pueda halagüeno,
Quien solo ha gozado en sueño
Las dichas del corazón...?
Perdonad, pues, si al hablaros
Bajo el pesar que me abrumba,
Tengo que mojar la pluma
En lágrimas de aflicción...

Si sois feliz, si en el cielo
De vuestra vida, señora,
Brilla la fúlgida aurora
De un risueño bienestar;
Si las que nacen, fragantes
Flores de ventura y calma
En los jardines del alma,
Embalsaman vuestro hogar;

Si sois la excepción dichosa
De este mundo en el declive,
En que muriéndose vive
Y se muere en el dolor,
Si a la luz de la esperanza,
Libre de afanes prolijos,
Vivís entre vuestros hijos
Al aliento del amor;

Que ese astro resplandeciente
 Que hoy veis en el cielo alzarse,
 No llegue nunca a ocultarse
 De la sombra en el capuz;
 Y a sus dorados reflejos
 Miréis floridos los montes,
 Y azules los horizontes
 Entre cortinas de luz.

Mas si al contrario, cumpliendo
 De Dios el decreto santo,
 Pagais tributo de llanto
 En la aras del pesar;
 Si sufrís la pena ruda
 De un alma altiva e inquieta
 Que la desgracia sujeta
 Al querer rauda volar.

Si la pérdida os aflije,
 De horas dulces que pasaron,
 Y en vos, punzante, dejaron
 El recuerdo nada más,
 Como deja al verse libre,
 Entre los dedos de un niño,
 Sus galas de oro y armiño
 La mariposa fugaz;

Si sois, por desdicha, uno
 De esos seres desgraciados,
 Pero que sufren callados
 La muerte de su ilusión...
 De aquellos que entre sonrisas
 Llevan oculta la pena,
 Mostrando la faz serena
 Y rasgado el corazón

Entónces solo os deseo
 Lo que en vos, señora, abunda:
 Una esperanza profunda
 Y valor para sufrir;

Valor, sí; valor y calma!
Fe suprema y alma fuerte
Para luchar con la suerte
Hasta vencer o morir...!

Luchar...! ese es el destino
De las almas poderosas,
Cual la vuestra, jenerosas
Y llenas de juventud...
Luchad, pues, que para ello
Teneis en el alma aliento,
En la cabeza talento,
Y en el corazón vitud.

Pero ¿qué os estoy diciendo
Con voz tan desgarradora?
¿Por qué suponer, señora,
Que no hayais de ser feliz?
Vos, a cuyas plantas brotan
Las del placer halagüeñas
Flores que os brindan risueñas
Su perfume y su matiz...!

Ah! perdonad si el impulso
Siguiendo de mis pesares,
He regado estos cantares
Con llanto del corazón.
Mas, ay! quien de la ventura
Perdió la dulce creencia,
Todo lo ve en la existencia
Por un prisma de aflicción!...

Olvidad, pues, mis palabras,
Y escuchad mi ardiente anhelo:
De vuestra vida en el cielo,
Haya sombra o claridad,
Creedme, solo os deseo
Entre sonrisas y flores,
En la sombra, resplandores,
Y en la luz, eternidad!

TRISTEZAS DE LA LIRA

*Al literato eximio y al maes-
tro venerado el Excmo. Señor
Don Gaspar Núñez de Arce.*

Amor! Amor! Embriaguez divina
Que el ideal supremo eleva el alma!
Alta, serena palma
Que en el desierto al viajador errante
Al suspirado oasis encamina!
Nave del rayo y de la mar triunfante
Que sobre la onda azul te balanceas:
Amor, divino amor, bendito seas!

Amistad! del amor tranquila hermana,
Que la copa de paz al labio allega
Cuando el pecho se anega
En hiel y sangre en la mundana lucha;
Final refugio de la dicha humana,
Cariñosa deidad que siempre escucha
La voz del sentimiento y de la vida:
Amistad, amistad, sé bendecida!

Y tú, bálsamo puro, y blando y tibio,
Del árbol de los cielos destilado,
que al seno lacerado
Del dolor por los rudos torcedores
Aliento brindas y eternal alivio;
Santa fe del hogar de mis mayores,
Divina Religión! el infelice
Con labio agradecido te bendice!

Y tú, fugaz arcángel de los cielos,
Cristalino raudal, fuente de calma
En donde apaga el alma
La sed que eternamente la devora;

Heraldo de la paz y los consuelos
Que sueña el corazón que sufre y llora;
Esperanza inmortal! ¿qué sin tí fuera
Del que en la sombra batallando espera?

Y vosotras, virtudes generosas:
Ardiente caridad, celeste llama
Que el corazón inflama;
Justicia, Honor, Deber, Valor, Conciencia,
Cándidos lirios, desprendidas rosas
Del Edén que perdimos; vuestra esencia
Perfuma el aire en que respira el pecho
Al sacrificio y los dolores hecho!

Y tú, rauda visión deslumbradora
Que la espada inmortal del triunfo blandes,
Aliento de los grandes
En este bajo y deleznable mundo;
Aspiración del alma soñadora
Que lucha por romper el yugo inmundo
De la vida vulgar; Gloria divina!
El númen del cantor á tí se inclina!

¿Y qué de tí dirá, Ciencia sublime,
Y de tu luz, mi tembloroso labio?
Compañera del sabio,
Astro que de la dura servidumbre
De la tirana sombra nos redime;
Cristo del pensamiento, á cuya lumbre
Debe el mortal su libertad eterna,
¿Quién que piense, ante tí no se prosterna?

¿Quién ante tí también, Arte divino,
Arte revelador de la belleza,
No inclina la cabeza?...
Tú, mediador celeste que, entornada,
Tras el iris del prisma diamantino,
Nos dejas ver la misteriosa entrada
Del soñado ideal, único lazo
Que el cielo une á la tierra en casto abrazo!

O dulces sueños que halagais al hombre!
Santas creencias que encendeis el pecho!
¡Cuánto bien habeis hecho,
Cuánta luz derramado y cuánta gracia,
Y cuánto, cuánto más en vuestro nombre
No alcanzára el mortal, si por desgracia,
Y para duelo eterno de la lira,
No fuerais lo que sois: humo y mentira!

SUEÑO

A K. Listo.

Soñé que un paraíso era la vida,
Donde entre rosas y fragante acacia,
Sonreían al hombre en su desgracia,
El amor, la amistad, la fé querida...

Soñé que la maldad era abatida
Y el bueno coronado por la gracia;
Soñé que era la sola aristocracia
La inteligencia a la virtud unida.

Mas, ay! que por mi mal despierto luego,
Y solo encuentro en mi redor abrojos
Y la amarga verdad del mundo ciego!

Señor! si solo en sueño es verdadera
La dicha, vuelve a adormecer mis ojos
Y déjeme soñar hasta que muera

A: K. LISTO

Réplica.

¿Con que abrigas, K. Listo, la creencia
Inspirada quizá por tus antojos,
De que es obra, y no más, de mis *anteojos*
La mentira que envuelve la existencia?

Bien pudiera probar a tu inocencia
Que son, al despertar, crudos abrojos,
Esas flores que en *sueño* ven mis ojos,
Mas, lo dejo K. Listo, a la experiencia:

Defiende tu opinión con hidalguía
Penetra de este mundo en el *abismo*
Y busca la verdad con noble empeño;

No temas la maldad; lleva por guía
La virtud, el talento, el patriotismo...
Y ya verás si sueño o si no sueño.

NIHIL NOVUM!

Hogar puro y tranquilo, horas serenas
de ternura, y de amor, y de alegría,
de una voz infantil la melodía,
y allá en la ancianidad, días sin penas.

Eso entrevieron nuestras almas buenas
al jurarnos eterna simpatía,
que eternas concibió la fantasía,
las del amor dulcísimas cadenas.

Mas, ay! entre los dos se alzaron luego
el tiempo y el oceano; tú perdiste
del primitivo impulso el santo fuego;

Yo, mi creencia en la humanal constancia.
Tornastes á ser libre, y yo á ser triste...
¡Tánto pueden el tiempo y la distancia!

MEMORIA TRISTE

¿Quién pudiera volver á aquellos tiempos
en que era el porvenir sueño de oro
de juventud lozana y de alegría,
y hasta la misma pena sonreía?

¡Ay! ¡cuántas veces, en lejanas tierras
lejos del patrio hogar y de los míos
pienso en vosotros y en aquellas horas
de alegres é inocentes desvaríos!

Y brota entonces el llanto de mis ojos,
y exclamo con la voz del pecho herido:
¡quién pudiera volver a aquellos tiempos!
¡quién pudiera volver al bien perdido!

ENFERMO

Cuando mis labios helados
Cierre, de la tumba el peso,
¿Quién los tuyos sonrosados
Irá a cerrar con un beso?

Cuando mi tumba sin flores
Azote el cierzo inclemente,
¿Quién la flor de otros amores
Posará sobre tu frente?

Cuando del mundo distante
Si hay más allá piense en tí
¿En quién pensarás amante,
Olvidada ya de mí?

¡Ah!... no niegues de ese modo!
Rey del mundo es el olvido,
Y lo peor, que al fin de todo,
El tirano es bien venido!

LAGRIMAS

Lanzaba un niño inocente,
con un tubillo de pluma,
brillantes globos de espuma
por el aire transparente.

De sus galas de topacio,
de púrpura y de zafiro,
risueño, el lánguido giro
seguía por el espacio;

y absorto en las maravillas
de aquel milagro de lumbre,
hacia la excelsa techumbre
tendía las manecillas.

Mas, ay! en rápido instante
los globillos se rompieron,
y en leves gotas cayeron
sobre su triste semblante...

Sonreí con amargura
al ver su faz abatida,
y "así, me dije, en la vida
pasa la humana ventura:

así, en el aire en que nacen
nuestras locas ambiciones,
fallecen las ilusiones,
y en lágrimas se deshacen!"...

TEMPESTADES

Las olas se encrespan,
Luz rápida brilla
Y flota sin rumbo
La débil barquilla.

En choque fulmino
La nube revienta
Y estalla impetuosa
La horrible tormenta.

Resueltos marinos
Se cubren de espanto;
Las tímidas gentes
Desátanse en llanto.

Tan solo apoyado
Del borde en el filo,
Gallardo mancebo
Medita tranquilo.

Anciano Piloto
Se acerca y le mira;
—¿Del mar— le pregunta—
No temes la ira?

Y el joven responde
Con lúgubre calma:
—Ay! luchas más fuertes
Agitan mi alma!

1892.

HOJAS SECAS

A mi distinguido amigo el joven poeta Andrés Antonio Arcia.

Cuán cortos los días
Del reino estival!
Cuán breves las horas
De amor y lealtad!

Huyeron las brisas
Del cielo de abril!
Volaron los sueños
Del pecho feliz!

Ya vuelan los soplos
Del cielo otoñal!
Ya vuelan los fríos
Del alma sin paz!

Emigran las aves
Del fresco verjel;
Ya el alma abandonan
Anhelos y fe.

El árbol sus hojas
El viento arrancó,
La duda sus dichas
Robó al corazón.

... ..

Adiós, primavera!
Verano gentil!
Adiós esperanzas
Del seno infeliz!

... ..

Ya viene el invierno
Callado y glacial!
Ya viene la muerte,
Ya viene la paz!

¿DONDE ESTA DIOS?

*A mi amigo el excelentísimo
poeta Jacinto Gutiérrez Coll.*

En el tiempo, en el espacio,
en la materia infinita,
donde la vida se agita
en la eterna evolución,
allí palpita,
se mueve Dios.

En la armonía del mundo,
en los rayos siderales,
de la mar en los cristales,
y en el cáliz de la flor,
allí a raudales
se ostenta Dios.

En la hermosura soñada,
en las notas de la lira,
en la idea en que se inspira
el arte revelador,
allí se mira,
se siente a Dios.

En el amor que las almas
en lazo cándido prende,
en la virtud que se enciende
del martirio en el crisol,
allí se extiende
la ley de Dios.

La inspiración misteriosa
del triunfo en la verde rama,
la fe que el valor inflama
y la heroica abnegación,
eso se llama,
se llama Dios.

Bajo el rayo en la tormenta,
 desbórdanse los raudales,
 y sus campos en eriales
 trocados ve el labrador,
 ay, cuántos males. . .
 ¿Dónde está Dios?

Divide el odio las almas,
 triunfa el crimen sin desdoro,
 y la virtud su decoro
 fácil rinde al tentador;
 es rey el oro,
 ¿dónde está Dios?

La ley que rige la vida
 es la ley del egoísmo:
 miseria, ambición, cinismo,
 yo primero, siempre yo;
 en ese abismo,
 ¿dónde está Dios?

En la vida, en la materia,
 donde quiera el mal se esconde,
 y donde quiera responde
 al grito del corazón. . .
 Decidme, ¿dónde,
 dónde está Dios?

LA FE PERDIDA

Cuando el Genio de la alma Poesía
Que sangre y mente y corazon me inflama,
Con el frescor de la apolínea rama
El fuego calme de la frente mía;

Cando del setentrion al mediodia
Lleve mi nombre la parlera fama,
Y del Olimpo la divina llama
Vierta en mi noche claridad de día;

Cuando al poder de mi inspirado canto
Se estremezca el mortal, de polo á polo
Entónce... entónces correrá mi llanto

Lo mismo que hoy, porque la fé perdida,
Ni aun á la sombra del laurel de Apolo,
Torna jamás á recobrar la vida!

RESURRECCION

A Henrique P. Gad.

Báñase en luz la celestial esfera,
rompe el hielo la fuente cristalina,
corónase de palmas la colina
y de recientes flores la pradera;

tras el martirio y tras la muerte fiera,
el Justo de los Justos se encamina
desde el sepulcro á la region divina
donde su padre celestial le espera.

Resurrección! Resurrección! del campo
la proclaman los cármenes risueños,
del sol primaveral el regio lampo

y de la mar azul la augusta calma...
¡Cristo de mi esperanza y de mis sueños,
¿por qué no resucitas en mi alma?

DIA FATAL

*A la señora doña María de
Haro Gad.*

Berlín.

Señora, amiga y hermana mía,
no por la sangre del Nazareno,
mas por el Iris, alma del día,
que en ondas brota del dios heleno;

no es sueño vano ni paradoja
del bardo triste lo que hoy te escribo;
es meteoro mortal que arroja
luz que, sin duda, tu alma recibe.

Y es que la ausencia jamás separa;
la ausencia junta más bien, señora:
por eso nunca te contemplara
de mí tan cerca como a esta hora.

Hora en que lejos por la distancia
de tí y Enrique, diosa y creyente,
en la desierta, délfica estancia,
os llora el pobre vate doliente,

hoy más que nunca desamparado.
No, no; me engaño, que el miserable
que esto te escribe tiene a su lado
su último amigo: lo Irreparable.

¿Vendrá en mi auxilio? No lo deseo,
que ni a la tumba quiero servicios
deber... o ¿gracias? Ahora lo veo;
Dios aún me queda, Dios y sus juicios.

Sí, Dios, señora; Dios que me oía
llamarle en vano con ansia loca;
buscar su fuente como otro día
Moisés el agua de roca en roca!

Filosofía, razón y ciencia
me respondían:—Aquí no existe!
Y yo sintiéndolo en la conciencia,
yo lo negaba con alma triste!

Y mientras cerca de mí bullía
la linfa pura de su corriente,
donde la fiebre de mi porfía
calmar ansiaba su sed ardiente;

yo en la soberbia de mi egoísmo,
sacrificaba mi alma intranquila
por comprenderlo... con el guarismo,
por descubrirlo con la pupila!

Mas El a un tiempo severo y justo
mi lucha honrada juzgando en calma,
su hálito santo lanzó robusto
sobre el cerrado cielo de mi alma.

Y desatando ruda tormenta
que en mi descuido no preví nunca,
sobre mi altiva cerviz revienta
y el rayo impío mi dicha trunca!

En ronco trueno crujió la envidia,
la infamia en rauda turbión deshecho,
y entre las sombras cayó la insidia
sobre mi inerme desnudo pecho!

La vil calumnia vibró en el viento
su horrendo silbo; y en el ropaje
del mundo oculto, su negro intento
lanzó el menguado, cobarde ultraje.

Y sobre el ronco, fatal estruendo
de la borrasca; de entre las brumas
surgir se oía graznido horrendo
y un ominoso rumor de plumas.

Igneo relámpago rasgó las nieblas
y a su vislumbre miré el protervo
perfil del ave de las tinieblas
y de la duda luctuoso cuervo.

El que una noche sintiera el bardo
sobre su gloria batir las alas;
el mismo cuervo, que el triste Edgardo
vió sobre el noble busto de Palas.

Aquel que un día con pico rudo
y en impaciente brusco aleteo,
clavó su garras en el desnudo
pecho en cadenas de Prometeo;

y ya saciados sus apetitos,
su vuelo infausto, del bueno azote,
pasó lanzando triunfantes gritos
sobre el pescante del Iscariote. . .

El mismo, el mismo símbolo adusto
del odio aleve, del mal no visto
que se cernía, ya muerto el Justo,
sobre el sepulcro de Jesucristo.

Ronco estallido vibrante y largo
rasgó la sombra con luz violenta;
y en cataratas de llanto amargo
rompióse el seno de la tormenta.

Cuando los ojos abrí tras hondo
sopor, al borde me hallé de terso
lago cerúleo de cuyo fondo
la luz radiaba del universo.

Raudal de lágrimas, fulgor del Santo!
Dios allí estaba, radiante y justo,
que El no se muestra sino en el llanto
del inefable dolor agosto! . . .

Sí, Dios aún queda tras lo infinito
como esperanza! Y aquí en el suelo,
quizás los "únicos" que oís mis gritos,
quedáis vosotros como consuelo!

Por eso nunca te contemplara
de mí tan cerca como a esta hora...
No más... La angustia de mí se ampara.
Basta de lágrimas! Adiós, señora!

PERDONALOS

Vedle! allí está... la paz de la conciencia
brilla en su frente—Su mirada pura
es un drama de llanto y de tristura,
una historia de amor y de inocencia.

Vedle en la cruz!... La humana inteligencia
no alcanza a comprender tanta amargura...
¡Silencio! el labio mueve... ya murmura
de sus verdugos la fatal sentencia:

—“Perdónalos, perdónalos, exclama,
no saben lo que hacen, Padre mio...”
Sublime abnegación! Amor profundo!

E inclinando la frente, como rama
tierna que abate el vendaval impío,
muere Jesus por redimir el mundo!

AL AUTOR DE EL RAYO DE LUZ

Viste la luz cual pabellón flotante
De belleza, de amor, y de armonía,
Y en alas de tu ardiente fantasía
Te lanzaste tras ella, delirante.

La fuiste a buscar en la brillante
Cuna de rosas donde nace el día;
Alzaste el velo de la tumba fría,
Rompiste los cristales del diamante...

Brotó la luz en toda su belleza
Y te besó en la frente, despertando
Al choque poderoso de tu ingenio;

Por eso si levantas la cabeza,
Deja ver en tus cielos fulgurando
La diadema de luz que ciñe al géneo.

A UNA NIÑA ARTISTA

Como en la breve simiente
Se revela el alta encina
Que las montañas domina
Retando al Bóreas potente;

Como anuncia el grano de oro
Entre la arena encontrado,
Del venero codiciado
El espléndido tesoro;

Como la ténue vislumbre
Del primer albor de Oriente,
Del astro resplandeciente
Predice la regia lumbre;

Así la naciente llama
Del arte que en tí se anida,
Anuncia la eterna vida
Que brinda al Genio la Fama,

Que, oculta en tu breve historia,
Nuncio de luz y fortuna,
Como la perla en su cuna
De nácar, duerme tu gloria.

¡Lucha! lauros atesora!
¡Simiente, vuélvete encina,
Grano de oro, hazte mina,
Tórnate sol, blanca aurora!

A UNA ARTISTA

Dulcísimo trinar de ave canora,
céfiro blando que entre flores juega,
lluvia de perlas que cristales riega,
esa es tu voz melódica, señora.

Modesta flor que en el follaje mora,
y cuando Febo á acariciarla llega
su tierno cáliz, pudorosa pliega,
esa es, mujer, tu gracia seductora.

Mas no es solo tu canto melodioso
ni tu canto de un angel de hermosura
lo que entusiasta el corazon admira:

Es el dulce, sublime, delicioso
sentimiento de calma y de ternura
que tu presencia angelical inspira.

LAURO Y CIPRES

(En la tumba de un héroe)

Del bronce fraticida al rudo estruendo,
como una flor que al viento se marchita,
al pie del pabellón que el libre agita,
cayó el héroe la patria defendiendo.

Sus ramas dulcemente entretejiendo
un lauro y un ciprés, sombra bendita
dan á la tumba donde el héroe habita
el sueño de los mártires durmiendo.

“Murió” dice el ciprés al peregrino;
y vueltas á la luz del sol fecundo,
las ramas dicen del laurel divino:

“No ha muerto; vive aún para la gloria;
que cuando todo pasa en este mundo,
es eterna del Héroe la memoria”.

SIN CONOCERTE

*En el álbum de la señora Dña.
Cecilia del Castillo de Tray.*

Ave en los aires perdida,
Hoja que arrebatara el viento,
Alga del mar sin asiento,
Triste errante trovador;
Ráfagas, alas y ondas
Hoy hasta tí me han traído
A rendirte este debido
Tributo de admiración.

Nunca te vieron mis ojos,
Jamás escuché tu acento,
Ni me bañó tu talento
Con su divino fulgor;
Nunca te ví, pero el alma
Te adivinó soñadora,
Al saber que eras, señora,
De otro bardo inspiración.

¿Qué más saber necesito
Para saber que eres buena,
Hermosa, pura, serena,
Toda amor, toda virtud?
Qué más saber necesito
Al saber que del poeta
Llenaste la mente inquieta
Toda fuego, toda luz!

Esperanzas inmortales,
Espléndidas ambiciones,
Sublimes aspiraciones,
Sueños de gloria sin fin!...
Todo eso has realizado
Para el poeta señora,...
Qué más necesito ahora
Para conocerte, dí?...

Yo también, bardo errabundo,
Peregrino de la vida,
Con la esperanza encendida
Corro tras un ideal;
Un ideal como el suyo
Que paz y amores respira,
Una creación de la lira
Que aún no he podido encontrar.

Por eso también comprendo
Tu belleza, tu alma pura
Y la suprema ventura
Que sus sueños coronó;
Y siento surgir del pecho,
Unidas en lazo doble,
Por él mi envidia más noble
Y por tí mi admiración!

TRIBUTO

(En un Album).

Tiene la tierra flores,
Tienen los cielos astros,
Tienen los astros luz,
La primavera cantos
De amor y juventud.

Tiene el diamante brillos,
Tiene la flor del valle
La magia del color—
Los bosques tienen aves
Y el ave su canción.

Pero en el alma humana
Hay más que todo eso:
Hay de virtud la miel,
Hay nobles sentimientos,
Hay el amor del bien;

Hay lo que en tus altares,
Como sencillo incienso,
Hoy vengo a tributar:
Admiración, respeto
Y profunda amistad.

SEMPER!

Cuando su imagen, en sueños,
Se acerca á mi cabezal,
Sonriendo enamorada
Como en los tiempos de atrás,

Despierto en honda agonía
Y rompo luego á llorar,
Porque entonces es cuando mido
La intensidad de mi mal.

Despierto, y del fondo oscuro
De mi alma surgiendo van
Los recuerdos de una dicha
Que no ha de volver jamás;

Y surgen unos tras otros,
Desde el primero al final,
Y me asaltan y me agobian,
Y me dicen mi orfandad;

Y en vano lucho, y en vano
Los quiero de mí alejar,
Que los recuerdos del alma
Cuando vienen no se van. . .

Recuerdo entónces el día
(Día feliz, en verdad,
Porque entónces ni lloraba
Ni comprendía el llorar)

En que mis ojos la vieron
Como al soñado ideal,
En que me vieron sus ojos
De celeste claridad;

Y me parece que aun siento
Su grata voz musical
La tierna frase primera
De su pasion murmurar...

Recuerdo las dulces horas
De rauda felicidad,
Que vinieron, venturosas,
Nuestro anhelo á coronar,

Cuando sus ojos brillaban
Con el fuego del volcan,
Y se teñian sus labios
Con el matiz del coral,

Y se abultaba su seno
Como las ondas del mar
Levantadas por la fuerza
De eléctrica tempestad.

Y en lazo ardiente y estrecho
Que yo juzgaba inmortal,
Me suspendian sus brazos
A los cielos del Koran!...

Recuerdo el llanto que vía
Por su mejilla rodar,
Cuando una sombra de celos
Empañaba su ideal...

Lágrimas que yo secaba
Con besos, lágrimas, ay,
Que yo en gozo convertia
Con sonreirle no más!...

Recuerdo el día en que fuimos
A la orilla de la mar,
Y, fijando la mirada
En la azul inmensidad,

Enseñándome la onda
Que á besar el arenal,
Amorosa, viene y vuelve
Sin fatigarse jamás.

“Así es mi amor”, me decía,
“Como esa onda inmortal,
Tú eres la playa adorada
Eternamente, yo el mar”.

.....

Recuerdo la pena aguda
Que me heria el pecho allá
Léjos, en tierras extrañas,
Léjos de ella y de mi hogar.

Quando el deber me arrancaba
De su lado, sin piedad...
Ay! entonces, cuánto duelo!
¡Cuánta angustia! cuánto mal!

Mas despues, cuánta alegría
De esas que no tornarán,
Quando de vuelta, en sus brazos,
Me hacía el gozo llorar!...

Recuerdo tambien el dia
En que una nube fatal
Vino sobre nuestro cielo
A anunciar la tempestad;

Y por fin, —Piedad, Dios mio!
Para colmo de mi mal,
Recuerdo que... Nada, nada...
Nada quiero recordar!

SUEÑO

Bella como la diosa del Egeo,
Casta como la mística María,
Noble como la excelsa Poesía,
Tierna como los sueños del deseo;

Así la he concebido, así la veo
En los sueños de amor del alma mia,
Dulce, brindando el triunfo y la alegría,
Reina gentil del ideal torneo.

¡Oh, no despiertes, nó; sigue soñando
Y amando, o alma, al noble sér que viste
En tu sueño brotar, celeste y blando.

No quieras despertar, o alma inquieta:
Esa ideal quimera sólo existe
En los divinos sueños del poeta!

LA OCASION

Más de una hora en el jardín sombrío
estuvimos los dos,
y llenos de ternura, platicamos
de nuestro dulce amor.

Cien veces nos juramos uno a otro
nuestra eterna pasión...
Más de una hora en el jardín sombrío
estuvimos los dos.

Pasó de la ocasión la diosa rara,
voluptuosa y veloz,
nos vió de pie, diciéndonos ternezas,
y, riendo, se alejó!

A LESBIA

Como rosas
son tus labios...
con su esencia
van sus dardos.

Son tus ojos
como el rayo...
iluminan
abrasando.

En tu pecho
mar de encantos...
Quien lo surca
¡pobre náufrago!

¿Lo que digo
juzgas falso?
¿Crees, o Lesbia
que te engaño?

Pues escucha:
soy el árbol
que incendiaste
con tus rayos.

Soy el pecho
lacerado
de tus rosas
por los dardos.

Soy la nave
del naufragio
de tus gracias
en el lago.

Y ya, Lesbia,
que mis labios
mi secreto
revelaron,

No te enojés;
al contrario,
calma, Lesbia,
mis quebrantos.

TE AMO

Te amo! ¿Sabes, mi vida,
lo que encierra esa palabra
cuando el labio la pronuncia
bajo el dictado del alma?

Te amo! ¡La vida entera,
las ilusiones, las ansias
del corazon que suspira
en esa frase se exhalan!

“Te amo”, dice: eres bella
como la vírgen soñada
como el ideal divino
que el bardo lleva en el alma,

“Te amo”, dice: eres pura,
como la nieve sin mancha;
sencilla cual la violeta,
como la azucena, cándida.

Te amo! esa voz anuncia
todo cuanto el pecho guarda
de ternuras y creencias,
de alegrías y esperanzas;

Urna en que yacen unidas
las sonrisas y las lágrimas;
secreto de la existencia
y de los sueños alcázar;

Que amor, bien mio, es trocarse
en ave de plumas raudas,
y en los espacios celestes
batir las serenas alas;

Y meciéndose en las ondas
de la atmósfera azulada,
teñirse en la luz del íris,
con los cambiantes del nácar;

Después, en rápido vuelo,
rasgando la etérea gasa,
remontarse hasta las puertas
del palacio de las almas;

Y allí, revolando en torno
de la celestial entrada,
oir las notas divinas
de las seráficas arpas.

Luego bajar á la tierra,
en la luz de la alborada,
y de un árbol florecido
posarse en las verdes ramas;

Y allí cantar, al glorioso
resplandor de la mañana,
las alegrías del cielo
y la fiesta de las almas.

Eso es amar, vida mía,
con el amor que no pasa;
como se aman los buenos,
como "te amo" y me amas,

¿Comprendes, mi bien, ahora,
lo que encierra esa palabra
cuando la pronuncia el labio
bajo el dictado del alma?

AMOR;

Yo feliz!... Yo en la aurora!... Yo adorado!...
Oh! qué dulce mentira!... Nadie sabe
Que en este triste corazón no cabe
El tesoro de amor, sino soñado!

Soñar! siempre soñar! y luego... luego
A la triste verdad abrir los ojos!...
Soñar con el placer, y hallar enojos,
Soñar la luz, y despertarse ciego!

Yo dichoso y amado!... Si pudiera
Alguien bajar al fondo de mi alma,
Al verla aislada, sin amor, sin calma,
Perdida la ilusión, retrocediera!

Ah! tú no lo comprendes... no imaginas
En tu risueña juventud de lirio,
Que es para el alma roedor martirio
Rosas sembrar y recoger espinas:

Mas ay! tal vez un día infortunado
Sabrás, mi dulce bien, cuánto te he amado!...
Sabrás entonces lo que nadie sabe:
Que en este triste corazón no cabe
El tesoro de amor, sino soñado!

MI DICHA

“¿Por qué así nos esquivas?... ¿Qué te han
(hecho

Las que fueron ayer tus compañeras,
Ambiciones, y glorias, y quimeras
Que hervían tumultuosas en tu pecho?

Vuelve, vuelve otra vez al blando lecho
De los ardientes goces"... Así, arteras,
Mis pasadas locuras lisonjeras,
Me tienden de su red el lazo estrecho.

Mas yo, cansado de mentira y dolo,
Les niego en mi alma el demandado asilo;
Que para ser feliz me bastan sólo,

La de mi corazon paz deleitosa,
El aire puro de mi hogar tranquilo
Y el casto amor de mi sencilla esposa.

CONSUELO

*A la Sra. Doña María de Haro
Gad (En su lecho de dolor, al en-
viarle la colección de los clásicos
españoles).*

A tí, el orgullo del solar natío,
Timbre viviente de tu noble historia,
Y más que orgullo, para mí, y que gloria,
Musa y esposa del hermano mio!

El libro excelso que á tus piés envío
Acoje, bondadosa, en tu memoria,
Y viertan en tu pena transitoria
Sus páginas de luz bálsamo pio,

Que á la que es del amor vaso fragante
Y del canto inmortal vivo modelo,
Al verse léjos del esposo amante,

Triste y sumida en su dolor, á solas,
Solo pueden brindar puro consuelo
Las inmortales musas españolas.

LUZ REFLEJADA

Es á mi alma tu cariño santo
lo que el tibio fulgor
del astro de la noche es á la tierra:
un saludo tristísimo del sol.

Del sol ausente que al planeta envía
su nocturnal adios,
al satélite haciendo mensajero
de su ardiente, lejano resplandor.

Yo soy la opaca, la errabunda esfera
que va del sol en pos;
tú, la luna serena que recibe
del sol de mi ideal la irradiacion!

VIDA Y MUERTE

(Imitación del árabe)

I

Nació en Oriente un sol esplendoroso,
en la verde arboleda un rui señor,
en vibradora cítara un sonido,
y tú en mi corazón!

II

Murió el astro en las sombras de la tarde,
en jaula de oro el ave pereció,
la melodiosa nota en el silencio,
y yo en tu corazón!

IN COELO

De amor y de congojas
yacía muerto,
sepultado en la tumba
de su recuerdo.

Un día en que vagaba
su pensamiento
por entre los sepulcros
que guarda el pecho,

Al acercarse al mío
pensó un momento,
y derramó una lágrima
sobre mis restos. . .

Alcéme de improviso
de entre los muertos,
y en sus radiantes ojos
ví el cielo abierto.

Fué de mis amarguras
el alto premio;
desde esa hora de gracia
vivo en el cielo!

PENSANDO EN TI

Como un meteoro que en raudo vuelo
pasa, de lumbre bañando el cielo,
ante mis ojos apareciste
por vez primera, niña gentil...
y al alejarte, quedéme, triste,

Pensando en tí.

Ví la sonrisa del sol naciente;
ví sus reflejos en Occidente,
cuando reclina la sien, rendido,
sobre cojines de oro y zafir...
y ambas escenas me han sorprendido

Pensando en tí.

¡Ah! no es de ahora que por ti el alma,
de amor henchida, perdió su calma;
que allá en mis sueños, ántes de verte,
ya te adoraba mi alma feliz;
y así vivía, sin conocerte,

Pensando en tí.

Sí; te recuerdo desque era niño;
tú eras el ángel de alas de armiño
que me anunciaba la madre mía
cuando en sus brazos me iba a dormir.
Y, sin saberlo, me adormecía

Pensando en tí.

Ah! si entre zarzas, oculta y fría,
junto á una tumba pasas un día,
y en ella miras mi nombre escrito,
dí que mi alma, niña gentil,
tendió sus alas al infinito

Pensando en tí.

TUS OJOS

Entre mi vida de enojos
y tus clarísimos ojos,
hay una gran relacion:
pues son, en su semejanza,
grandes como mi esperanza,
negros como mi afliccion.

LA MUJER

Ved esa frente en que la paz del cielo
Parece reflejar su luz tranquila;
Ved ese rojo labio que destila
La suave miel del inmortal consuelo;

Ved ese rayo que detiene el vuelo
De los sueños de amor en su pupila,
Y ese trémulo seno que, alto, oscila
Al dulce imperio de celeste anhelo!...

¿Qué es lo que ensancha esa divina frente?
¿Qué es lo que enciende esa ideal mirada?
¿Qué es lo que agita ese nevado encaje?...

Amor, direis, la inspiracion ardiente
Al ideal soñado... nada, nada:
Una cinta, un sombrero, un nuevo traje!

LA HERMOSA

En la mirada el resplandor que ciega,
en la mejilla el tinte de la rosa,
en la cerviz la alteza de la diosa
viva en el mármol de la estatua griega.

Olímpico desden su labio plega
de encendido carmin, y cuando airosa
mueve la planta, es leve mariposa
que entre las flores revolando juega.

Segura de su fuerza y su victoria,
sabiendo que á sus piés de una mirada
al grande postra y al pequeño abisma,

cierra su pecho á la amorosa gloria,
niega en su alma á la ternura entrada
e incapaz de otro amor, se ama á sí misma.

LA FEA

Nególe sin piedad Naturaleza
de la mirada el resplandor divino
de la mejilla el tinte purpurino,
y del arqueado labio la pureza.

Nególe de las líneas la nobleza,
la redondez del cuello alabastrino
y el conjunto armonioso y peregrino
que a las formas imprime la belleza.

Legada de los hombres al desprecio,
y herida en su altivez de las hermosas
por la falsa piedad y la ironía,

quédanle sólo en su infortunio recio
dos sendas nada más, ámbas forzosas:
ó ser angel de paz ó ser harpía.

O BELLA O MADRE

No es ser del arte fúlgida eminencia,
ni del saber excelsa luminaria,
ni avara consagrarse y mercenaria
del tráfico vulgar á la existencia.

No es tampoco aspirar á la potencia
que da el genio ó la espada sanguinaria,
ni ménos, ay, en celda solitaria
sacrificar á Cristo su inocencia.

No es ese, no, cual necio lo pretende
el siglo actual, de la mujer mudable,
débil, celosa y frívola el camino.

Su fuerza solo del amor depende,
su gloria, del hogar que la hace amable,
que ó ser bella ó ser madre es su destino!

TRONO Y TUMBA

La vieja Europa, en su fatal desvío,
en la tierra del Sol pone la planta,
y el trono de un extraño allí levanta
como un fantasma de terror, sombrío.

De Cuautimoc el vástago bravío,
¡Juárez el inmortal! noble adelanta,
y en la frente del mísero quebranta
de su patria infeliz el yugo impío.

El trono del Tudesco se derrumba,
y en su lugar, cual tétrica memoria,
hoy señala la América una tumba:

Tumba y altar de un mártir soberano,
mengua y baldon de la francesa historia,
gloria y honor del pueblo mexicano.

A LA LIBERTAD DEL VIEJO MUNDO

“Libre ha de ser el mundo!
No más cetros de reyes en la tierra!
Al ambicioso despotismo, guerra!
Y al hálito fecundo
De Libertad y Gloria,
Torne la luz de la pasada historia!”.

No más, no más nobleza
Que la virtud del alma y el talento!
Y señor de la tierra, el pensamiento
No rinda su altiveza
Sino ante el ara santa
Que el libre a Dios y a la Libertad levanta!”.

Así dijiste un día,
Vasta rejion, antiguo continente!
Y al sacudir la esclavizada frente,
La odiosa gerarquía
De nobles y de reyes,
Se hundió en el polvo ante las nuevas leyes!

El torpe vilipendio
Del derecho divino huyó del ara
Que el fanatismo corruptor le alzara;
Y á la luz de tu incendio,
Con asombro profundo,
Los derechos del hombre leyó el mundo!

.....
.....

Mas, ay! ¿Qué eres ahora?...
Tú, noble Europa, tú que con tu ejemplo
Nos condujiste un día al santo templo
En donde el hombre adora,
Como de Dios la esencia,
La dulce, la adorada independenciam!

¿Do están de tu preclara
 Y poderosa Francia, nunca vistas,
 De Libertad y Gloria las conquistas?
 El sol que te bañara
 Un día en sus fulgores,
 ¿Donde ha ido a ocultar sus resplandores?

Ay! desde que indolente,
 Al pié de tus laureles te dormiste,
 De la negra ambición víctima fuiste...
 Y huyeron de repente
 Los tiempos de Venecia,
 Y la gloriosa edad de Roma y Grecia!

.....

“Soy, dirás, poderosa,
 Nadie puede alcanzar a mi grandeza:
 Vivo entre el esplendor de la riqueza,
 Y la frente orgullosa,
 Por los altos espacios,
 Alzan mis torres, templos y palacios!”.

“La fama y los honores,
 Las industrias, las ciencias y las artes,
 Brotan en mi redor por todas partes;
 Y tengo por señores
 Enaltecidos reyes
 Cuyo poder ignora el de las leyes”...

Mas, aunque de topacios
 Y de oro sean tus cadenas, dime,
 Y te dé el poderoso que te oprime
 Por prisiones palacios
 Que levantó el progreso, ...
 ¿Esclava dejarás de ser por eso?...

¿Qué importa que tus lares
Adornen maravillas y portentos,
Si al pié de tus suntuosos monumentos,
Y junto a los altares
De tu ciencia sublime,
Encadenado, el pensamiento jime?

¿Los laureles que mece
En tus tronos el soplo de la gloria,
De que sirven, y el brillo de tu historia,
Si detrás aparece
De tu dorado yugo,
La figura siniestra del verdugo?

.....

Ah! deja esa nociva
Atmósfera sin sol, sin horizontes...
Que águila eres de los altos montes,
Y del águila altiva
No es doblegar las alas,
Ni al peso mismo de imperiales galas!

Es, sí, volar bravía,
A la alta cima que a las nubes toca,
Tomar aliento en la empinada roca,
Y en la extensión vacía,
A través de la bruma,
A la extensión del sol tender la pluma!

Levanta, pues, el vuelo,
Y si temes aun, si ántes deseas
Pábulo dar y fuerzas jiganteas
A tu ardoroso anhelo;
Ven, viejo continente,
Y mira a la región del Occidente:

La tierra americana

Aquí se ostenta, seductora y bella,
 Como en sereno cielo rubia estrella
 De lumbre soberana,
 Mecida entre cicales,
 Entre espumas, y perlas, y corales

En ella aun no se elevan
 De tu rico progreso los altares;
 No cruza el cable sus estensos mares,
 Ni sus corrientes llevan,
 Ni sus anchas rejiones,
 El humo del vapor a otras naciones.

Pero en sus campos vuela,
 Libre como la luz, el pensamiento;
 Que en ella alzó la Libertad su asiento,
 Y todo lo revela:
 El bruto en sus llanuras,
 Y su altivo condor en las alturas!...

Ah! Si quieres, Europa,
 Subir de gloria a la elevada cumbre
 Y al mundo aparecer bañada en lumbre,
 De Libertad la copa
 Bebe, sierva Sultana,
 Que hoy te brinda la historia americana!

Entonces serás grande;
 Entonces te alzarás en raudo vuelo,
 Cual se levanta en el zafir del cielo
 La cúspide del Ande;
 Porque es la independenia:
 El progreso, la luz, y la potencia!

Entonces, ya la nave
No serás en el puerto aprisionada,
Y por ráfaga audaz tu lona hinchada,
Volarás como el ave
Por las olas violentas,
El rayo desafiando y las tormentas!

Ah! rompe, rompe el yugo!
¡La República, Europa,—esa es la idea
Que Dios guardó en su mente gigantea!
No más, no más verdugo!
Y libre de tiranos,
Titúlanos, Europa, tus hermanos...

.....
Bate, bate las alas,
Aguila altiva de los altos montes!
Contempla los inmensos horizontes,
Y en las etéreas salas,
A través de la bruma,
Hasta el trono del sol tiende la pluma!

A UN TIRANO

¿Por qué la patria sumergida en llanto
Por su preciosa libertad suspira?
Por qué infeliz, entre congojas, mira
Roto en girones su estrellado manto?

¿Por qué en vez de ceñir el lauro santo,
Ciñe la adelfa que tristeza inspira?
Por qué de gloria en su armoniosa lira
Solo vibra la nota del quebranto?...

Es porque un día te confió su honra
La virgen Venezuela... y su inocencia
De ignominia cubriste y de deshonra...!

¡Atrás, profanador! La frente impía
Ve en el lodo á ocultar de tu conciencia,
Y no avergüences más la patria mía!

TIENEN RAZON

A un tirano.

Tienen razón! se equivocó mi mano
Cuando guiada por noble patriotismo,
Tu infamia tituló de despotismo,
Verdugo del honor venezolano!

Tienen razón! Tú no eres Diocleciano,
Ni Sila, ni Neron, ni Rosas mismo!
Tú llevas la vileza al fanatismo...
Tú eres muy bajo para ser tirano!

“Oprimir á mi patria”: esa es tu gloria,
“Egoísmo y codicia”: ese es tu lema
“Vergüenza y deshonor”: esa es tu historia;

Por eso, aún en su infortunio recio,
Ya el pueblo no te lanza su anatema...
El te escupe a la cara su desprecio!

EPISTOLA

Al Redactor de El Federalista.

Cambió la suerte? Válgate la
(maña
Adula al poderoso, intriga, sopla,
Y tendrás, Fabio mío, una cucaña,

M. Breton de los Herreros.

Perdona mi lenguaje franco y rudo
El tono familiar y no te ofenda
Cuando apénas cruzamos un saludo

Y, más aun, cuando en tu noble senda,
No te voy á ceñir de rosa y nardo,
Sino á echarte una fuerte reprimenda

¿Cómo te has atrevido, buen Ricardo,
A hablar aquí de *unión* y de *progreso*?
¿No ves que eso es pedir rosas al *cardo*?

Dime ¿has perdido por ventura el seso,
Que te pones á hablar de garantías
Y de cuestiones otras de gran peso?

¿No ves que esas pueriles fruslerias
Son indignas del alto periodismo
Ya tan adelantado en nuestros días?

¿Cómo la voz del noble patriotismo
Te has atrevido levantar, y luego
La torpeza, criticas y el civismo?

¿Cómo te das a defender con fuego
La causa del honor venezolano?
¿Estás acaso, buen Ricardo, ciego?

¿Cómo pretendes, cruel é inhumano,
Causar nuestra desgracia, dando vuelo
A la causa del pueblo soberano?...

Perdona que te diga sin recelo
Que vas desorientado en tu camino
Y que te engaña tu ferviente celo.

Deja a un lado la patria y su destino;
Pára un instante el curso de tu pluma
Y escúhame, inocente granadino:

¿Quiéres llegar á la grandeza suma?
Quiéres verte flotando en los honores
Como en el mar la delicada espuma!

¿Quieres que lluevan sobre tí las flores
Y, abriendo un palmo de admirada boca,
Te miren *Generales y Doctores*?

¿Quieres que llegue tu fortuna loca
Hasta abrirte las puertas del santuario
Donde tan solo el escogido toca?

De ese *sancta sanctorum* del erario
Al cual aproximarse sólo es dable
A uno que otro feliz *recipiendario*?

Pues nada más sencillo y practicable:
Predica la discordia y la anarquía
Y dí que toda unión es detestable.

Agita con calor, con saña impía
Al pabellón del odio y los recores,
Y llama al patriotismo *tontería*

Habla de los políticos colores
Con encendida rabia y torpe boca,
Y pide sangre, cárceles y honores.

Di que romper las leyes es bicoca,
Que el pueblo es *carne de cañón*; que muera!
Que el negro patricidio es cosa poca.

Llama al contrario en opinión, *pantera*,
Canalla, *torpe vándalo*, *villano*...
En fin, ya tu conoces la manera.

Si por desgracia quiere el hado insano
Que al son de los tambores y del pito
Se maten el hermano y el hermano;

Si los tuyos triunfaron, alza el grito
De la victoria hasta el inmenso cielo,
Y si fueron los otros... chito, chito.

Si con algún novel escritorzuelo
Una cuestión emprendes de política
Desprecia de *Carreño* el gran modelo.

El insulto soez sea tu crítica,
Y tu escojido texto el Diccionario
De la insolencia mísera y raquítica.

Aplaude á troche y moche lo arbitrario,
Y si quieres que el mundo te celebre,
Maneja con destreza el incensario.

En fin, rebuzna con ardiente fiebre,
Cual rebuzna, creyéndose un artista,
Pacífico jumento en su pesebre,

Que no de otra manera a periodista
Ha podido llegar tanto palurdo,
Ni tanto saltabancos a estadista:

Perdona, buen Ricardo, si te aturdo
Pintándote las cosas de mi tierra,
Tierra de tanta luz... y tanto absurdo!

Pero, todo es verdad, los ojos cierra
Y sigue mis consejos... tú me entiendes,
Que el que sigue consejos nunca yerra.

Confiando, pues, Ricardo, en que te enmiendes
Levanto aquí la pluma hasta otro día;
Y si no fuera por... tú me comprendes...
Cuántas otras cosillas te diría!

TRADUCCIONES

THE ALBION CHURCH

¡VENUS VICTRIX!

(La Venus de Milo)

...*Volge sua sfera e beata si
gode. Dante-Div. Com.*

(¡*Salve Regina!*)

Bendito seas, labrador heleno,
y bendita la azada
con que del hondo seno
de la tierra olvidada
la deidad arrancaste al mundo oculta
tras veinte siglos de ignorada fosa
do yaciera sepulta
la suspirada, vencedora diosa!

Merced a tí, la idea
de la belleza augusta y soberana,
con su fulgente, luminosa tea,
a iluminar volvió la mente humana;
y el mundo de la plástica, que había
casi olvidado el tipo de lo Bello,
volvió a encontrar su guía,
su Reina, ante la cual hoy dobla el cuello!

¡Cuánto altar en rüina!
¡Cuánto prestigio humano
resuelto en humo vano
ante su sola aparición divina!...
Con el rostro en la tierra, desde el ara
los ídolos cayeron en el templo,
y las que fueron de hermosura ejemplo,
la de *Médicis* rara,
la radiante de luz del *Capitolio*
y la de *Arlés* serena,—de su solio
bajaron a rendir pleito homenaje
a la reina dos veces victoriosa,

a la triunfante diosa
que al surgir de la tierra, en vasallaje
a todas las demás dejó en el mundo.

Y a negárselo ¿quién se atrevería?...
¿Cuándo, cuándo, decid, en tan profundo
abismo impenetrable de armonía
se aventuró jamás la fantasía?...
¿Dónde está la criatura predilecta
del cielo que jamás recreó los ojos
en forma de pureza más perfecta?

(¡*Gratia plena!*)

¡Misterioso poder de la hermosura!...
—¿Queréis del mundo impío los enojos
y el engaño olvidar y la amargura?...
—Vedla, miradla, contempladla en calma...
Ved sus cabellos ondulantes, suaves,
con negligencia atados en dos graves
trenzas que cortan la apacible frente
 en espejo laciente
 do se refleja el alma
 y la morada eterna
del pensamiento olímpico, sublime!...
Ved esos ojos, por la sombra tierna
de las cuencas veladas, que la externa
ceguedad de los dioses les imprime;
 cuya mirada interna
el mundo de las formas abandona,
y recogiendo en fúlgido tesoro
toda su luz, con ella en rayos de oro
el invisible sér baña y corona.
Ved como, en línea recta,
que es el rasgo feliz de la perfecta
belleza, a la facción del alma asiento
se junta la nariz de castas líneas,

y como de aquel labio fino y puro
cortado por el ténue claro-oscuro
del superior se exhala el dulce aliento
de las vidas eternas y virgíneas!

La increada belleza,
cual manantial de luz clara y fecunda
nace de aquella divina cabeza
y en ondas de armonía el cuerpo inunda.

Del cuello recto y firme el soberano
reposo de alta majestad no turba
la que del cisne el escultor profano
prestó a sus dioses ondulante curva.

Estrechos, por contraste,
desarrollan los hombros la armonía
del inefable seno,
digno de dar en opulento engaste
molde a las copas del altar heleno;
seno por siempre virgen, dó podría
el grupo de los hijos de Niöbe
libar sin deslustrarlo y que el agravio
no recibió jamás de amante labio,
ora de ser mortal,—ora de Jove!

.....
Mas, cese tu osadía,
que pretender con impotente pluma
describir la armonía,
la perfección de la Belleza suma,
absoluta y sublime,
quizá, torpe, la ofenda y la lastime!

(*Innominata*)

La hermosura sublime es inefable;
y para alzar, sin mengua,
de lo debido al numen innombrable,
ante su altar el himno de victoria,

fuera de Homero y Sófocles la lengua
única digna de tan alta gloria!
Que sólo en la amplitud del ritmo heleno
a lo profano ageno
y de lo puro norma,
cabere pudiera como en molde santo,
la sacra perfección de aquella forma!

.....

Nó!—En la lengua profana
no hay palabra, ni acento que posea,
ya en frase oral o melodioso canto,
el dón de presentar ante la idea
la majestad tranquila y soberana
de aquel mármol tres veces sacrosanto;
ni la atracción que ejerce, temerosa,
ni el tierno y magno a un tiempo, que revela,
ideal en que el alma sube y vuela!

—

El rostro virginal de aquella diosa
que en su cándida frente nada finge,
es menos misterioso que el ambiguo
semblante del Efige
del Universo antiguo;
vista de un lado, suave,
blando perfil presenta;
del otro el labio grave
el contorno recoge y del enojo
la desdeñosa oblicuidad ostenta
como si reto audaz lanzase el ojo...

—

(*Victrix*)

Mas, ah! vedla de frente!... su radiante
rostro sereno sólo el triunfo expresa
y el colmo de la dicha!—Un solo instante
duró la lucha: su gloriosa presa,
su vasto imperio, al ascender del fondo

del líquido zafir, de una mirada
 ha medido la reina victoriosa,
 VENUS la augusta, la invencible diosa!
 Con sagrado temor felice y hondo
 divinos y mortales la rodilla
 inclinan ante su almo poderío!...
 Ya la playa tocó; ya, sola, brilla
 de pie cabe la espuma
 en toda la extensión del horizonte
 sin rival ostentando al culto pío
 de la Belleza Suma
 su desnudez divina,
 casta, feliz, austera y peregrina!...
 Que no de Anacreonte
 es ella la ciprina
 deidad de los eróticos ardidés
 que blanda acoge, cual propicio y fausto
 en las impuras lides,
 de las aves de amor el holocausto.

(*Urania.*)

...¡Oh, no manchéis la fimbria de su veste
 con semejante insania!...
 —Es la Venus Urania,
 —es la Venus Celeste!...

La siempre deseada, poseída
 JAMAS!—Fuerte y eterna
 cual la atracción generadora y tierna
 de la cual es su sér numen sereno,
 y absoluta y sin fin como la vida
 cuyo fuego central lleva en su seno;
 VENUS, cuya sandalia
 besa Platón divino cuando sueña
 su ideal sin mancilla—y cuyo nombre
 sirve de “Santo y Señá”
 a aquel Sér mitad-númen, mitad-hombre,
 la vispera gloriosa de Farsalia!

(*Praxisteles*)

PRAXITELES!—Borremos ese nombre
 del zócalo sin mancha de la diosa!
 El llenó del sensual amor del hombre
 el mármol que de Fidias la grandiosa
 inspiración bañara en lo divino!...
 La llama es Ella que conserva y crea,
 la que inspira la idea
 de los heroicos hechos;
 todo cuanto palpita
 de noble y justo en los humanos pechos,
 la chispa creadora,
 la sublime molécula que agita
 el barro terrenal de las pasiones,
 la rauda luz de aurora
 que, en la tiniebla de la mente humana,
 nos revela y anima a las acciones
 nobles y generosas, TODO emana
 de su inefable centro: la Belleza!...

Venus celeste y santa
 en torno de la cual, dejando rastros
 de luz, gravitan rítmicos los astros,
 y en curvas armoniosas de pureza,
 gira el globo feliz bajo su planta!
 ¡Oh, no!—del Parthenón contemporánea
 y de prístino origen apolino,
 es la sublime Venus coetánea
 de las griegas deidades, a la vida
 por concepción espiritual nacida.

No hay un átomo, uno,
 de carne vil en la gloriosa y pura
 piedra de donde brota su hermosura;
 jamás modelo alguno
 de humana criatura
 sirvió de guía al venturoso artista
 cuando al potente choque
 del divino cincel surgió a su vista
 la Belleza Ideal, del duro bloque;

En aquella semblanza
ninguna semejanza
se refleja; aquel cuerpo en que se anuncia
la gracia por la fuerza revestida,
al surgir a la vida,
inmaterial generación denuncia;
que oriunda es del lejano tiempo histórico
cuando el arte escultórico
tan sólo producía,
en ideales, plásticos portentos,
tipos de perfección y de armonía
y eternos inmortales pensamientos.

.....

—

(*Revelatrix.*)

Oh, diosa!... oh, luz!... Consolación del triste!
...—¡Gracias!—Un sólo instante
a los ojos del hombre en el radiante
fulgor de tu verdad apareciste
y dado nos ha sido
contemplar esa luz de un tiempo ido!...
Tú has levantado un ángulo del manto
que el Edén nos velaba de la Grecia,
cuando al temprano sol del arte santo
el hombre a las entrañas de la recia
materia adormecida
arrancaba los dioses!... ¿Qué avenida
de siglos, qué sendero
debiste recorrer, celeste Urania,
para así presentarte,
como feliz revelación del arte,
ante el cerebro humano,
después que el mismo Homero,
con olímpica insania,
tu augusta sombra deslizó en la artera
red en que sorprendiera
a la consorte adúltera Vulcano?

¿Y osaré yo, mezquino,
invisible gusano,
ante el ciego divino
cantar tu gloria? . . . Oh, nó!—que no poséo
la lira de tres cuerdas con que el divo
padre del arte, Orféo,
hiciera un tiempo, grave y expresivo,
resonar del Euxino al Helesponto
los valles sin rumor del mundo nuevo!

(*Ex-Tripode*).

Mas, si no en el sagrado
tricorde vibrador el plectro nuevo,
con el derecho altivo
del bardo, mares y épocas trasmonto,
y desde el olvidado
trípode secular de lo pasado
a predecir me atrevo
oh, diosa, que tu tipo primitivo
va a corromperse, a degradarse pronto! . . .
Los del bello ideal nobles atletas,
olímpicos poetas,
enervarán su inspiración divina
cuyo origen remonta
al centro de tu luz, en las banales
molicias de Amatonta,
y dados al amor de la ciprina
fascinadora Venus Citeréa,
en ficciones sensuales
profanarán tu idéa
y harán rodar tus miembros virginales,
manchados, prostituidos y maltrechos,
por todos los del vicio infames lechos!—
. . . Los reyes del cincel en cortesana
te trocarán y en lúbrica bacante;
y con mano profana
y paso vacilante,
olvidados del culto

de todas las celestes armonías,
 para colmo de insulto
 te arrastarán a todas las orgías
 del mármol y del bronce; tu figura
 noble, virgínea y pura,
 en donde se retrata,
 como en bruñida lámina de plata,
 la luz de las divinas beatitudes,
 plegarán, en su afán de formas varias,
 a innobles, a lascivas actitudes;
 y en tu cuerpo, dechado
 de castidad, con el cincel manchado
 el alma insinuarán de las Hetarias!...
 VENUS va a sonreír!—Del baño reina
 ya sale, ya se enjuga, ya se peina,
 ya al espejo se mira, ya una rosa
 apenas entreabierta
 se prende a los cabellos, ya se jacta,
 viéndose descubierta,
 de casta y pudorosa...
 Mas,—¿qué te importa, oh, diosa!
 Tu sales siempre intacta
 e ignorante, a la par, de tanta impía
 profanación sacrílega del día!—

—
“Volge sua sfera e beata si gode”

Que eres tú semejante
 a la FORTUNA que el divino Dante
 nos hace ver en su inmortal Poema
 la rueda volteando como emblema
 de la Justicia celestial, los males
 derramando y los bienes
 sobre el grupo infeliz de los mortales
 en misteriosa proporción—hay quienes
 le lanzan su anatema,
 quienes su bendición, mas Ella, en calma,
 soberana entre todas las criaturas,
 caso ninguno hace

de blandos ruegos o amenazas duras,
y en la tranquila beatitud de su alma,
en dar vuelta a la esfera se complace!

.....
Así, también, en tu inmortal pureza
baña su amor el corazón que ama,
o el pecho corrompido en tu belleza
casta corre a encender su impura llama;
mas ver no puedes de la torpe injuria
desde tu erguido pedestal las huellas,
ni alcanzará jamás la vil lujuria
a mancillar tu zócalo de estrellas.

Así, tú, recogida
dentro de tu propia esencia sacrosanta,
númen de Amor y perfección y vida,
serena ves girar y complacida
la esfera sideral bajo tu planta!

Caracas, 15 de febrero de 1890.

EL CUERVO

Traducción de Edgar Poe.

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente

á mi puesta oí llamar;

como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
mano tímida á tocar:

“Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta:
eso es todo, y nada más!”

Ah! bien claro lo recuerdo: Era el crudo mes del hielo,
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.

¡Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar

tregua á la honda desventura de la muerta Leonora,
la radiante, la sin par

virgen rara á quien Leonora los querubos llaman—hora
ya sin nombre... nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavoras,
de tal modo que el latido de mi pecho palpitante
procurando dominar,

“Es, sin duda, un visitante” —repetía con instancia—
que á mi alcoba quiere entrar:

un tardío visitante á las puertas de mi estancia...
eso es todo y nada más!”

Poco a poco, fuerza y bríos fué mi espíritu cobrando:

“Caballero, dije, ó dama: mil perdones os demando;
mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,

y con tal delicadeza y tan tímida constancia
os pusisteis a tocar”,

que no oí, dije—y las puertas abrí al punto de mi estancia:
¡Sombras sólo y... nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,
quedé allí—cual antes nadie los soñó—forjando sueños;
mas profundo era el silencio, y la calma no acusaba
ruido alguno... resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja á aquella hora
yo me puse a murmurar,
y que el eco repetía como un soplo: Leonora!...

Esto apenas—nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia:
“De seguro—dije—es algo que se posa en mi persiana;
pues, veamos de encontrar
la razón abierta y llana de este caso raro y serio,
y el enigma averiguar:
Corazón! calma un instante, y aclaremos el misterio...
—Es el viento— y nada más!”

La ventana abrí —y con rítmico aleteo y garbo extraño—
entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
con aspecto señorial,
fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
de mi puerta el cabezal;
sobre el busto que de Palas la figura representa
fué y posóse—y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza
con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
y le dije: “Aunque la cresta calva llevas, de seguro
no eres cuervo nocturnal,
viejo, infausto cuervo obscuro vagabundo en la tiniebla!...
Dime—¿cuál tu nombre, cuál,
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla ”...
Dijo el cuervo “Nunca más!”

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
si bien su árida respuesta no expresaba poco ó mucho;
pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
que lograrse contemplar
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
ave ó bruto reposar

sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
con tal nombre: "Nunca más!"

Mas el cuervo fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
sólo dijo esta palabra, cual si su alma fuese en ella
vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento
se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: "ya otros antes se han marchado,
y la aurora al despuntar,
él también se irá volando cual mis sueños han volado".
—Dijo el cuervo: "Nunca más!"

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
"No hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;
aprendido de algún amo desdichoso, á quien la suerte
persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
sus canciones terminar,
y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
de—"Jamás y nunca más!"

Mas el cuervo provocando mi alma triste á la sonrisa,
mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa;
luégo, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía
díme entonces á juntar,
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
de un pasado inmemorial,
aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso
al graznar "Nunca jamás!"

Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda
(calma,

cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.

Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo
me empeñaba en descifrar,

sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
luminoso mi fanal—

terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella
á oprimir—ah! nunca más!

Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario
que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,

perfumado.—“Miserable sér!—me dije—Dios te ha oído,
y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
te ha venido hoy á brindar:

bebe! bebe es nepente, y así todo olvida ahora!”

Dijo el cuervo: “Nunca más!”

“Oh, Profeta!—dije, ó duende, mas profeta al fin, ya seas
ave ó diablo—ya te envíe la tormenta, ya te veas
por los ábregos barrido á esta playa, desolado
pero intrépido—á este hogar

por los males devastado,—“Dime, dime, te lo imploro:
llegaré jamás á hallar

algún bálsamo ó consuelo para el mal que triste lloro?”

Dijo el cuervo—“Nunca más!”

“Oh, Profeta—dije—ó diablo! Por ese ancho combo velo
de zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo
a quien ambos adoramos, dile á esta alma adolorida,

presa infausta del pesar,
si jamás en otra vida la doncella arrobadora
a mi seno he de estrechar,

la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!”

Dijo el cuervo: “Nunca más!”

“Esa voz, o cuervo, sea, la señal de la partida
—grité alzándome—“Retorna, vuelve á tu hórrida guarida,
la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...

De tu horrenda falsedad
en memoria, ni una pluma dejes, negra! El busto deja!
Deja en paz mi soledad!

Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma aleja!”...

Dijo el cuervo: “Nunca más!”

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
las visiones vé del mal:

y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
su ancha sombra funeral;

y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... nunca
se alzaré... nunca jamás!

RUINAS

FRAGMENTO DEL POEMA "A MORTE DE D. JOAO"

(Guerra Junqueiro)

Era una noche pavorosa, oscura,
De esas noches de horror que Dios mandaba
Sobre la ruin generacion esclava
De un siglo por su cólera maldito.
La gran ciudad, la meretriz impura,
Reposaba en su lecho de granito,
El lecho colosal de mil orgías...
Y el rugido del viento resonaba
Cual resonaba, airada, en otros días
La férrea voz del lívido Isaías.
Es la hora en que los sueños pavorosos,
Como fetos siniestros, monstruosos,
En el seno se mueven
De la nocturna soledad funesta,
Y las tímidas almas se conmueven
Y gimen doloridas
Como trémulas vírgenes perdidas
En la honda oscuridad de la floresta;
Hora fatal en que germina y crece,
Y espígase y florece
La cosecha del mal que el mal insano
Siembra en el pecho humano.
En el hondo silencio del hospicio
Arde la flor del vicio,
Llora la flor de los acerbos llantos,
Y los enfermos ven en su agonía,
Desfilar por su loca fantasía
La nocturna legion de los espantos
En las plazas desiertas
Miles de luces, trémulas, inciertas,
Vacilan como antorchas sepulcrales,

Como si por las calles solitarias
 Cruzasen procesiones funerarias
 Para aplacar la ira de los males;
 Mas en aquel mutismo
 Se siente un sordo fermentar de abismo,
 Un estremecimiento no explicado...
 La convulsion, el palpitar latente
 De Mesalina lúbrica que siente
 Bullir en sus entrañas el pecado.

Entre el marmóreo, funeral reposo,
 Cual horno ardiente de calor intenso,
 Se levanta febril, esplendoroso,
 El lupanar inmenso.

Frente al lugar impuro
 Destaca un templo su contorno oscuro,
 Triste como un desierto,
 Como un ejemplo, impávido y seguro!
 El vetusto porton bosteza abierto...
 Dentro, de todo el ámbito se adueña
 Un silencio profundo, formidable,
 Como asceta lívido que sueña.
 En redor la tiniebla espesa y vasta,
 Y al fondo un Cristo pálido, inefable,
 De una tristeza luminosa y casta.
 Sobre las losas húmedas, impuras,
 Cajones funerarios,
 Olor de sepulturas,
 Y entre las sombras tétricos sudarios.
 Algo secreto que explicar no puedo,
 Un no sé qué de trágico y sombrío,
 Llena el aire: los ojos tienen miedo,
 Las almas tienen frío,
 Y de la oscura bóveda pendiente,
 Triste, vaga, perdida,
 Se columpia la lámpara doliente
 Cual lágrima de sangre suspendida.

EL POETA (*arrojándose delante del altar*)

¡Oh espíritu inmortal, honda miseria!..

Y decir que un pedazo de materia

Gentil y crapulosa,

Pudo partir de un beso lisonjero,

De una caricia tierna,

Los resortes de acero

De un alma valerosa!

Oh espíritu inmortal, miseria eterna!

Con cosas transparentes, fabulosas,

Con oro y luz, y pedrería y flores,

Levanté sobre nubes caprichosas

Un palacio de olímpicos amores,

Con ojivas caladas

Por donde entrar pudiesen, brilladores ,

Los rayos de las rubias alboradas;

Con erguidos, aéreos miradores

Desde donde las almas inocentes,

Como raudas bandadas

De candidas palomas impacientes,

Se confundían con ligero vuelo

En el azul purísimo del cielo;

Con inmensas penumbras pensativas

Y fantásticas torres fugitivas,

Como las concepciones celestiales

Que de la augusta Libertad encierra

En sus sueños de fiebre el sentimiento...

Y todo vino a tierra

Al impulso del viento;

Son así los castillos ideales

Que edifica en la luz el pensamiento

Y bajo aquellas lóbregas ruinas

Bajo de aquellas torres cristalinas

Despeñadas al soplo del nordeste,

Quedó mi pobre corazón herido

Como si hubiera sobre mí caído

La zafirina bóveda celeste!

.....
.....

¡O Jesucristo! O Sabio!

Para valor á la eternal ventura
Mataste sin piedad la flor del labio,
Mataste la sonrisa alegre y pura!...
Si es cierto que eres vida y alegría,
Padre del desgraciado,
Si tu mano de luz y de esperanza
Sabe curar la lepra del pecado,
Arranca esta pasion del alma mia
Como se arranca el hierro de una lanza
Del pecho de un soldado.

Mas ¿de qué sirves, dime, o flor del cielo,
De qué me sirves tú si en este suelo
No probaste el amor que el cuerpo inflama,
Si en ese labio riguroso y triste
Nunca en vida sentiste
De un beso sensüal la ardiente llama!...

.....

LEVÁNTASE

Un Dios cadáver, un cadáver frío!
¡De qué nos sirve un Dios triste y sombrío,
Con labios sin rumor y ojos sin luz!...
¡Cómo habrá de amparar los desgraciados
El que los brazos lívidos clavados
Tiene sobre una cruz!

(Siéntase sobre un ataúd. Silencio prolongado)

El escalpelo agudo, fatal, de la experiencia,
La luz del raciocinio, inextinguible y fria,
Cegó por siempre el ojo de la alma Providencia,
Dejó la excelsa bóveda caótica y vacía.

La crítica inflexible de nuestra decadencia
Nególe el sér divino al hijo de María;

La fe me ha abandonado: la rígida conciencia
La ley respeta solo de la honda geometría.

El tiempo, el gran gusano, ya carcomió la escala
Por do Jacob, en noche de luminosa gala,
Vió descender los ángeles de la radiosa esfera.

Y en el celeste lecho cerúleo, indefinido,
Há mucho que espirante dió el último gemido
El Dios Omnipotente—esa ideal quimera!

LA ROMERIA A KEVLAAR

De Heine.

I

Apoyada al balcón está la madre;
yace el hijo en el lecho del dolor:
“—Levántate, Guillermo—ven y mira
pasar la procesión”.

—Tan enfermo me siento, pobre madre,
que ya en mí hasta la vista se extinguió...
de pensar en mi pobre Margarita
me duele el corazón.

“Levántate—a Kevlaar iremos,—toma
el rosario y el libro del Señor;
su santísima Madre ha de curarte
el triste corazón”.

Y ondean los pendones de la iglesia,
y se oye de los salmos el clamor;
es a Colonia la del Rhin señora,
do va la procesión.

La densa multitud la madre sigue,
el mancebo infeliz va de ella en pos,
y ambos diciendo van: “Bendita seas,
oh, Madre del Señor!”.

II

Hoy en Kevlaar, la celestial Señora
viste el traje más bello;
hoy tiene mucho a qué atender, pues vienen
infinitos enfermos.

A manera de votos, los que sufren,
llevan al templo santo
pies y manos de cera y otros miembros
que desean ver sanos.

Con un cirio bendito hace la madre
un corazón de cera:
“Llévaselo—y la Virgen hijo mío,
calmará tu honda pena” .

La ofrenda lleva, suspirando el hijo,
ante la imagen santa,
y sumergido en lágrimas, del pecho
exhala estas palabras:

“¡Oh, Virgen pura y limpia,
oh, Madre del Señor,
oh Reina de los cielos,
atiende mi dolor!

“Yo en la ciudad bendita de Colonia,
con mi madre vivía;
allí do tantos templos se levantan
a tu gloria, oh María!

“¡Habitaba mi amor junto a nosotros,
y hoy yace muerta y fría!...
¡Madre, acoge mi voto y calma el duelo
de la pobre alma mía!

“La herida sana de mi pecho abierto,
y diré noche y día
con honda gratitud: ¡Bendita seas!
¡Dios te salve María!”.

El hijo enfermo y la doliente madre
en la estancia dormían,
cuando en esto la Virgen entró en ella
con pisada furtiva.

Sobre el enfermo se inclinó callada,
y su mano divina
le apoyó sobre el pecho, sonriendo
con celestial sonrisa.

La madre fiel que lo miraba todo
en sueños sumergida,
despertó al clamoreo de los canes
que aullaban y gemían

rígido sobre el lecho, el hijo amado
reposaba sin vida,
y el rayo purpurino de la aurora
jugaba en sus mejillas.

La madre con unción juntó las manos,
sin saber lo que hacía,
y dijo con fervor: "¡Benditas seas!
¡Dios te salve María!".

EL CIELO EN LA TIERRA

(Del alemán).

Una callada noche en que la luna
Su blanca faz en el espacio alzaba,
Triste, una jóven por el campo erraba
Transida de dolor;

Pues cuando alegre el corazon vestia
Con las de amor encantadoras galas,
El ángel de la muerte entre sus alas,
Le arrebató su amor.

Y cada vez que al cielo dirigia
Los ojos empañados por el llanto,
Hundíase de nuevo en su quebranto
Y tornaba á llorar.

“¡Si pudiera—decia—remontarme
A la mansion de la suprema calma!
¡Allí do está el amado de mi alma
Si pudiera volar!

“Alivia, hermoso cielo, mi amargura,
Escucha mi plegaria delirante,
Y acércate á la tierra un solo instante
Para juntarme á él”.

Así triste decia cuando cerca
Vió las aguas brillar de una laguna
Cuyo cristal la silenciosa luna
Retrataba fiel;

Y al ver lucir del cielo, entre las ondas,
El pabellon flotante de zafiro
Y de los astros en eterno giro
La reflejada luz;

Cual tiembla sobre tímida violeta,
La gota de rocío, así tranquila,
Una lágrima pura en su pupila
Brilló de gratitud.

“Gracias, ¡oh cielo!—dijo,—porque oíste
Mi férvida plegaria de amargura...
Mundo falaz, adios! Adios, impura
Morada del dolor!...”

Y se lanzó á las ondas cristalinas
Que de su adios el eco modularon
Y entre murmurios suaves la llevaron
Al cielo de su amor.

EL HIJO DE LA PENA

(Herder)

Cabe la marjen fria
De un arroyuelo, en soñadora calma,
La Pena estaba un dia;
Y en medio de los vagos pensamientos
Que agitaban su alma,
Jugando con la tierra humedecida,
Modeló, distraída,
La figura de un niño...
Acercóse á la diosa el Rey del cielo,
Y con voz de cariño:
—“¿Qué haces”, preguntóla,
“Pensativa Deidad, tan triste y sola?”
—“Mira, y oye mi ruego”, le contesta
La Diosa de las lágrimas, “de lodo
Han formado, Señor, mi manos esta
Imágen; tú, que todo
Lo puedes, dale aliento,
Y espíritu, y calor, y pensamiento!!”...

—“Cúmplase tu deseo: viva!” dijo
Júpiter poderoso, “y desde ahora
Esa criatura es mía!”.

—“No me arrebatas, no, mi pobre hijo”,
Con suplicante voz La Pena implora,
“Tú sabes, ¡o Señor! que lo he formado
Con maternal cuidado”...

—“Y yo le dí el calor de la existencia
Sin lo cual solo fuera inerte lodo!”.

Hablaban de ese modo
Cuando llegó La Tierra
Y dijo:—“Es mio, á mí me pertenece,
Pues se formó ese niño

De la sustancia que mi seno encierra!"...
—“¡Esperad!” dice Jove, “allí aparece
Un juez que todo lo decide:—Vedlo!”...
Y se acercó Saturno,
Habló de esta manera:—“Poseedlo
Todos á vuestro turno;
Así lo ha decretado
Es sus hondos arcanos el Destino!...

Tú, poderoso Dios, que lo animaste,
Toma, al morir, su espíritu divino;
Tú, Tierra, sus despojos
Ve a recoger entre la tumba oscura
Cuando el sueño eternal cierre sus ojos;
Y tú, madre ;su Pena!
Consérvale á tu lado miéntras dura
En él la ardiente llama de la vida!...
Ese es tu hijo, y de congojas llena
La existencia, cual tú, llevará unida
Al rudo sufrimiento
Hasta rendir el postrimer aliento!"...

—
Fué el hombre aquella hechura,
Y á la letra cumpliósse el fallo adverso:
En vida, pertenece á la amargura,
Muerto, á la tierra impura,
Y espíritu, al que rige el universo!

LA MALDICION DEL BARDO

(Del alemán.—Uhland).

A Benito y Alfredo Esteller.

Allá, en antiguos tiempos, alzábase un castillo
Tan alto y majestuoso, que en toda la comarca
Y sobre el mar de záfiro
Campeaba sin rival;

En torno le ceñían fantásticos jardines
Do flores mil brotaban de mágicos aromas
Y fuentecillas diáfanas
De rítmico raudal.

En él un Rey habita, señor de muchas tierras,
De espíritu sombrío, de tétrico semblante
Como el nublado lúgubre
Del rayo precursor;

Tirano á cuya vista se inmutan sus vasallos,
Que horror es lo que piensa y es sangre lo que
(escribe

Y su palabra es látigo,
Y su mirar furor.

Un día, á aquel castillo dos bardos se dirigen;
Ostenta el uno bucles de oro sobre el cuello,
El otro, larga y cándida
Melena al aire dá,—

Cabalga el anciano llevando en bandolera
La cítara sonora,—y á pié, risueño y ágil,
El mozo, a pasos rápidos,
Al lado suyo vá:

El viejo dice al jóven: “Prepárate, hijo mío,
Recuerda tus canciones más dulces, y al cantarlas,
La magia toda imprímeles
De la armoniosa ley;

Llama en tu auxilio todas las fuerzas: la espe-
(ranza,
La dicha y la amargura, que hoy ablandar debe-
(mos

El corazón granítico
De nuestro duro Rey.

En sala que sustenta marmórea columnata,
En breve los cantores se encuentran. En el trono
Se ostenta el fiero déspota
Con su consorte fiel.

Magnífico el Rey brilla, como sangrienta aurora
De las boreales noches: La Reina, dulce y bella,
Como la luna pálida
Bajo el azul dosel.

Pulsa el anciano entónces las vibradoras cuerdas,
Y cada vez más ricas, más llenas, más sonoras,
Vienen sus notas mágicas
A herir el corazón;

De pronto estalla, pura, la clara voz del jóven,
Y unida á la del viejo, semeja aquel conjunto
De celestiales músicas
Armónica explosion.

Cantaron los amores, la paz, la primavera,
Los venturosos dias de los dorados tiempos,
Las glorias del espíritu,
La fé, la libertad.

A todas las ternuras que el corazón conmueven,
A todas las grandezas que el ánimo levantan,
Alzáronse sus cánticos
En dulce majestad.

Los viles palaciegos olvidan el escarnio,
Del Rey los insolentes, indómitos guerreros,
La frente bajan, húmeda,
Pensando en el Señor;
La Reina, en un arranque de tierna simpatía,
Desprende de su seno la rosa que lo adorna,

Y entusiasmada, envíala
 Sonriendo al trovador

Temblando de coraje, levántase el tirano:
 “Mi pueblo has conmovido”, prorrumpe furibun-
 (do,

“Y á más, pretendes, pérfido,
 Mi esposa seducir”,
 La fuerte espada blande y el pecho le atraviesa,
 Y allí, de donde tanta cancion se deslizara,
 La sangre, en ondas trémulas,
 Fatal, se ve surgir.

Como del rayo heridos los cortesanos quedan,
 Y en brazos del anciano maestro rinde el jóven
 Con sus postreros hábitos
 Su espíritu inmortal.

Entónces el maestro lo cubre con su manto,
 Lo afirma sobre el potro, callado, y se retira
 Llevando á paso fúnebre,
 Del diestro al animal.

Sale, y frente á la puerta, severo, se detiene;
 Descuelga de la espalda la cítara armoniosa
 Aquella dulce cítara,
 Cual otra no se vió;

Contra una de las altas columnas la revienta,
 E irguiéndose, implacable, con voz atronadora
 Que, ronca, por los ámbitos
 Del parque resonó:

“Maldito sé, castillo! Maldito seas”,—dice,
 “Jamás bajo tus arcos, jamás á oírse vuelva
 De cuerdas ni de cánticos
 El plácido rumor;

Jamás! solo resuenen gemidos y cadenas,
 Hasta que, justo, á ruinas y á polvo te reduzca
 De las eternas cóleras
 El Genio vengador!”.

¡Malditos sed, jardines que el sol de Mayo dora!
 ¡Mirad este cadáver que, gélido, os presento,
 Mirad su rostro pálido,
 Su frente angelical!
 Miradlo, y baje un rayo del cielo á consumiros,
 Que seque vuestras fuentes, y, en dias venideros,
 Os torne en campos áridos
 Y en lóbrego erial!”.

“Y tú,—maldito seas, azote de los bardos,
 Y nulas tus hazañas se tornen, y tus luchas
 Por alcanzar fatídicos
 Laureles sin honor!
 Y hundida en noche eterna tu tétrica memoria,
 Como postrar aliento perdido en los espacios,
 En el recuerdo extingase
 Tu nombre y tu esplendor!”

Dice, y los altos cielos escuchan su palabra;
 Los muros se desploman con ímpetu tremendo,
 Y aquel palacio mágico
 Se vé desaparecer.—

Tan solo una columna resiste á la ruina,
 Del esplendor pasado testigo silencioso
 Que por la noche lóbrega
 Tambien ha de caer;

En yermos se convierten los plácidos jardines,
 Sin árboles que sombra le brinden al viajero,
 Ni fuentecillas diáfanas
 De rítmico rumor.—

Ni libros ni cantares al déspota mencionan.
 ¡Hundido y olvidado por siempre!—así cumpliósese
 La maldición profética
 Del infeliz cantor!

Nueva-York, 1877.

LOS TRES AMORES

(DEL ALEMAN.—UHLAND)

*En el álbum de la señora Doña
Carolina de Vidal.*

A las orillas del Rin undoso
Hay una pobre, vieja hostería,
Y allí, en alegre tropel ruidoso,
Los tres amigos fueron un día.

—“Ea, patrona! vengan los vinos,
Y de lo puro, pues sed tenemos...
Mas... ¿dónde guardas la niña, dínos,
Tu hermosa hija, que no la vemos?”

—“Catad el vino”, dice llorosa,
“Que es de lo añejo.—¿Délla me hablasteis?...
En la mortuoria urna reposa
Mi pobre hija que tanto amasteis!”

Del rayo heridos, á la otra sala
Entran, do se alza negro ataud
En cuyo seno la niña exhala
Su último aroma de juventud.

A contemplarla llega el primero,
Y alzando el velo que la cubría:
—“Ah! si áun vivieras”, dice sincero,
“Desde hoy, o virgen! te adoraria.

Caer el velo deja el segundo,
Se aleja, y dice bañado en llanto:
—“Porqué te fuiste, niña, del mundo?...
Ay! sin saberlo, te amaba tanto!

Llega el tercero y aparta el velo,
Le besa el labio lívido ya:
“Te amé, te amo,—dice,—y al cielo
Mi amor eterno te seguirá!”

A D I O S !

(De N. Lenau).

Como un mar insondable de alegría
me inundaba aquel día
de su dulce mirada el rayo intenso,
y en aquel hondo mar azul é inmenso
ahogué por siempre la ventura mia!



INSOMNIO

(Del alemán.—Heine).

Tu mano apoya contra el pecho mío:
¿Oyes de un rudo golpe la inquietud?...
Es que hay adentro un carpintero impío
Que labra mi ataúd.

Y no cesa un instante el golpe fiero,
Y en vano intento al sueño recurrir...
Acaba, acaba, pronto, carpintero,
Y déjame dormir!

LA PRIMERA PIEDRA

(Del alemán)

A Raimundo Andueza, hijo.

No sentencieis jamás al que en el lodo
Del pecado cayó;
Que débil es el hombre, y sobre todo,
Fuerte la tentacion...
Tal vez nada os ha hecho en la existencia
Con el mundo romper;
Quizá la dicha que la suerte os diera
Os impidió caer...
No arrojéis nunca la primera piedra!

¿Habeis en vuestras horas de amargura
Probado alguna vez,
Al recio golpe de una afrenta impura,
Empoñada hiel?
¿El martirio fatal de la miseria
Nunca os hizo sufrir?
De un tirano cruel la planta férrea
Llegásteis á sentir?...
No arrojéis nunca la primera piedra!

La culpa veis; mas, nunca del culpable
Calculais el dolor!
¿Habeis de ese infeliz imperdonable
Bajado al corazón?...
Pecó—pero también en su miseria
Ha debido llorar.
Cayó, —pero ¿sabeis con cuántas fuerzas
Ha debido luchar?...
No arrojéis nunca la primera piedra!

Todo socorro en su existencia insana
 Negadle si quereis...
Hasta la misma compasión cristiana
 Negádsela tambien;...
Dejad solo con Dios y su conciencia
 Al pobre pecador;
Pero sobre su mísera cabeza
 Que doblégó el dolor,
No arrojéis nunca la primera piedra!

Pensad que Dios tendrá los ojos fijos
 En vuestra hazaña vil,
Y puede herir la piedra á vuestros hijos!
 Y al tener que subir
Ante el trono de Aquel cuya clemencia
 No se agota jamás,
“¿Quién os hizo, —os dirá con voz severa,
 Jueces de los demás?”...
No arrojéis nunca la primera piedra!

Cuando, con muestras de dolor profundo,
 Cayó la esposa infiel
Ante los piés del Redentor del Mundo;
 Cuando Jesus, al ver
Ardiendo en saña vil la turba inquieta,
 Su fallo pronunció,
¿Quién fué el que quiso ejecutar la pena?...
 ¿Quién fué el que se atrevió?...
No arrojéis nunca la primera piedra!

EL CABALLERO NOCTURNO

(Del alemán.—Uhländ).

En noche calma y sin luna,
Bajo mis rejas se planta
Y entona con voz celeste
Endechas en su guitarra

Con el rival, en seguida
Cruza, valiente, la espada,
Y chispean los aceros
Y resuenan las murallas!...

Y hace, en fin, tántas proezas
De las que honran á las damas,
Que en amor por el incógnito
El pecho mio se abrasa

Mas cuando á la reja, trémula,
Me asomé al rayar el alba,
¡Ay! no ví más que su sangre
Por mi causa derramada!

SUPLICA

(Del alemán.—Lenau).

A Cándida.

Miradme bien, negros ojos,
Vuestro poder emplead,
Serena, blanda, insondable
Noche de dulce soñar!

Con vuestra mágica sombra
De mí este mundo apartad,
Y, sola, sobre mi vida
Cerníos siempre jamás!

MIS OCHO AÑOS

*(Del portugués.—D' Abreu).
Oh! Souvenirs! Printemps
Aurores!*

V. Hugo.

Oh! qué recuerdos tan dulces
Los del alba de mi vida,
Los de mi infancia querida
Que jamás ha de tornar!
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,
En aquellas tardes calmas,
A la sombra de las palmas,
O en el verde limonar!

¡Qué bellos son esos días
Del nacer de la existencia!
Respira el alma inocencia
Como perfumes la flor;
El mar es lago sereno,
El cielo un manto azulado,
El mundo, un sueño dorado,
La vida, un himno de amor!

¡Qué auroras, qué sol, qué juegos,
Qué noches de melodía!
Y aquella dulce alegría,
Y aquel tranquilo gozar!...
Lleno de estrellas el cielo,
La tierra de aromas llena,
El mar besando la arena,
La luna besando el mar!...

O mi infancia, mis recuerdos,
Mi cielo de primavera!
Cuán dulce la vida era
A la luz de aquel albor!

En vez de estas amarguras,
Hallaba en estas delicias
De mi madre las caricias
Y de mi hermana el amor!

Por mis nativas montañas
Discurría satisfecho,
Descubierto al aire el pecho
Y desnudo el breve pié;
Corriendo, feliz, en torno
De las cascadas ruidosas,
Detrás de las mariposas,
Que mías siempre juzgué!

En esos tiempos dichosos
A los árboles trepaba,
Y horas enteras vagaba
Por la orilla de la mar;
Rezaba el Ave-Maria,
Y el cielo, su azul luciendo,
Me vía al dormir riendo
Y cantando al despertar!

Oh! qué recuerdos tan dulces
Los del alba de mi vida,
Los de mi infancia querida
Que jamás ha de tornar!...
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,
En aquellas tardes calmas,
A la sombra de las palmas,
O en el verde limonar!

Lisboa, 1876.

TRES SONETOS

De Shakespeare.

I

Ya de todo cansado,
Invoco de la muerte
El eternal reposo,
Que por mi daño veo
El mérito nacer en la miseria
Y entre dichas sin fin las nulidades;
Violada indignamente
La fe sencilla y pura,
Y la dorada honra
Puesta, para ignominia,
Donde estar no debiera;
La virginal pureza envilecida
Por la brutal pasion, y la intachable
Limpia virtud en deshonor tornada;
Observo que un poder inconsistente
Paraliza la fuerza;
Que enmordaza al saber el despotismo;
Que la locura, presumiendo ciencia,
Al talento esclaviza; que se toma
Por simpleza no más, la ingénua y noble
Lealtad; que el Bien, cautivo,
Sirve al Mal, su Señor; y pues tal veo,
Desparecer quisiera de este mundo,
Si al morir no temiera
Dejar en soledad desventurada
Al sér objeto de mi amor profundo.

II

No hay nada que se oponga
 Al simpático abrazo de las almas.
 No es amor el amor que desconcierta
 Un cambio pasajero, ni el que, duro,
 Paga con un desvío otro desvío.
 ¡Oh, no! faro inmutable
 Es el amor del alma, que contempla
 Las borrascas pasar sin conmoverse;
 Fija estrella guiadora
 De toda nave que sin rumbo vaga;
 Astro luciente cuya altura mídese,
 Cuya fiel entidad es un misterio!
 No es del tiempo juguete,
 Por más que éste destruya
 Con su corva guadaña
 Róseas mejillas y purpúreos labios;
 No cambia con las horas
 Ni los fugaces días.
 No! que ha de ser el mismo,
 Siempre el mismo hasta el fin de las edades!...
 Si es este juicio falso,
 Si lo desmiente mi existencia triste,
 Mi sufrimiento impío,
 Jamás sentí el amor, jamás tampoco
 Lo llegó á comprender el pecho mio!

III

¡Pobre alma, centro de mi inmundo barro
 Juguete de la carne
 Que, indócil, te aprisiona!
 ¿Por que así languideces escondida,
 Y silenciosa y triste te consumes
 Tan brilladoras galas ostentando
 En tus externos muros?

Por qué haces, dime, tan enormes gastos
En un viejo edificio
Que en ruinas se desploma?...
¿Por ventura el gusano
De ese lujo heredero,
Podrá roer dispendios semejantes?...
¿Es tu término, acaso,
El fin de la materia?...

Nó, alma; vive á expensas de tu siervo,
Deja que se extenúe
Para acrecer tu espléndido tesoro;
Adquiere la divina
Eternidad en cambio
De efímeros placeres;
Internamente adórnate
Y no más engalanes
El exterior gastado!

Obrando de ese modo,
Tomarás alimento de la muerte
Que, á su vez, de los hombres se alimenta;
Y aniquilada al fin la muerte misma,
Con vuelo alto y sereno,
Te alzarás inmortal de entre su seno!

MIO Y NO MIO

(Del inglés.—De Vere).

Ah! nunca, nunca mio!... empero, mio
 Por siempre en vida y muerte!
Tal de los dos es el destino impio,
 Tal nuestra dura suerte
 Como refleja el mar, de orilla á orilla,
 En ancho abrazo al cielo,
Así el amor que me inspiraste brilla
 En mi alma sin consuelo:
Léjos, léjos de mí, cual del oceano
 Léjos, léjos impera
De astros radiante y brillo soberano
 La reflejada esfera.

SU LECHO

(Del Portugués.—Ferreira).

Su lecho es blanco, más blanco
Que las alas de un querube;...
Está junto al oratorio
De do su alma al cielo sube,

Hay siempre en aquel ambiente
Un perfume de los cielos,...
Un sueño, un beso, un suspiro,
Un leve indicio de celos.

En aquella casta alcoba,
Nido de amor y de esperanza,
Hay algo de santo y puro
Que el labio á expresar no alcanza.

Allí vá ella, soñando,
A sufocar su dolor,
A leer las cándidas hojas
De su poema, el amor.

Y solloza, —es un secreto
Que devora solitaria...
Y los ángeles reciben
Su llanto, y Dios su plegaria!

Las colgaduras entreabre,
Contempla un momento el lecho,
Mira á los santos, y besa
La cruz que lleva en el pecho.

Desata luego las trenzas,
Desprende las ropas blandas,
Desnuda el pié de alabastro,
Y se surmeje entre holandas.

Así entre nubes se oculta
Del alba la estrella hermosa,
Y entre su concha la perla,
Y en la flor la mariposa.

Silencio! duerme... en su frente
Irradia un sueño de luz,
Y mientras duerme le ampara
Su Jesucristo en la Cruz.

1876.

I N D I C E

INDICE

Pág.

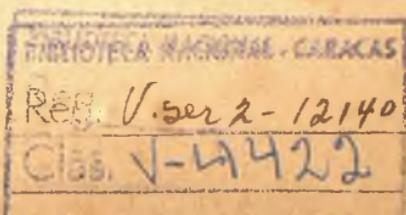
Advertencia.	
A Manera de Prólogo.	
Vuelta a la Patria	3
Flor	13
El Poema del Niágara	17
Héroes del Deber	35
Magdalena	41
Fidelia	46
Oriental	48
Recuerdo de un viajero	50
Primavera	50
Nubes	55
En el mar	57
Nocturno	62
Sub-umbra	64
Sombra	65
Crepúsculo	66
Mensaje	70
Ayer y Hoy	72
Welcome	75
Al volver	77
Mensajeros	79
Bendita Seas!	82
Los Tres	86
Pobre poeta	89
Gratitud	96
Nafragio	97
Rayos y Sombras	98

Mi deseo	99
Seamos Buenos	102
Ultima página	103
Los días van pasando	104
Flores y Nubes	105
A un ave	107
Las cuerdas rotas	112
Sombra o Luz	114
Tristezas de la lira	117
Sueño	120
A K. Listo	121
¡Nihil Novum!	122
Memoria triste	123
Enfermo	124
Lágrimas	125
Tempestades	126
Hojas secas	127
¿Dónde está Dios?	128
La fe perdida	130
Resurrección	131
Día fatal	132
Perdónalos	136
Al autor de El Rayo de Luz	137
A una niña artista	138
A una artista	139
Lauro y ciprés	140
Sin conocerte	141
Tributo	143
Semper	144
Sueño	147
La ocasión	148
A Lesbia	149
Te amo	151
Amor	153
Mi dicha	154
Consuelo	155
Luz reflejada	156
Vida y Muerte	157
In coelo	158

Pensando en tí	159
Tus ojos	160
La mujer	161
La hermosa	162
La fea	163
O bella o madre	164
Trono y tumba	165
A la libertad del viejo mundo	166
A un tirano	171
Tienen razón	172
Epístola	173
¡Venus Victrix!	179
El Cuervo	189
Ruinas	193
La romería a Kevlaar	198
El Cielo en la Tierra	201
La hija de la pena	203
La maldición del bardo	205
Los tres amores	209
¡Adiós!	210
Insomnio	210
La primera piedra	211
El caballero nocturno	213
Súplica	213
Mis ocho años	114
Tres sonetos	216
Mío y no mío	219
Su lecho	220

**BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS**

**FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS**



DR. PÉREZ BONAFÉ

IAS Y TRADUCCIONES

(RECOMPILACION)

DEL MINISTERIO DE EDUCACION
AL - DIRECCION DE CULTURA -

THE MINISTERIE OF EDUCATION NATIONAL
DIRECTION OF CULTURE

CARACAS — Venezuela

1967
BIBLIOTECA NACIONAL

